

Noticias

SAMUEL, RAPIHAEL: *Theatres o/Memory*. Vol. 1: *Past and Present in Contemporary Culture*, Verso, Londres, 1994, 479 pp.

Este es el primer volumen de una trilogía que promete ser, por lo que aquí se ofrece y por lo que se anuncia, el legado de Raphael Samuel, el compendio de todas las preocupaciones, obsesiones y objetos de investigación que han acompañado a este prolífico autor en los últimos veinte años. Con un título muy apropiado para su larga batalla contra los mitos forjados alrededor de la historia profesional, Samuel aclara muy pronto los argumentos y propuestas que dan cierta unidad a la trilogía y a estas casi quinientas primeras páginas. El resto, muy propio en él, se escurre por un mundo al que los historiadores españoles nunca hemos accedido, repleto de erudición y referencias a cosas tan dispares como la resurrección de estilos artísticos, el descubrimiento de la pasión por las viejas fotografías, que se extendió por Gran Bretaña desde los años cincuenta de nuestro siglo, o la historia del teatro y del cine. No es, por consiguiente, el Samuel más conocido entre nosotros, al que, por lo poco que se le ha traducido, siempre se le asocia con *History Workshop* y la historia social, pero es el Samuel más auténtico, capaz de fascinar y desconcertar a la vez, porque lo que dice y cómo lo dice no resulta nada común en la heterogénea fauna que constituimos los historiadores.

La historia, en manos de historiadores profesionales, nos recuerda Samuel, se convierte en una forma de conocimiento jerárquico, res-

tringido, que idolatra la investigación basada en los archivos y acaba encerrada en pequeños círculos de practicantes e iniciados. La publicación convierte al novato en autoridad, los rivales académicos se enzarzan en combates más bien propios de gladiadores, y esas tendencias autárquicas se reflejan en una percepción absolutamente tribal de quién es o no auténtico historiador. Los biógrafos son sospechosos de dar más importancia a la literatura que a la historia. Los anticuarios' con toda la carga peyorativa del término, resultan una especie diferente. Se descalifica a los historiadores locales, como ciudadanos de segunda clase, por su falta de perspectiva. Y a la historia oral se le acusa de practicar un ingenuo empirismo en el que se supone que los hechos hablan por sí mismos.

Frente a esas negaciones, Samuel reivindica múltiples formas de conocimiento «no oficial» alejadas de las explicaciones convencionales de la historiografía. Ahí se dan la mano la memoria popular –«la antítesis de la historia escrita»- y la tradición oral, y aportan sus «manos invisibles» los musicólogos, los paleógrafos, los bibliotecarios, los coleccionistas y muchos más «subempleados» de Clío, sin los cuales las empresas históricas se irían a pique. Una noción más democrática y plural de la profesión, en definitiva, que hace también suyas fuentes como las fotografías y las ilustraciones muy despreciadas por los historiadores -incluidos los defensores de la «historia desde abajo»-, quienes en todo caso se interesan por su contenido real y no por su valor pictórico.

Nada tiene de extraño, por lo tanto, que el punto de partida –y de llegada- de *Theatres 01Memory* conciba a la historia no como la «prerrogativa» del historiador, sino como una forma social de conocimiento, «el trabajo de mil diferentes manos». La historia para Samuel es una «forma orgánica de conocimiento», con fuentes promiscuas que dependen y giran en torno a la experiencia de la «vida real» pero también de la memoria y el mito, la fantasía y el deseo. La memoria, lejos de ser un mero receptáculo pasivo, un «sistema de almacenamiento», aparece como una fuerza activa y dinámica, relacionada dialécticamente con el pensamiento histórico. Y eso significa, ni más ni menos, que la memoria está históricamente condicionada, cambia de color y forma de acuerdo con las presiones de cada momento y resulta alterada de generación en generación. La memoria y la historia, separadas desde el romanticismo en campos opuestos –la primera sería subjetiva, primitiva e instintiva; la segunda, objetiva y

producto del análisis y de la reflexión-, acaban unidas por Samuel por el «inherente revisionismo» y «camaleonismo» que rodea a ambas. Y la memoria popular, un tema que siempre ha apasionado a este autor, puede incluso echar abajo lugares demasiado comunes a la historia social consagrada a los fenómenos colectivos y la vida cotidiana de la «gente común»: esa gente estaba -y parece estar todavía- hambrienta de historias de la vida privada de los individuos más importantes, sin importarles demasiado la verdad o falsedad de los relatos.

En suma, que la historia ha sido siempre una forma híbrida de conocimiento, una forma de comunicación donde se combinan el pasado y el presente, el mito y la memoria, la información escrita y la tradición oral. La concepción immaculada del conocimiento -con su rechazo a «favorecer cualquier tráfico entre lo imaginario y lo real»-- es, en la práctica, imposible de sostener. Los primeros historiadores fueron inventores y algo de eso reclama Samuel para una historia que encuentra su expresión no sólo en la crónica, sino también en las baladas y canciones, la leyenda y los proverbios, en los enigmas y misterios.

En un momento de «balcanización» de la historia como objeto de estudio, de multiplicación de subdisciplinas y nuevas especializaciones, y de expansión de la cultura histórica -dentro y fuera de la academia-, sería absurdo, concluye Samuel, que los historiadores intentáramos volver a la historia con «H» mayúscula -a la gran narrativa- o refugiarnos en la soledad de las bibliotecas. Evitar eso y construir una versión más democrática del pasado -más receptiva también con las minorías estigmatizadas- es lo que, en otras cosas, nos propone el autor de esta trilogía en su primera entrega. «Una obra abierta», como él mismo la define, «para ser leída por diferentes lectores, de diferentes formas y utilizada para diferentes propósitos». Tan abierta que escapa a cualquier clasificación. Hasta el título elegido para el epílogo «Hybrids», hace justicia a esa indefinición.

Julián Casanova

ICCERS, GEORG G.: *Geschichtswissenschaft im 20. Jahrhundert. Ein kritischer Überblick im internationalen Zusammenhang*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1993, 130 pp. SCHULZE, WINFRIED (ed.), *Sozialgeschichte, Alltagsgeschichte, Mikro-Historie: eine Diskussion*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1994, 82 pp.

El historiador germano-americano Georg G. Iggers, profesor de la State University of New York en Buffalo, es sin lugar a dudas una referencia básica en el panorama internacional de la Historia de la Historiografía. Con *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, publicado por primera vez en 1968 (Wesleyan University Press, Middletown), y sobre todo con *New Directions in European Historiography* (Wesleyan University Press, Middletown, 1975-1994), Iggers ha contribuido a difundir en el ámbito universitario norteamericano las más importantes innovaciones teóricas y metodológicas aportadas por los historiadores europeos desde el final de la Segunda Guerra Mundial. No tanto la escuela francesa de los *Annales*, dotada por sí misma de suficientes posibilidades —y propia voluntad— de influencia exterior, ni tampoco la historiografía marxista británica, sino, sobre todo, los trabajos de los historiadores alemanes (en la RFA y, hasta 1990, también en la RDA) ¹ han constituido el principal centro de interés de sus publicaciones. El volumen aquí reseñado aspira, con marcada vocación de síntesis, a trazar las líneas fundamentales de la evolución de la disciplina, con especial énfasis en las transformaciones que ésta ha experimentado en las dos últimas décadas.

En una primera parte (pp. 16-50) Iggers resume de forma apretada, pero suficientemente clara, el desarrollo de la ciencia histórica hasta aproximadamente 1960. Para ello parte de la cristalización del historicismo alemán como *paradigma*, tanto en el pensamiento como en la práctica histórica, basado en el supuesto de la individualidad de los fenómenos históricos y caracterizado, adicionalmente, por su fijación temática al Estado y por su funcionalidad respecto a la legitimación intelectual de una unidad estatal-nacional de factura burguesa. En su análisis, Iggers no olvida las condiciones materiales que

¹ ICCERS, C. C., *Ein anderer historischer Bild. Beispiele ostdeutscher Sozialgeschichte*, Fischer, Frankfurt am Main, 1991.

también conforman la actividad historiográfica. La institucionalización y profesionalización de las Ciencias Históricas, tanto en Alemania como en Francia, se completan paralelamente al conflicto *nacional* entablado entre ambos países, con 1848 y 1870-1871 como fechas clave. La «crisis del Historicismo clásico» (pp. 26 Yss.), situada cronológicamente en torno al cambio de siglo, se manifiesta de modos diversos en Francia, en los Estados Unidos y en Alemania. En los dos primeros países, impulsos tanto individuales como colectivos (la *Revue de Synthèse* de Henri Berr y -unos quince años después- los primeros trabajos de Hauser y Febvre en Francia; el movimiento de la «New History» de Beard, Turner y Robinson en los Estados Unidos) abrieron la Historia a nuevos temas y métodos e implicaron una cierta «democratización» disciplinar. En Alemania, por el contrario, el desenlace del llamado *Lamprechtsstreit* (1893-1906) habría supuesto el aislamiento, el comienzo de una «vía particular» de la historiografía germana, relativamente al margen de la discusión internacional. La tentativa de Karl Lamprecht de integrar los aspectos socioeconómicos y culturales, y todavía más su aspiración a formular leyes del desarrollo histórico, toparon con la reacción del gremio historiográfico, que cerró filas en torno al dogma rankeano, con consecuencias prácticamente irreversibles hasta 1960.

La segunda parte del libro (pp. 51-96) comienza examinando el reto opuesto al paradigma historicista en los años sesenta y setenta por parte de la llamada «ciencia social histórica» (*historische Sozialwissenschaft*) o, en la formación programática de Hans-Ulrich Wehler, por la «historia de la sociedad» (*Gesellschaftsgeschichte*). Si bien Iggers insiste en el significado de la experiencia del nacionalsocialismo como revulsivo para la nueva generación de historiadores implicados en el cambio, así como a la importancia de la «teoría crítica» (Horkheimer, Adorno y, especialmente, Habermas) para la articulación de la nueva corriente, ésta queda fundamentalmente inscrita en el marco de la propia disciplina. El desarrollo de la investigación histórica alemana desde 1960 y su definitiva inserción en el *mainstream* científico internacional habrían sido sólo en parte el producto de sucesivas controversias entre historiadores. Frente a esta asunción, eminentemente «conflictiva», de la labor historiográfica, Iggers subraya la importancia de las prestaciones científicas efectivas: el descubrimiento de nuevas vetas documentales, la aplicación de métodos originales (enfoques cuantitativos, recurso a la comparación), la am-

pliación del repertorio temático o la aproximación interdisciplinar a ciencias sociales afines. Se acepte o no el primado de estos logros objetivos, o valores más o menos tangibles, a la hora de juzgar una tradición historiográfica ya no tan joven es muy cierto que el carácter a menudo tumultuario de la discusión académica alemana se positivaba en una incidencia social -fundamentalmente en términos de presencia en los medios de comunicación de masas- netamente superior a la conocida en otros países. No sorprende, por tanto, que la primera contestación sería a la historia social crítica surgida en los sesenta, esto es, la «radicalización» implícita en la «historia de la vida cotidiana» (*Alltagsgeschichte*) o «historia desde abajo», haya precipitado desde 1983-1984 escaramuzas historiográficas al menos tan violentas como las vividas veinticinco años antes.

La tendencia a escribir la historia de la sociedad a modo de *success story* de la modernidad (Peukert) impulsa reactivamente, desde comienzos de los años ochenta, una nueva línea historiográfica. La discusión desencadenada en torno a la historia de la vida cotidiana se corresponde con un contexto de crisis, de percepción de los límites y de las paradojas de una -en parte justificadamente operativa, hasta entonces- «religión del progreso». Las «patologías de la sociedad» se convierten en problema historiográfico, e investigadores de las más variadas procedencias comienzan a ocuparse, con evidente simpatía, de los frenos y las resistencias opuestos al desarrollo social desde la «cotidianidad». Al margen de la patente marginalidad académica de algunos de sus representantes o del peligro, repetidamente invocado por sus críticos, de embarcarse en un «trip antiteórico» teñido de *Kulturpessimismus*, este nuevo movimiento historiográfico ofreció, en sus versiones más sensatas, un interés correctivo a la desatención de determinados aspectos por parte de los historiadores de la sociedad. La «cultura» venía a reivindicar un espacio propio en el discurso histórico. La recepción masiva -y, por tanto, problemática- de Thompson, el intento de aplicar métodos procedentes de la antropología cultural (en vez de análisis, *thick description*, en la estela de Clifford Geertz), el redescubrimiento de Norbert Elias, la recuperación de un Max Weber sin aditivos tecnocráticos o antimarxistas; se trata, en suma, de fenómenos intelectuales que han venido a dinamizar, más allá de cualquier contradicción en su desenvolvimiento práctico, la discusión historiográfica alemana. El redescubrimiento del género de la biografía histórica, la importación entusiasta de

los planteamientos «microhistóricos» de Carlo Ginzburg o Natalie Zemon Davis, así como la lenta pero imparable difusión de la Historia de la Mujer y de las relaciones entre los sexos, han venido a enriquecer, pero también a complicar aún más el paisaje historiográfico.

El volumen *Sozialgeschichte, Alltagsgeschichte, Mikro-Historie: eine Diskussion*, recopilado por Winfried Schulze, catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Munich, viene a poner un punto y aparte en la polémica. Schulze moderó el 26 de septiembre de 1992 una mesa redonda que, en el marco del XXXIX Congreso de los Historiadores Alemanes celebrado en Hannover, intentó recapitular casi una década de no siempre fructífero diálogo. Las contribuciones de entonces (Ute Daniel, Wolfgang Hardtwig, Jürgen Kocka, Hans Medick y Alf Lüdtke) han sido ampliadas y reunidas para la edición, mientras que la «Introducción» de Schulze, además de recordar las coordenadas de la discusión, plantea nuevas cuestiones a la luz de un nuevo contexto político e ideológico (*perestroika*, reunificación alemana). Aunque el carácter no siempre sistemático de las intervenciones dificulta una consideración individual de las mismas, sí cabe destacar brevemente algunos de los puntos de vista expuestos. Jürgen Kocka, uno de los más duros críticos de la Historia de la vida cotidiana, reivindica una vez más «el poder de las estructuras» (p. 35) Y pone en duda la virtualidad de una microhistoria unilateralmente interesada en sentimientos y experiencias. Hans Medick y Alf Lüdtke, dos representantes de la nueva corriente, se esfuerzan en delimitar frente a la crítica el objeto de su interés. Medick insiste en la necesidad de una interpretación no reduccionista de los enfoques microhistóricos. Citando al italiano Giovanni Levi, Medick recuerda que «microstoria ne veut pas dire regarder des petites choses, mais regarder petit» (p. 40), mientras que Lüdtke amplía el alcance de 10 «cotidiano», más allá de la experiencia individual, a la praxis social colectiva. Wolfgang Hardtwig, a la vez que reclama una mayor exactitud en la definición del concepto de «cultura», central para la discusión, se congratula de la «pluralización» de las perspectivas abiertas por el debate. Ute Daniel, historiadora en la Universidad de Siegen, critica en su intervención la «fetichización de la metodología» (p. 58) Y reflexiona sobre la necesidad de replantearse globalmente (un «giro hermenéutico») el sentido del propio trabajo como historiador o historiadora, sopesando la relevancia actual de la disciplina a la vista de su función social o de las necesidades de formación u orientación que la historia puede y debe satisfacer.

Frente a fórmulas de retórica más o menos brillante acerca del «fin de la historia» (Fukuyama y otros), la pluralidad de intereses, enfoques y métodos puesta de manifiesto por la discusión de los últimos años confirma plenamente la opinión de Iggers (p. 99): «Con cierta justificación puede constatarse que la Historia de ninguna manera ha perdido su importancia, sino que, a través de la multiplicación de las perspectivas, ha ganado en significados.»

Antonio Sáez Arance

PEIRÚ MARTÍN, IGNACIO: *Los guardianes de la flistoria. La historiografía académica de la Restauración*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1994.

Cualquier especialista en la materia sabe que la historia intelectual constituye un ámbito movedizo y disperso donde los haya. Campo de frecuente aplicación de modelos antihistóricos en otras tradiciones, en el caso español su problemática reclama, sin embargo, demandas mucho menos ambiciosas: la incorporación de perspectivas globales y un mínimo espíritu interdisciplinar o perspectiva comparada son todavía carencias notables. Este excelente libro de Ignacio Peiró puede permitirse reivindicar todas estas características juntas aseo porque aborda un terreno tan abierto como el de la historia de la historiografía –y al tiempo tan olvidado por los historiadores españoles--, o quizá por inscribirse en una veterana línea de investigación de la Universidad de Zaragoza a la que ya ha aportado otros estudios. *Los guardianes de la Historia* nos plantea el problema de cómo se ha organizado la historiografía española del siglo pasado, la historiografía entendida como pasión literaria y actividad pública y patriótica, la emanada de las directrices, contactos, prestigio y ramificaciones de la Academia de la Historia. No es la primera monografía dedicada a la historiografía del XIX publicada en nuestro país, pero sí la primera que permite formular interrogantes de gran alcance, edificada sobre un verdadero modelo de investigación sobre la historia de la historiografía española contemporánea, capaz de conectarse con los temas del nacimiento de la *profesión histórica* universitaria en los aledaños del siglo pasado, o el de su reorganización y esclerosis a lo largo del franquismo.

Los guardianes de la flistoria -iniciando con esa referencia a los funerales de Cánovas, símbolo de la crisis de un régimen y de una

forma de **cultura**—, con su singular destreza para rememorar el imaginario del historiador decimonónico y esclarecer sus fuentes de prestigio político y **cultural**, supera todo lo publicado acerca de la Historia y los historiadores españoles de la pasada centuria. Lejos de copiar miméticamente modelos de lo que han sido otras historiografías o caer en una falsa contraposición entre actividad científica y discurso político, o entre política y erudición, profundiza en las peculiaridades del caso **español**, en la «vía española de la profesionalización historiográfica». El libro incluye una sugerente introducción de Juan José Carreras donde, entre otras cosas, se establece un paralelismo entre la historiografía orleanista y la canovista, ambas empeñadas en situar la monarquía liberal en la *longue durée*; paralelismo que no va más allá, pues mientras la Monarquía de Julio supuso el triunfo de una historiografía que subordinaba la erudición al ideal de una ciencia capaz de desvelar «las leyes que gobiernan el mundo moral» —**la historia filosófica**—, la Restauración española hizo de la Academia de la Historia y de una erudición mucho más exigente la piedra de toque de la cultura histórica. Una historiografía oficial que dejó preparado el terreno al ulterior profesionalismo de nuestro siglo mucho más que la historia filosófica de raíz progresista, recluida en un ámbito universitario que, en los años de Cánovas, como escribe Ignacio Peiró, «era un sector subordinado al mundo de las academias».

La lectura de *Los guardianes de la Historia* sin duda proporcionará una imagen insospechada de la historiografía española de hace cien años. Sus líneas maestras nos muestran algo que otros especialistas en historia de la historiografía ya habían planteado en sus respectivos estudios: que el carácter internacional de la disciplina histórica es la punta del iceberg de un trasfondo de complejas tradiciones culturales nacionales. Así, el libro asienta unas conclusiones de largo alcance que en síntesis pueden ser éstas:

La primera la constituye el carácter central de la Academia de la Historia en el siglo pasado. El «paraguas académico», como le llama Palmira Vélez en una reciente tesis doctoral sobre la historiografía americanista española, llegó a su máxima expresión en la última década del siglo erigiéndose en centro estructurador de instituciones, maneras de entender la historia, punto de referencia inexcusable de eruditos de Madrid y provincia, y de contactos con el extranjero. Es un hecho que el profesionalismo universitario de nuestro siglo se ha

fundido con el viejo academicismo cuando menos hasta los años cincuenta.

La segunda tesis, el dato de que un uso relativamente metódico de la erudición suministró una primera noción de «método histórico»; noción esencial en el mundo de los archiveros, aunque aceptada antes por razones «pragmáticas» que «epistemológicas». La historiografía académica restauracionista no fue la *école méthodique* -su asociación a la *República de las Letras* la volvía en cierto modo incompatible con el concepto de escuela-, pero terminó identificándose con la idea de la historia como ciencia y marginando la creencia de que ésta formase parte de las bellas artes.

La tercera, el hecho de que la historiografía académica disponía de mecanismos de *avance* científico; mecanismos de contacto con la historiografía europea, aunque eso sí, ajenos a los modernos conceptos de seminario y congreso científicos. Una historiografía «conservadora», pero en absoluto «inmovilista», como nos recuerda expresamente Ignacio Peiró, donde la temática Prehistórica, aun con grandes prejuicios ideológicos, recibió una calurosa acogida nada menos que a la convocatoria del mismo director de la corporación, el propio Cánovas.

y finalmente, una historiografía edificada no únicamente sobre un concepto de historia nacional, sino también sobre la importancia concedida a la historia y al erudito locales. El sistema de correspondencias de la Academia y la red del Cuerpo de Archiveros durante la Restauración ayudaron a tejer una historiografía local cuyo esquema y usos básicos han llegado hasta los años de la crisis del franquismo. Sólo en Cataluña la «escuela» de Vicens fue capaz de introducir la historia económica y social desde los años cincuenta, acabando con lo que quedaba de la historiografía de comienzos de siglo.

Gonzalo Pasamar Alzuria

CÜNNÜR, WALKER: *Ethnonationalism. The Quest for Understanding*, Princeton University Press, Princeton (NJ), 1994, XIV + 234 pp.

Este último libro de Connor, autor más conocido entre nosotros por su obra *The National Question in Marxist-Leninist Theory and Strategy* (Princeton, 1984), es en realidad una recopilación de nueve artículos, publicados en diferentes revistas entre 1967 y 1993, que

se reproducen acompañados de sendas presentaciones y algunas notas de actualización a pie de página, agrupados temáticamente en tres partes y precedidos por una breve introducción general. Aunque no ofrece ningún material estrictamente nuevo para los especialistas, esta publicación es útil para el conjunto de historiadores y politólogos porque permite un acceso cómodo a las ideas de uno de los estudiosos de los nacionalismos que ha formulado en los últimos lustros tesis dignas de atención en este campo. La obligada brevedad de esta noticia fuerza la omisión de muchos aspectos de interés, pero procuraré exponer lo más esencial.

La finalidad central de esta serie de trabajos es contribuir a la mejora del instrumental teórico destinado a analizar y entender los nacionalismos. Connor, consciente de la existencia de un «ancho foso entre teoría y realidad», enumera doce causas (pp. 39-57) en las que, a mi juicio, mezcla problemas de método en los que todos podemos estar de acuerdo (confusiones terminológico-conceptuales, prejuicios de los investigadores, extrapolaciones analógicas abusivas a partir de casos particulares, sobrevaloración apriorística de ciertos factores, e ignorancia o minusvaloración no justificada de otros) con otras que en realidad no son sino consecuencia de que no todos coinciden con sus personales conclusiones teóricas y, sobre todo, con su idea de que no hay más nacionalismo que el etnonacionalismo, entendido como «lealtad al grupo étnico» (p. 40), o bien como «identificación con y lealtad a» la nación, que define como «un grupo de personas que se creen ancestralmente relacionadas» (p. XI), conceptos éstos que, en mi opinión, resultan tipológicamente reduccionistas y, como tales, no beneficiosos para el progreso del método. Además, esto le lleva a exagerar la importancia del componente emotivo, no racional, del «vínculo nacional» y a concluir que el nacionalismo «puede ser analizado, pero no explicado racionalmente» (p. 204), lo que en el fondo es parcialmente contradictorio con todo su quehacer.

A pesar de todo ello, creo que en sus planteamientos hay otros muchos aspectos positivos que hacen muy aconsejable el conocimiento de su obra: la afirmación del carácter eminentemente intersubjetivo de la nación y el consiguiente rechazo de todo objetivismo viejo o nuevo; la consideración del nacionalismo como fenómeno contemporáneo, intrínsecamente vinculado a las libertades modernas y a las reacciones contra éstas; la crítica tanto de las teorías de la modernización y el *nation-building*, que lo centran todo en la tríada industrializa-

ción-comunicación de masas-Estado e ignoran los demás factores relevantes, como de las interpretaciones exclusivamente economicistas al modo de la *theory of/relative economic deprivation*, y todo ello aplicando el sano principio metódico de contrastarlas con la observación empírica para ver si concuerdan o no con su diversidad. Lástima que no sea consecuente hasta el final y no aplique sistemáticamente el mismo principio a sus propios conceptos e interpretaciones.

Justo G. Beramendi

HARDTWIG, WOLFGANG: *Nationalismus und Bürgerkultur in Deutschland 1500-1914*, Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen, 1994, 328 pp.

Wolfgang Hardtwig, en la actualidad profesor en la Universidad Alexander von Humboldt de Berlín, es uno de los mayores expertos en la historia del nacionalismo alemán del siglo XIX, aunque su obra permanece todavía prácticamente desconocida entre nosotros. Historiador de las ideas políticas, de su dimensión social y, particularmente, de su dimensión cultural, Hardtwig ofrece en este volumen una recopilación de varios artículos escritos entre 1984 y 1993, que tienen todos ellos como eje la historia del nacionalismo alemán y de la sociedad y cultura germanas, con la excepción del artículo quizá más interesante y polémico de esta recopilación, el titulado «De conciencia de élites a movimiento de masas. Primeras formas de nacionalismo en Alemania 1500-1840» (pp. 34-54), que es de nueva elaboración. Realmente, en ese artículo encontramos algunas de las ideas claves y, ciertamente, polémicas del autor: según él, el nacionalismo no es un fenómeno específicamente ligado a la Edad Contemporánea, como suponen la mayoría de los especialistas sobre el tema, sino que en Alemania ya se podían encontrar desde el período de transición entre los siglos XV y XVI; por tanto, mitos nacionales, estereotipos, delimitaciones de colectivos humanos frente al exterior y, sobre todo, ambiciones de poder vinculadas a la exaltación de valores comunes basados en la cultura por encima de las divisiones estamentales, así como la formulación de una conexión entre una nueva forma de Estado y esa concepción de la comunidad política, serían elementos ya presentes en una cierta élite de intelectuales con puntuales resonancias sociales más amplias. Para Hardtwig, por tanto, los orígenes cul-

turales del nacionalismo se remontan mucho más allá de la que consideran «frontera temporal idealtípica» de 1789 ó 1806 (p. 36), y adquirieron ya una cierta dimensión y relevancia a lo largo de la Edad Moderna gracias a la apertura gradual de las estructuras feudales, la creciente importancia de la burguesía y la formación de una élite social cualitativamente importante (aunque numéricamente reducida): los humanistas, cuya labor será continuada de modo más esporádico durante los siglos XVII y primera mitad del XVIII. Así, por ejemplo, expone y analiza la correspondencia y obras de algunos círculos humanistas del XVI (como la Societas Danubiana), en las que encuentra alusiones y conceptos relativos a la «nación alemana» y una preocupación sobre todo por la construcción de un idioma y una cultura común a todo el «pueblo alemán». Durante el siglo XVII este tipo de círculos humanistas se amplía a formas de sociabilidad de élites impregnadas, según Hardtwig, de nacionalismo cultural, como las *Deutsche Gesellschaften* (sociedades alemanas), coordinadas por Johann C. Gottsched y que desde Leipzig (1697) se extendieron a diversas ciudades -sobre todo, ciudades universitarias- alemanas durante la primera mitad del siglo XVIII. Por tanto, este «primer nacionalismo organizado» alemán era capaz ya de desarrollar formas asociativas modernas (voluntarias y no estamentales o religiosas), evolucionaba de modo continuo, aunque contando sólo con una minoría de adherentes, y en cierto modo era todavía «prepolítico» (no reclamaba una nueva forma de legitimidad política), centrándose ante todo en los aspectos culturales (o étnico-culturales): a nadie se le ocurría aún pensar en un futuro Estado nacional alemán unificado. Ese primer nacionalismo se expandiría desde los años sesenta del siglo XVIII, y todavía se podría rastrear su pervivencia hasta 1840 (p. 45), cuando el nacionalismo alemán se convirtió realmente, según su percepción, en un movimiento de masas.

Ese esquema de partida impregna realmente buena parte del resto de los artículos, en los que Hardtwig pasa revista a distintos aspectos de la Historia de las ideas políticas y de Historia social del nacionalismo: así, la figura del pensador y humanista del siglo XVI Ulrich von Hutten, vinculado a la Reforma protestante y en cuya obra, según Hardtwig, se hallan ya algunas formulaciones de una suerte de prenatalismo alemán, una conciencia pre-nacional, en cuanto ese autor habría formulado una concepción de la nación que superaría el tradicional *Landespatritismus*, entendido como vinculación a la

tierra que se habita (amor al *Heimat*) y al señor del que se depende, y habría formulado ya una nueva forma de solidaridad colectiva capaz de superar la división estamental, romper con el universalismo cristiano y apelar a la movilización de amplios sectores sociales (p. 25). Igualmente, el autor se plantea de modo sugerente el carácter «alemán» de la Ilustración germana (*Aufklärung*), la evolución de ese «primer nacionalismo» a través de las propuestas de los principales autores de la *Aufklärung* y las razones por las que el nacionalismo alemán, orientado sobre todo a la identificación de cultura con idioma y caracterizado por su reacción conservadora frente a los «excesos» de la Revolución francesa, pudo actuar como elemento de encuentro y cohesión entre un sector cultivado e intelectual de la emergente burguesía (*Bildungsbürgertum*) y un sector reformista del estamento noble.

En el resto de los capítulos, Hardtwig se preocupa sobre todo del impacto organizativo y social del nacionalismo alemán sobre el estudiantado, a lo que dedica dos contribuciones sobre los comienzos del movimiento de estudiantes nacionalistas (el *deutsche Burschenschaft*) y las funciones integradoras del nacionalismo para los deseos de participación política de amplias capas de la burguesía en el poder del Estado, legitimación de la crítica hacia la sociedad estamental, así como para los primeros asomos expansionistas frente a otros pueblos europeos. Asimismo, en tres contribuciones finales Hardtwig se ocupa de aspectos más concretos de la expansión de la conciencia nacional alemana en la segunda mitad del siglo XIX: la relación entre burguesía, simbología estatal y nacional en la época del Imperio alemán, la cuestión de la capitalidad de Berlín y la participación de la principal ciudad de Alemania en la revolución de 1848-1849; la ambivalente relación entre la «topografía política» y el nacionalismo alemán durante el período guillermino, centrado en un exhaustivo estudio de la cuestión en la ciudad de Munich, y, finalmente, un aspecto poco conocido de la integración de simbología y nacionalismo cultural: la interrelación entre nacionalismo liberal alemán y producción artística a través del *Deutscher Werkbund*, organización de artistas y empresarios del arte existente entre 1907 y 1914, como intento de transformar un grupo artístico de carácter vanguardista en un eficaz elaborador de una especie de «estilo alemán» que contribuyese, a su vez, al cosmopolitanismo implícito en la vanguardia.

Bastantes elementos del análisis de Hardtwig son, cuando menos, susceptibles de discusión, sobre todo dos: en primer lugar, su aplica-

ción un tanto precipitada del término «nacionalismo» a discursos político-ideológicos que, aunque presenten y prefiguren alguna de las características del nacionalismo moderno, no por ello son en sí «primeras formas» plenas de nacionalismo, sino, en todo caso, manifestaciones calificables de *proto* o *prenacionalistas*; el papel de la Reforma Protestante, por ejemplo, como galvanizador de algunos elementos prenacionalistas en Europa Central ya ha sido, por lo demás, señalado por otros autores, y recientemente en una perspectiva global por Michael Mann. En segundo lugar, el enfoque preferentemente político-cultural del autor, tomando como centro de su análisis élites o movimientos sociopolíticos sectoriales (como los estudiantes o los artistas), sobredimensiona, a mi parecer, sus conclusiones, ya que no combina adecuadamente esa «conciencia de élites» con el conjunto de la evolución de las formas de identidad colectiva más expandidas entre la sociedad alemana. No obstante, el libro reseñado constituye, sin duda, un paso más en la reciente revisión historiográfica del nacionalismo germano, que ha conocido un gran empuje desde la reunificación alemana de 1990, y que ha dado hasta ahora frutos notables (por ejemplo, el libro de síntesis de Otto Dann en 1993, o las diversas aportaciones del grupo de investigación sobre el nacionalismo dirigido en la Universidad de Bielefeld por Hans-Ullrich Wehler) dentro de una tradición historiográfica de estudio del tema no por relativamente desconocida menos importante.

Xosé M. Núñez Seixas

SPADOLINI, GIOVANNI (ed.): *Nazione e nazionalità in Italia. Dall'alba del secolo ai nostri giorni*, Laterza, Roma-Bari, 1994, 270 pp.

Este primer volumen de los *Quaderni della Giunta Centrale per gli studi storici* italiana recoge las actas de un interesante y autorizado congreso celebrado en Trieste entre el 15 y el 18 de septiembre de 1993. Es significativo que el anfitrión de esta iniciativa haya sido la Universidad de Trieste, ciudad que por su particular ubicación geográfica y por su tradición histórica resume el sentido auténtico y profundo de la identidad nacional italiana, como recuerda de modo justo Oscar Luigi Scalfaro en su alocución inaugural. Debe señalarse, sin embargo, la extrema actualidad del tema escogido no solamente porque la cuestión nacional -uno de los grandes problemas de la

Edad Contemporánea- ha retornado al primer plano en Europa después del fin de la Guerra Fría, sino también porque con aquélla se relacionan procesos y fermentos de los acontecimientos futuros todavía inciertos que afectan al debate cultural e historiográfico no menos que a las vicisitudes políticas. Un debate abierto y vivaz que se desarrolla en diversos niveles y que ya está produciendo resultados impensables hasta hace pocos años: de la revalorización de la idea gaullista de la Europa de las patrias a la puesta en cuestión de las entidades estatales constituidas en la época de la Paz de Versalles; resultados que tal vez aparecen en contradicción entre sí.

También en el pasado los intelectuales y, en particular, los historiadores italianos analizaron la idea de Nación y su concreción en el plano histórico (baste recordar a autores como Chabod, Salvatorelli, Valsecchi, etc.), estudiando en concreto el caso italiano desde dos ángulos analíticos principales: uno tendente a individualizar los orígenes próximos y lejanos del sentimiento nacional italiano, y otro dirigido a evaluar el proceso de unidad nacional de Italia en el contexto más amplio de la Europa de las nacionalidades del siglo XIX. Las investigaciones de este tipo que se concentraron en el siglo XIX, por el contrario, resultaron ser en apariencia menores, o quizás es mejor decir que asumieron direcciones y características diversas: piénsese, por ejemplo, en los análisis sobre el nacionalismo y sobre el nacionalfascismo, en los filones sobre la emigración transnacional italiana y en los relativos a la «cuestión meridional», o bien en los estudios sobre las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y finalmente, en los estudios de relaciones internacionales o del proceso de integración europea. Por un cierto período se atenuó, sin embargo, el interés por la cuestión nacional como tal; excepción hecha del debate surgido tras la caída del fascismo y, en consecuencia, del advenimiento de la República, una discusión que alcanzó proporciones notables, quizá también porque llegaba en un momento histórico singular y se vinculaba con cuestiones fundamentales para el pueblo italiano, y que inauguró un período prolífico de estudios, pero que en breve tiempo vio pasar a un segundo plano el interés por el tema de la nacionalidad.

Este, la escasa consideración de la cuestión nacional por parte de la historiografía italiana de la segunda mitad del siglo XX, es un tema que ha sido tratado muy variadamente en las contribuciones del congreso de Trieste. Iniciativa esta última que ha resultado ser en ningún modo monocorde, sino que en ella han intervenido varias voces,

todas ellas cualificadas y nítidas, y cuya recogida en un volumen contribuye a colmar un vacío, necesidad de lo que se era aún más consciente en un momento como éste, en el que -como señala Giovanni Spadolini en su lograda y ajustada *Prolusione* de apertura del congreso- «existen riesgos de balcanización de Europa a los que Italia no es extraña», y que es necesario retomar con fuerza la distinción entre «nación y nacionalidad», por un lado, y «competición de los nacionalismos», por otro.

Spadolini es también el editor de este volumen (suya es la *Prefazionej*, que representa prácticamente su última contribución como historiador. Tras su reciente desaparición el gran historiador florentino ha sido recordado también como político y periodista. Ambas dimensiones, la cultura y la política, se entrecruzaron a menudo en su vida, aun conservando connotaciones distintas que se refieren propiamente a los dos aspectos principales de la cuestión nacional que le eran especialmente gratos: literatura y política. Spadolini retrotraía el ligamen entre ambas dimensiones en Mazzini, remontándose más hasta Dante, pero para él seguía siendo el binomio básico para analizar la cuestión nacional italiana del siglo xx. No por casualidad su labor historiográfica está vinculada a «una cierta idea de Italia», «al conjunto de los valores de libertad y de cultura que caracterizaron el primer y el segundo Risorgimento italiano» (el proceso de unidad nacional en el siglo XIX y la resistencia antifascista del siglo xx), y que constituyen el «núcleo fundador» de la Italia republicana.

Las contribuciones publicadas en este libro toman como punto de partida temático y cronológico aquel en el que se detuvieron los participantes en un congreso precedente e igualmente interesante celebrado en Florencia (las actas se encuentran en VVAA, *La cultura italiana tra '800 e '900 e le origini del nazionalismo*, Olschki, Florencia, 1981), del que el congreso de Trieste parece ser casi la continuación ideal. Pero con un cambio de acentos que no sólo es lingüístico (no se mira más al nacionalismo, sino a la nación), sino que refleja un abanico diferente de problemas y una perspectiva histórica diferente.

Las contribuciones del congreso de Trieste publicadas en el presente libro son (en orden de presentación) las siguientes: Arduino AgneBi («La idea de nación a comienzos y en momentos de crisis del siglo XX»), Renzo De Felice («Democracia y Estado nacional»), Luigi Lotti («La edad giolittiana»), Emilio Gentile («La nación del fascismo. En los orígenes del declive del Estado nacional»), Ernesto Galli della Logia («La muerte de la Patria. La crisis de la idea de nación

tras la Segunda Guerra Mundial»), Carlo Ghisalberti («Nación y Constitución»), Pietro Pastorelli («El principio de las nacionalidades en la política exterior italiana»), Giuseppe Talamo («Leopardi: nación cultural y nación política»), Gian Enrico Rusconi («La identidad nacional y el desafío separatista») y Claudio Magris («Nacionalismos y micronacionalismos»).

Es imposible en este lugar dar cuenta de cada una de las contribuciones, que cada autor ha caracterizado con su competencia científica, autoridad y personalidad. Ciertamente, dado que el tema propuesto era muy vasto y poliédrico, el libro no pretende agotar todos los enfoques posibles. Se podría destacar que algunas temáticas adicionales podrían haber sido incluidas, por ejemplo la «Italia fuera de Italia», es decir, la emigración, un fenómeno de larga duración que tanto ha incidido en la mentalidad colectiva y en el tejido social nacional, así como en la imagen de Italia en el extranjero. Pero ya como es este volumen se presenta rico de análisis y reflexiones, un auténtico punto de referencia para este tipo de estudios.

Marco Mugnaini

PHYTHIAN-ADAMS, *et al.*: *Perspectives on English Local History* (European Local and Regional Comparative History Series, 1), Joseba Aguirreazkuenaga (ed.), Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, 109 pp. BOCCHI, F., *et al.*: *Storia locale e microstoria: due visioni in confronto* (European Local and Regional Comparative History Series, 2), Joseba Aguirreazkuenaga y Mikel Urquijo (eds.), Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, 115 pp. BAUMANN, M., *et al.*: *Historias regionales-historia nacional: la Confederación Helvética* (European Local and Regional Comparative History Series, 3), Joseba Aguirreazkuenaga y Mikel Urquijo (eds.), Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1994, 104 pp. MESTRE, J., *et al.*: *Perspectivas de la historia local en Catalunya* (European Local and Regional Comparative History Series, 4), Joseba Aguirreazkuenaga y Mikel Urquijo (eds.), Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1994, 132 pp.

Estos cuatro números de la European Local and Comparative History Series corresponden a las primeras convocatorias del Seminario

Internacional sobre Historiografía Local Europea, que dirige Joseba Agirreazkuenaga y que tuvieron lugar en Bilbao entre 1991 y 1993. La continuidad de estas publicaciones está asegurada, por cuanto se ha celebrado recientemente el seminario relativo a la historia local de Galicia y Portugal que será recogido en el volumen quinto de la colección.

El objetivo de la serie se centra en acercar la historia local europea al País Vasco a través de una selección de la producción historiográfica de distintas comunidades. Las publicaciones que ahora comentamos, dedicadas a Inglaterra, Italia, Suiza y Cataluña, muestran, a pesar de su diversidad, una estructura con algunos puntos coincidentes. En los diferentes números se incluyen artículos introductorios de la respectiva historiografía con otros que se presentan como ejemplos de la misma y aun otros que reflexionan sobre un buen número de aspectos relativos a la historia local. La presencia de esta estructura común no impide que cada volumen, tomado aisladamente, padezca de cierta heterogeneidad. En efecto, la disparidad de objetivos y enfoques de cada una de las ponencias recogidas otorga al conjunto un carácter inconexo que no desaparece a pesar de que pertenecen todas ellas a un mismo ámbito geográfico.

No obstante, y si tomamos el contenido de los distintos volúmenes como un todo único, se aprecian espacios de diálogo entre los diversos autores que alcanzan a las cuestiones más relevantes que interesan a la historia local, y que resaltan el interés de la colección como vía de acercamiento a su historiografía. De entre estos espacios, el más importante, a nuestro juicio, es aquel que reivindica un papel preponderante para la historia local en el conjunto de la historia. Pero no es el único, el propio balance de los logros de las distintas historiografías y la reflexión sobre la importancia adquirida en la actualidad por la historia local y su consiguiente entrada en los círculos académicos son otros tantos centros de interés.

Tanto Tiller como Solé comienzan sus respectivos artículos recordando la decisiva vinculación entre la historia local y la labor de los historiadores *amateurs*, algo que hizo afirmar a Nuria de Sales que «la historia local era en realidad una noción sociológica referida a las peculiaridades del autor, no al marco geográfico de la obra». En la actualidad, la atención creciente de los historiadores profesionales

-entre ellos muchos jóvenes licenciados- a esta disciplina ha producido un desplazamiento de los historiadores aficionados, mientras fomenta la colaboración entre unos y otros. El mismo Tiller finalizaba su contribución exponiendo algunos de los resultados de un estudio en el que dirigía el trabajo de un grupo de investigadores no dependientes de las instituciones académicas.

El auge de la historia local, fácilmente constatable en estudios como el de Mestre, es el tema principal del análisis realizado por Samuel. En su opinión, la importancia adquirida por esa historia en Inglaterra debe ser explicada vinculándola al sentimiento de pérdida de la comunidad provocado por la industrialización y los cambios asociados a la misma. Una explicación semejante nos ofrece Hey del extraordinario desarrollo de la historia de la familia, también en Inglaterra. La atención creciente de los historiadores profesionales hacia la historia local ha de ponerse, por el contrario, en relación a claves distintas.

Phythian-Adams contribuye a desvelar algunas de ellas en su defensa de las ventajas para el conocimiento histórico que pueden derivarse de la adopción de la perspectiva local: la mayor de las cuales sería la de un freno a explicaciones excesivamente fundadas en la división de la sociedad en clases. Pero no son éstas las únicas ventajas que se aducen. Gavalda realiza un interesante alegato en favor de la utilidad de la historia local para la enseñanza de la historia en EGB y BUP.

Con todo, lo más relevante de los diferentes volúmenes es que al reflexionar sobre la historia local y la microhistoria lo hacen sobre la totalidad de la práctica historiográfica. El ejemplo más elocuente de ello se encuentra en el artículo de Levi. Su intento de teorización de la microhistoria hace que la presente como un intento de preservar el conocimiento histórico frente a los efectos disgregantes de la orientación posmoderna de la cultura actual. Aunque todos los trabajos que comentamos comparten ese objetivo de proteger el conocimiento histórico, las operaciones críticas a que someten la historia puede contribuir a desestructurarla; es lo que ocurre cuando se aboga por repositionar la relación entre los conocimientos históricos particulares y generales.

En efecto, la nueva afirmación de lo particular no sólo puede cuestionar la pervivencia de historias estatales -algo que ya ha suscitado un importante debate-, sino que puede poner en peligro la mis-

ma posibilidad de las generalizaciones históricas. Y ello a pesar del esfuerzo de muchos de los autores que ahora analizamos por insertar los conocimientos adquiridos desde perspectivas reducidas de análisis en marcos más amplios. La confianza en la superioridad de las perspectivas analíticas reducidas se apoya en la creencia de que la observación limitada a lo local revelará aspectos de lo social hasta entonces inaprensibles que, no obstante su origen, podrán ser elevados a un rango más general. Ecos de una confianza semejante podemos encontrarlos, entre otros lugares, en el artículo de Guzzi.

Esa confianza en las virtudes de la historia local y la microhistoria tiene hasta la actualidad una fundamentación más práctica que teórica, aunque se beneficia de la orientación posmoderna de la cultura actual. En concreto, se apoya en la pérdida de legitimidad de las perspectivas globales de análisis y la consecuente afirmación de las pequeñas narrativas, que se presentan como ausentes del virus ideológico que contamina a los metarrelatos. El acceso al conocimiento de lo social no es una cuestión determinada por la escala de análisis, sino por la calidad de las operaciones críticas a que son sometidas las evidencias documentales de que se disponga. La insistencia en lo particular no ofrece, por tanto, garantías de un conocimiento histórico despojado de las adherencias ideológicas debidas a los diferentes sistemas de pensamiento. La historia local y la microhistoria pueden ser un intento fructífero de superar las debilidades de una historia excesivamente centrada en las estructuras y donde la clase jugaba un papel central, pero ello a condición de que no sucumban al espejismo empirista de la transparencia de lo social.

José Javier Díaz Freire

KAELBLE, HARTMUT; KOCKA, JÜRGEN, YZWahr, HAHTMUT (eds.): *80-jahresgeschichte der DDR*, Klett-Cotta, Stuttgart, 1994, 601 pp.

En la investigación histórica sobre la República Democrática Alemana (RDA) tuvo prioridad hasta tiempos recientes el análisis del ejercicio del poder por parte de instancias políticas como la policía secreta (el «Staatsicherheitsdiens», o *Stasi*) y el partido estatal SED (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*, Partido Socialista Unificado Alemán). La gran aportación de este volumen de veinticuatro artículos es sin duda el ofrecer una visión de las diferencias sociales

internas, las peculiaridades específicas de determinados sectores y los conflictos sociales de la ROA, y con ello situar a la propia sociedad de la antigua Alemania oriental como objetivo y centro específico de la investigación histórica.

Así, por ejemplo, el artículo de Hartmut Zimmermann, que toma el caso de los «cuadros» políticos (*Kader*) que desempeñaban funciones de dirección política en todos los ámbitos sociales, muestra las fracturas y conflictos realmente existentes tras una fachada monolítica. De acuerdo con su propia autoimagen, el SED era un partido de cuadros, lo que se aseguraba mediante una serie de controles internos permanentes, determinados privilegios, un código moral específico y una jerga político-partidaria particular. Sin embargo, los cuadros también debían, de modo creciente, concentrarse en el ámbito social de sus ocupaciones profesionales específicas para llevar a cabo sus fines oficiosos, con lo cual ganaban también un espacio de actuación acotado y propio. Pero las crecientes contradicciones entre su propio trabajo en problemas concretos y la línea oficial del partido no eran tan fáciles de resolver, lo que les llevó a una especie de división en sus funciones. Esta falta de capacidad integradora de, por un lado, la percepción personal de la realidad y, por otro lado, su autoconcepción social constituye sin duda una peculiaridad de la sociedad de la ROA en su conjunto.

Igualmente, una exuberante red de dependencias personales y locales ofrecía también algunos espacios libres del control del partido, como señala Ralph Jessen en el caso de los profesores. Esta situación era consecuencia de una planificación de cuadros sin objetivos a largo plazo, lo que provocó que se reclutasen sobre todo entre especialistas de la propia universidad, pero también llevó a un autoaislamiento consciente respecto al Oeste y a la falta endémica de recursos. Contrariamente a lo que suponen varias leyendas, realmente la militancia en el partido se convirtió desde fines de los años sesenta en el criterio de cooptación profesional más decisivo. También existieron límites a la penetración del partido entre las antiguas élites de la burguesía cultivada, como muestra Christoph Klessmann. La lucha emprendida en los años cincuenta, por ejemplo, contra la dura endogamia de los médicos irremediadamente estancados en el Nacionalsocialismo tuvo que ser abandonada al poco tiempo a causa del alto número de fugitivos. En el caso de los pastores protestantes (evangelistas), incluso se constató un aumento en la transmisión he-

reditaria del oficio. Así, se podía rehuir la discriminación de los cristianos en la formación estatal si se frecuentaban los centros de formación dependientes de la propia Iglesia, que se consolidaron como focos de una suerte de «subcultura teológica».

A la clase obrera, glorificada verbalmente como clase dominante, pero que no obstante era responsable del fuertemente reprimido levantamiento del 17 de junio de 1953 para la traumática experiencia de la dirección del partido, se dedican dos importantes contribuciones. Peter Hübner muestra cómo la economía planificada, con su crónica debilidad de inversiones, conservó los persistentes modos de organización del trabajo y la estructura ocupacional consiguiente, lo que contribuía, aún más que la presión política, a conducir al estancamiento. Una política social paternalista y la falta de representación política adecuada hizo retroceder a los trabajadores hacia la articulación de sus intereses en el ámbito de la relación de trabajo inmediata. Con ello se bloqueó la rápida disolución de los tradicionales sistemas de valores y relaciones de solidaridad del medio obrero que estaba teniendo lugar contemporáneamente en la RFA, y se selló igualmente la enajenación política del medio obrero respecto al Estado. Para la solución de los conflictos laborales dentro de las empresas fueron ciertamente importantes las llamadas «brigadas de producción» (Jörg Roesler). Estas agrupaban por término medio unos quince colaboradores de una rama de producción, y eran lideradas por unos «brigadistas» algo mejor remunerados que el resto. En las discusiones y en las actividades culturales y de tiempo libre que tenían lugar tras las tardes festivas, y que cada vez más fueron solamente una realidad sobre el papel, se articulaban los contactos sociales en el lugar de trabajo. Ante todo trataba el «brigadista» con la empresa los salarios, con lo que podía así encauzar los conflictos, pero para ello debía hacer con frecuencia concesiones.

Menos pormenorizado es, por desgracia, el conocimiento que se tiene sobre las consecuencias de la elevada tasa de población activa femenina (90 por 100), que convertía a la RDA en la sociedad más «feminizada» de Europa. Sin embargo, es de reconocer que esta situación, a pesar del total apoyo del Estado en lo referente al cuidado de los niños, sólo tardíamente se reflejó en una toma de conciencia de su valor profesional por parte de la mujer, debido a la aún persistente dedicación al trabajo del hogar y la cualificación empresarial (como muestran los artículos de Ina Merkel y Ute Gerhard).

El sociólogo Martin Kohli y el historiador Lutz Niethammer resaltan algunas continuidades estructurales fundamentales en la historia de la RDA. Sobre todo, la reducción de las inicialmente altas posibilidades de movilidad social para las siguientes generaciones. La represión o emigración de las élites dirigentes había dejado el camino libre para los nacidos a partir de 1920, los hijos de los trabajadores cualificados que habían militado en las Juventudes Hitlerianas. En los años cincuenta, un importante esfuerzo de formación llevado a cabo en las empresas y en las facultades de trabajadores y campesinos, en un rápido paso a instalaciones educativas, hizo posible que se les abriesen los resortes del poder por debajo de los sectores dirigentes que procedían del exilio soviético. Su ascenso social era tan rasante como ligado al Estado de la RDA; además, no era ni repetible ni transmisible como experiencia a las generaciones más jóvenes, que reaccionaron a una situación de expectativas vitales bloqueadas con una persistente retirada de lealtad hacia el Estado.

En conjunto, podemos concluir que se obtiene una revisión de la imagen, ya hace algún tiempo caduca, de una sociedad totalmente uniformizada. Del mismo modo, se muestra también que la obsesión reinante en la opinión pública con la sensación ofrecida por los informes de la Stasi no deben deformar la visión histórica.

Benjamin Ziemann

SCHMIDT-HARTMANN, EVA (ed.): *Formen des nationalen Bewußtseins im Lichte zeitgenössischer Nationalismustheorien*, Oldenbourg Verlag, Munich, 1994, 335 pp.

El volumen que reseñamos aquí (*Formas de la conciencia nacional a la luz de las teorías contemporáneas sobre el nacionalismo*) es otro ejemplo más del fructífero diálogo -aunque a menudo un tanto desigual- entre la historiografía alemana y europeo-oriental desde la posguerra: no en vano el libro editado por Schmidt-Hartmann se inscribe dentro de la serie de coloquios entre historiadores alemanes y de Europa del Este (sobre todo, aunque no exclusivamente, checos y eslovacos) organizados por el «Collegium Carolinum» de la capital bávara.

El objetivo de las contribuciones recogidas en este volumen es doble: por un lado, las dos primeras partes se dedican a la reflexión teó-

rica acerca de las principales teorías explicativas del nacionalismo, combinando tanto la innovación como la crítica a algunos de los modelos existentes. En esta sección abre el volumen una sugerente contribución del historiador británico John Breuilly titulada precisamente «Enfoques del nacionalismo», en la que básicamente repite los argumentos contenidos en su ya clásica obra *Nationalism and the State*, que conoció en 1993 una segunda edición revisada (y de la que hay también una traducción española): es decir, el nacionalismo sería, ante todo, una doctrina de legitimación del poder político del Estado, si bien no es tan reduccionista y admite que el nacionalismo es también, ante todo, «doctrina, política y sentimientos», a la vez que asocia el proceso de modernización al desarrollo del nacionalismo, adoptando éste varias funciones diferentes (coordinación, movilización, legitimidad). Breuilly completa su intervención con un intento de aplicación de su teoría al caso del Imperio Austro-húngaro. En definitiva, Breuilly no ofrece ninguna perspectiva renovadora sobre su propia y ya conocida teoría, aunque sí elabora una síntesis útil y didáctica. A continuación, el historiador checo Miroslav Hroch revisa un tanto su conocido esquema para la evolución de los movimientos nacionalistas (publicado en alemán en 1968 y en inglés en 1985), ya que intenta elaborar un ensayo de marco comparativo para la evolución no sólo de la dimensión social de los movimientos nacionalistas, sino de los factores políticos y culturales que también influyen en su desarrollo: Hroch descubre así (algo que en España, por cierto, se sabía hacía algún tiempo) que también es preciso prestar atención a los programas y estrategias políticas, sociales y culturales de los movimientos nacionalistas; el rol movilizador de los símbolos y de los mitos elaborados por los nacionalistas; los factores sociolingüísticos, etc. Hroch continúa así la labor de lenta revisión y ampliación de su conocido modelo analítico que ya comenzó en 1991 en el coloquio sobre «Tipos de movimientos nacionalistas en Europa en los siglos XIX y XX», celebrado en la Universidad de Bielefeld.

Las siguientes contribuciones tienen un alcance más limitado, pero no por ello son menos interesantes: así, Stritecky desarrolla la cuestión de las «Identidades, identificaciones, identificadores» desde una perspectiva casi socioantropológica; Schamschula aborda el tema de la construcción literario-publicística de los mitos y mitología del nacionalismo; Seibt analiza la visión que los historiadores de la Edad Media han tenido de las formas de «proto-nacionalismo», y en con-

secuencia aborda la difícil cuestión de si es posible hablar de nacionalismo antes de la Edad Contemporánea; Loewenstein, desde una perspectiva de psicología social, trata sobre la relación entre nacionalismo y psicología de masas. La sección se completa con otras contribuciones que tratan sobre las teorías del autor polaco, apenas conocido en Occidente, Józef Chlebowczyk (Kessler); las teorías de Otto Bauer y su verificación en sociedades multiculturales (Brenner); una amplia reflexión sobre las teorías del *Nation-building* y su verificación en el proceso de construcción de «naciones sintéticas» en Europa oriental (Lemberg), y finalmente, a mi juicio, la contribución más interesante y fundamentada de todas, un exhaustivo análisis acerca de la «aplicabilidad» práctica a la realidad histórica del conocido modelo de «comunicación social» elaborado por Karl W. Deutsch en 1953, modelo complejo y frecuentemente revisado por su propio autor con gran número de variables, y que, como demuestra Weiser, no fue apenas asimilado ni por la sociología ni por la historiografía más que en una forma meramente cualitativa, especialmente su concepción de la comunicación social y de los factores que en ella intervienen como «precondición social para la nacionalización de sociedades tradicionales» (p. 141). A pesar de los múltiples ataques y críticas que por parte de diferentes autores ha sufrido el modelo de Deutsch, varios de sus postulados quedan aún hoy en pie, según Weiser: que la movilidad social crea dentro de una sociedad agraria tradicional la necesidad de nuevas instancias de legitimidad y lealtad; que un cierto grado mínimo de movilización social constituye una necesaria precondición para la expansión del nacionalismo; que dentro de una sociedad étnicamente heterogénea no existe ningún equilibrio perfecto, sino que conviven diversos procesos de asimilación y separación entre los diferentes grupos étnicos, y que la dimensión cuantitativa presente en el modelo original de Deutsch ha supuesto y anticipado en su época, pese a no ser casi nunca puesta en práctica, un importante salto cualitativo en la comprensión del nacionalismo desde las ciencias sociales.

Por otro lado, las dos últimas partes del libro se concentran en el análisis comparado de casos concretos (en su totalidad pertenecientes al área centroeuropea), intentando aplicar a casos prácticos algunos de los modelos teóricos más extendidos: así, Kizwalter intenta una aplicación del modelo de Ernest Gellner al caso del nacionalismo polaco durante el siglo XIX; Vári reflexiona, en un interesante artículo,

sobre la formación de «estereotipos étnicos en la Hungría de la primera mitad del siglo XIX», a la luz de las tesis de John Breuilly; Osterrieder combina las tesis de Benedict Anderson con la investigación de los orígenes de la conciencia nacional entre los rusos, ucranianos y rutenos; Hopken, prescindiendo en este caso de marcos teóricos sofisticados, trata sobre los musulmanes de Bosnia entre 1878-1941; Koralka investiga la conocida diferenciación establecida por Hans Kohn entre nacionalismo «occidental» y «oriental», aplicándola al proceso de *Nation-building*, y Krajcovic reflexiona asimismo sobre el análisis de Eugen Lemberg acerca del surgimiento de Checoslovaquia y del nacionalismo checo, comparándolo con el «checoslovaquismo» como forma de conciencia nacional común entre checos y eslovacos. Se añaden finalmente tres contribuciones sobre diversos aspectos de los nacionalismos checo y eslovaco en la Historia: Novy sobre el concepto de nación en Masaryk; Bakoï sobre la relación entre nacionalismo y cultura en Eslovaquia en el período de entreguerras, y Pichler acerca del surgimiento del «nacionalismo lingüístico» en Eslovaquia y la progresiva politización de la diferencia idiomática respecto del idioma checo -**que**, como se sabe, es muy escasa, al igual que entre el ucraniano y ruso, por ejemplo, y por ello necesita ser elaborada y, en cierto modo, «inventada»; aunque en ciertos libros de periodistas mal informados se sigue aún hoy presentando la «etnicidad» en los pueblos de Europa oriental como algo «evidente» que no necesita más explicación.

El resultado es, pues, un mosaico de teoría y empiria sumamente aceptable, notablemente innovador y sumamente informativo para aquellos poco familiarizados con la problemática nacional en Europa centro-oriental. Las principales teorías contemporáneas sobre el origen y desarrollo del nacionalismo se hallan representadas y discutidas en diferente medida, si bien el volumen no puede escapar a su dimensión centroeuropea; autores -**al** margen de que sus teorías sean más o menos discutibles- como Walker Connor o Anthony Smith están prácticamente ausentes de este volumen, lo que no se debe tanto a su mayor o menor importancia respecto a otros especialistas como a su relativamente escasa difusión en el ámbito germánico. Por otro lado, el volumen deja ver claramente las diferencias cualitativas aún hoy apreciables, pese a los importantes avances registrados, entre la historiografía occidental y la oriental, y que se ponen de manifiesto sobre todo en la habilidad para manejar conceptos teóricos de forma

crítica –si bien no deja de haber muy importantes excepciones, como el propio Miroslav Hroch–; varias de las contribuciones del segundo bloque del libro, aunque nominalmente intenten aplicar un modelo teórico a un caso concreto, en la práctica se convierten en meros relatorios empíricos y casi positivistas sobre acontecimientos, ideas políticas, etc.

En definitiva, estamos, en mi opinión, ante un libro que reúne varios de los requisitos para convertirse en un clásico de la creciente literatura especializada internacional sobre el nacionalismo, aunque, por razones idiomáticas, su incidencia quedará probablemente reducida al ámbito germánico y centro-europeo.

Xosé M. Núñez Seixas

VAN DER LINDEN, M. (ed.): «The End of Labour History?», *International Review Of Social History*, vol. 38, Cambridge University Press, 1993, 173 pp.

No corren buenos tiempos para la historia del trabajo, tal y como sugiere el título de este volumen que tiene el objetivo de mostrar la relevancia que tiene para la historia del trabajo el incorporar algunos de los problemas y temas que caracterizan a la historia social en la actualidad. De este modo, se estudian aspectos como la historia del género, de la familia, de la vida cotidiana... A este respecto no se puede dejar de señalar que la mayoría de los trabajos incluidos en esta publicación muestran un esfuerzo voluntarioso por partir de la elaboración teórica, aspecto que siempre es de agradecer en el quehacer histórico. Y ello es particularmente necesario en la historia del trabajo, que ha estado demasiado marcada por el lastre de la rancia historia del movimiento obrero, caracterizada en numerosas ocasiones por un vulgar, brutal y apromblemático empirismo positivista. En este sentido, algunas ideas e hipótesis que aparecen en estas páginas sobre problemas tales como la segmentación de los mercados laborales vinculada a un análisis de escala geográfica, la interpretación de los mecanismos por los que se produjo la interiorización por parte de los trabajadores de valores procedentes de otros grupos o instancias sociales, la influencia de los cambios generacionales en la actitud hacia el trabajo... son elementos de interés que dan pie a la discusión. Pero, junto a estos logros –y otras muchas aportaciones que no se pueden

ni siquiera aludir aquí por falta de espacio—, la lectura de este volumen produce grandes dosis de insatisfacción. No se puede negar que las pretensiones de estas páginas sean bienintencionadas, pero muchos de sus resultados hacen pensar que, de seguir por caminos como los que aquí se emprenden, el fin de la historia del trabajo es algo más que una hipótesis retórica. Pretender focalizar la historia del trabajo en la vida privada, en el lenguaje de los símbolos, en los mecanismos de supervivencia de los trabajadores a través de las redes de solidaridad familiares, etc., sin que estos aspectos sean estudiados en un marco más amplio que asuma las transformaciones históricas del sindicalismo —y que busque la conexión de esas realidades con un contexto político—, no puede conducir a resultados esperanzadores. En tal sentido, no deja de ser significativo —y por qué no decirlo, también decepcionante— que cuando en estas páginas se alude a la política, ésta sea contemplada dentro de una concepción evanescente de la ubicuidad del poder en términos foucaultianos que impiden profundizar en una historia auténticamente política. Tampoco se puede dejar de advertir que en este volumen esté casi ausente una perspectiva que integre un análisis de clases sociales, de las solidaridades y de los conflictos provocados por ellas. Efectivamente, no estamos en una época propensa a revitalizar la historia del trabajo, como señala Van der Linden, pero parece muy pobre el ampararse en que el neoliberalismo o la desmovilización del mundo laboral actual nos fuerza a ello. En tal sentido, es inevitable que un enfoque historiográfico —como el que parece distinguir a esta publicación— que no quiera hacer de la historia una mera actividad de anticuarios parta de las inquietudes del presente, pero es indispensable que ello no desemboque en un presentismo que olvide, como en este caso, que la historia de los trabajadores, al menos en el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, es incomprensible sin una perspectiva que contemple la pertenencia de aquéllos a una clase social que luchó por la transformación del capitalismo. El que actualmente parezca que el capitalismo se haya convertido en un sistema sin alternativa y que la existencia de la clase obrera en la supuesta sociedad posmoderna en que vivimos sea más que dudosa no autoriza a la historiografía social a contemplar la clase social como una categoría analítica superada que tenga que ser reemplazada por un confuso y segmentado magma centrado exclusivamente en el género, la etnicidad, la vida cotidiana o el lenguaje simbólico. Este es, sin duda, el principal error de esta

publicación. Con esta crítica no se trata de decir aquí que tras leer el volumen haya que añorar los viejos tiempos de la arcaica historia del movimiento obrero o de la autosatisfecha *New Labour History* de los años sesenta y setenta, y ello todavía mucho menos en España, donde muchos historiadores pretenden estar de vuelta cuando ni siquiera han emprendido el camino de ida. Al contrario, se trata de señalar que perspectivas como las que se muestran en este volumen deben incorporar análisis globales que en el campo de la historia social conducen a tener en cuenta los componentes de clase si no se quiere caer en un trabajo que siempre será estéril por muy sofisticado que sea.

Juan Gracia Cárcamo

AIZPURU, MIKEL, Y RIVERA, ANTONIO: *Manual de historia social del trabajo*, Siglo XXI, Madrid, 1994, 417 pp.

Sin duda estamos ante un libro de características notables; valioso por la vocación didáctica que impregna todas y cada una de sus páginas; por el planteamiento metodológico y conceptual al sintetizar lo mejor de las distintas corrientes historiográficas dedicadas al estudio de la historia social, y por los temas elegidos, que compendian los aspectos más interesantes de la historia de los trabajadores.

En efecto, el libro está dirigido, nominalmente, a los alumnos de la Diplomatura de Relaciones Laborales en la asignatura de Historia Social del Trabajo, pero a buen seguro puede satisfacer a otros estudiantes de facultades y escuelas universitarias, profesionales de toda índole preocupados por las cuestiones sociales y estudiosos del mundo contemporáneo. Para ello, el orden establecido en cada uno de los capítulos es sobre todo temático, con el sano propósito de que el lector piense por sí mismo, a la vista de los hechos y acontecimientos propuestos, sobre las causas y consecuencias, en definitiva, sobre la globalidad de los procesos históricos, sin estar sujetos en todo momento al corsé que imponen las fechas. Un ejemplo: los autores estudian la participación de las mujeres y los niños desde la perspectiva productiva y social, pero no dedicándoles un capítulo específico, que podría hacer pensar que jugaron papeles secundarios y no sólo en determinadas épocas, sino que están presentes en todo momento, como expresión de la necesidad de no compartimentar los sujetos his-

tóricos. La vocación didáctica también está presente al inicio de cada capítulo, introduciendo el tema para una mejor comprensión del mismo, además de proponer distintas lecturas de otros tantos autores que ofrecen visiones complementarias sobre las cuestiones tratadas.

La perspectiva metodológica y conceptual es abordada de manera explícita ya en las páginas iniciales. En ellas queda claro que los autores son herederos del revulsivo que supuso la aparición en los años sesenta de ciertos historiadores anglosajones (Thompson, Hill, Dobb, Hobsbawm, Anderson, etc.), a partir de los cuales se introducen nuevos temas y conceptos tales como la conciencia y cultura de clase, la no necesaria identificación de las organizaciones obreras con el conjunto de los trabajadores, la conflictividad real, etc. Mikel Aizpuru y Antonio Rivera tratan de superar en su libro aquella concepción de la historia del trabajo como trabajo organizado o militante, pero también el marco reduccionista de las relaciones laborales, en el que los sujetos protagonistas serían únicamente el Estado y las organizaciones. En este estado de cosas, la historia social del trabajo que proponen tendría los siguientes aportes: una historia social de los grupos y clases sociales (trabajadores y poseedores del capital); las relaciones que se establecen entre estos dos sujetos (en el proceso de fijación de la fuerza de trabajo y del capital); los aspectos técnicos y jurídicos del trabajo (organización, máquinas, legislación laboral, etc.), y la sociología del trabajo (interiorización y respuesta a los distintos procesos productivos).

Además del capítulo introductorio, el libro está dividido en seis partes. La primera está dedicada al trabajo en la historia, donde se abordan las distintas consideraciones morales y sociales desde la antigüedad hasta nuestros días, así como el concepto y modos de producción, en un rápido recorrido que introduce al lector en las grandes transformaciones operadas con la Revolución Industrial. La segunda parte se ocupa de los protagonistas del trabajo, en la que se analiza la pérdida de la independencia de los trabajadores y su progresiva proletarización, la introducción de nuevas costumbres como la disciplina, los horarios o los reglamentos de trabajo, así como las consecuencias sociales y materiales que estos cambios produjeron en sus condiciones de vida. El capítulo termina analizando las particularidades de los propietarios del capital. El inicio de las resistencias obreras, el sindicalismo y las relaciones laborales ocupan el tercer capítulo. En él se estudian las respuestas ante el liberalismo económico

y el capitalismo, pero desde el punto de vista de las propuestas alternativas de organización de la actividad laboral y de la sociedad. La cuarta parte aborda la legislación laboral y derecho del trabajo, dentro de la visión del reformismo social. La cuestión social en España ocupa una buena parte del libro, desde su génesis hasta el Estado franquista. Por último se ocupan del trabajo en la actualidad. En resumen, una magnífica oportunidad para un mejor conocimiento del pasado y presente de la historia social del trabajo.

Pedro A. Novo López

DEBRAY, R.: *Vida y muerte de la Imagen. Historia de la mirada en Occidente*, 1994.

Este ensayo de Debray interesa a los historiadores de todas las épocas y en especial a los de la etapa contemporánea. Podría parecer, en principio, que aborda asuntos muy alejados de las preocupaciones actuales del historiador, si tenemos en cuenta las orientaciones investigadoras en Historia Contemporánea, y tal vez su título y la ilustración de la portada nos haría pensar que es interesante, sobre todo, para el historiador del Arte.

Pero su lectura revela de inmediato, por un lado, la necesidad de ir poniendo fin a prácticas historiográficas muy superadas si quieren responder a lo que demanda del historiador la sociedad de nuestros días --en este sentido el autor describe con gran acierto las características de esta sociedad y sus manifestaciones culturales-- y, por otro, la urgencia de enfrentar los nuevos fenómenos sociales que han transformado nuestra vida con decisión y rigor al mismo tiempo, si es que queremos alcanzar resultados gratificantes.

La Imagen es tal vez uno de los fenómenos más atractivos para el historiador, también una de las fuentes más fácilmente accesibles. Su presencia y su importancia nadie la niega, incluso en otras épocas históricas más alejadas que podrían contrastar con la verdadera *avalancha* de información visual que sufrimos hoy. No obstante, apenas ha merecido la atención y la dedicación historiográfica, y cuando ha sucedido esto ha existido más un interés meramente clasificatorio o ilustrativo, antes que un verdadero intento de profundización conceptual y metodológica en las posibilidades que encierra la Imagen para entender nuestro pasado y comprobar como éste se refleja en

nuestro tiempo (tarea constante del historiador en cada época histórica).

En este último sentido, el libro viene a ser una especie de guía imprescindible para conocer y familiarizarse con *Las formas de mirar* a lo largo de la historia, acompañando la descripción de las mismas con profundas y sugerentes reflexiones epistemológicas que algunas veces no superan el estilo de *ensayo* tan típico de la escuela francesa, pero que, en definitiva, resultan básicas para comprender cómo esas formas de mirar son en realidad formas de ver las cosas y, por tanto, también de interpretarlas.

Desde la concepción sagrada que supone el ídolo en la antigüedad, se pasa por la mirada laica o del arte que introduce el Renacimiento y se llega al entorno de 10 mediático en la actualidad, son las *tres edades de La mirada* por las que atraviesa la humanidad, pero sin que esto signifique la superación progresiva de cada una de ellas, sino más bien la incorporación en la siguiente de los logros de la anterior. De esta forma, la mirada actual estaría conformada por modelos del ídolo y del arte, aunque todo sometido al imperio de lo mediático que determina la comunicación visual en nuestros días.

Cada forma de mirar es una manera de entender la sociedad y el mundo. No existe la imagen en sí misma, pues su estatuto y sus poderes varían continuamente de acuerdo, esencialmente, al *soporte* donde se instale la imagen -otra historia que está por hacer es la historia del soporte para la información, sea ésta textual o icónica-, que significan profundos cambios en las creencias colectivas (no es 10 mismo el muro de la cueva que la TV satélite). La imagen ha dominado siempre al hombre, y de ser mágica o artística está pasando a ser económica, y ello acarrea un cambio fundamental en la manera de percibir el mundo.

Es en este último sentido donde el libro aporta las ideas más interesantes para el historiador y donde revela la necesidad de que éste afronte el conocimiento de la *Sociedad de la Imagen* introduciendo el contenido de memoria, el pasado que permanece en nuestro presente, algo imprescindible en una sociedad que camina hacia el olvido. La pintura, la fotografía y el cine pueden ser instrumentos valiosos para este propósito, que el autor ya no plantea desde sus preocupaciones, pero que son irrenunciables para un historiador, aunque

siempre con el horizonte de los *nuevos soportes para la información* que serán sin duda el medio donde se *escriba* la historia en el futuro.

Mario P. Díaz Barrado

DAVIES, R. W.; HARRISON, MARK, y WHEATCROFT, S. G. (eds.): *The Economic Transformation of the Soviet Union, 1913-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

La descomposición de las economías socialistas en el último cuatrienio ha ocasionado un rápido crecimiento de la bibliografía disponible sobre la Europa Oriental y la Unión Soviética. Y como siempre ocurre en las respuestas editoriales a los grandes acontecimientos sociales y políticos, gran parte de las novedades han sido libros oportunistas, poco reflexivos y muy guiados por lo más inmediato y superficial, por la «espuma de los hechos» y, lo que es peor, por los mudables estados de opinión de la comunidad intelectual de la antigua Unión Soviética. En el caso del libro que nos ocupa no se puede decir lo mismo. Sus autores son «soviólogos» que han prolongado y enriquecido su trabajo de años, gracias a las nuevas posibilidades de acceso a los archivos y a la información impresa y gracias a la multiplicación de las memorias y testimonios personales, que trajeron consigo la política de *glasnost* (transparencia) de Gorbachov y ha ampliado en cierta medida el fin del monopolio del poder por parte del Partido Comunista.

El objeto del libro no es, por otra parte, el derrumbamiento del sistema económico socialista, sino la fase decisiva de su construcción entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y la victoria soviética frente a la Alemania nazi. Una etapa que no sólo acabó definiendo la pauta de evolución posterior de la economía socialista, sino que se convirtió en referencia inexcusable del pensamiento y la política económica occidentales y, con mayor fuerza aún, de las concepciones del desarrollo prevalentes en las antiguas colonias europeas del Tercer Mundo. La industrialización de un país atrasado que había sufrido la triple convulsión de la Gran Guerra, la revolución bolchevique y la Guerra Civil, adquirió ese carácter de contramodelo en los años treinta, cuando la crisis económica en el mundo capitalista coincidió con la consecución de ritmos aparentemente muy elevados de crecimiento bajo las directrices totalitarias del estalinismo.

The Economic Transformation of the Soviet Union hace del análisis cuantitativo del crecimiento económico en el período de entre-

guerras, su eje. Por ello, tras una didáctica introducción en la que se presentan los grandes debates historiográficos sobre el grado de desarrollo de la Rusia zarista, el comunismo de guerra, la NEP y el estalinismo, aborda sucesivamente la historia del sistema estadístico soviético y de la información por éste generada, y luego, la renta nacional, la población, la fuerza de trabajo, la agricultura, la industria, el transporte, la tecnología y el sector exterior y, para finalizar, contiene sendos capítulos sobre el impacto de las dos guerras mundiales. En cada uno de estos apartados, de diferente autoría, la presentación y discusión de las trayectorias cuantitativas posibles es, como hemos señalado, un elemento central y previo. Las diferencias conceptuales entre los estadísticos de Occidente y Oriente, el carácter «interno» del sistema estadístico (dirigido por organismos auxiliares de los propios centros planificadores), el uso político de las cifras económicas en un sistema autoritario -con grados de manipulación variables, pero siempre importantes- y las propias dimensiones de la producción sumergida, otorgan singular relevancia a este ejercicio clarificador. No se agota ahí la tarea de los diversos participantes en el libro, por cuanto que el comentario de las alternativas cuantitativas entraña repetidamente la presentación de las interpretaciones ofrecidas por la historiografía, con constantes referencias bibliográficas. El producto final es un estado de la cuestión imprescindible para acercarse a la historia soviética en su conjunto. Enfrentado a una sociedad sin el velo del mercado como mito de funcionamiento, el análisis historiográfico se presta poco al aislacionismo de las historias sectoriales, y revela el potencial de una aproximación abierta a todos los aspectos de la realidad como la que afectan los autores de este libro en todas y cada una de sus partes.

Juan Pan-Montojo

HOFFMANN, P.: *Tedeschi contro il nazismo. La resistenza in Germania*, Il Mulino, Bolonia, 1993, 187 pp.

Pocos aspectos de la historiografía sobre el nazismo han experimentado en los últimos años una renovación tan sustancial como los relativos a la oposición y a la resistencia, hasta el punto de que no sería exagerado afirmar que éste constituye uno de los terrenos privilegiados de la investigación acerca del régimen en su conjunto.

Estamos, en efecto, ante una notabilísima ampliación del campo de estudio que debe mucho a la historia local y de la vida cotidiana, el recurso a las fuentes orales y a las investigaciones sobre las mujeres y su relación con la política eugenésica. Una ampliación **que**, como notara Martín Broszat, ha convertido la investigación sobre la resistencia en un «estudio de historia social sobre la conducta política en Alemania». De todo esto parece emerger una nueva visión que tiende a señalar la inexistencia de claras y nítidas líneas de fractura en la compleja serie de actitudes que van de la colaboración a la renuencia y la **desobediencia**, del consenso al **disenso**, de la resistencia pasiva (*Resistenz*) a la activa (*Widerstand*). No en vano, un conocido especialista como Robert Gellately ha apuntado la necesidad de situar la oposición y la disidencia frente al «background od **compliance**, collaboration and accommodation».

En cierto modo, todo esto viene a describir el momento presente de un proceso que arranca en la República Federal de la posguerra como un intento de reconstruir la historia de la Resistencia a modo de demostración de que no se debía identificar a todos los alemanes con el nazismo. A **diferencia**, casi **simétrica**, de lo que acaecía en la RDA con la resistencia de los **comunistas**, esta primera fase de los estudios en la RFA se caracteriza por una cierta monumentalización de la resistencia de ciertos medios conservadores burgueses y militares en la que se enfatizaba su carácter ético-heroico y hasta cierto punto **mitificadora**, hace ya tiempo que algunos historiadores como Hans Mommsen y Klaus-Jürgen Müller opusieron la idea del surgimiento de esta resistencia de los conservadores como una respuesta de estos sectores a su progresiva **postergación**, cuando no humillación, por parte de aquellos aliados **-los nazis-** que habían contribuido a instalar en el poder.

Si planteamientos como los de Mommsen y Müller pueden situarse en los orígenes de la situación actual de los estudios a la que más arriba **aludíamos**, los de Peter Hoffmann, en el trabajo objeto de esta **reseña**, hay que ubicarlos en la fase **anterior**, es decir, en aquella que centraba la atención en los valores ético-heroicos de la resistencia de los conservadores. En **efecto**, Hoffmann puede considerarse, tanto por ésta como por otras obras **anteriores**, como un exponente clásico de los enfoques que defendieron en Alemania en los años cuarenta y cincuenta estudiosos como Gerhard Ritter o Hans Rothfels.

Conviene señalar desde el principio que la obra ahora traducida al italiano **-la edición inglesa es de 1988-** sólo responde parcial-

mente a su enunciado. Es decir, se trata más de un estudio de la resistencia de los conservadores y de los militares, de las conspiraciones y de los atentados contra Hitler, que de un estudio de conjunto de toda la resistencia. Nada habría que objetar a esta opción si así se delimitara explícitamente el campo de estudio. Pero cuando esto no se hace así, lo que aflora es una concepción sumamente restrictiva de la resistencia. Dedicar, por ejemplo, sólo cinco páginas a las actividades de comunistas y socialistas, y sólo cinco líneas a las «opiniones» de los primeros, dos páginas a las de los segundos y nueve a los círculos y «personalidades» de la «alta Resistencia», parece algo descompensado.

Es difícil, por otra parte, eludir la sensación de que la concepción aludida se traduce en un claro sesgo conservador. Parece justo y adecuado, ciertamente, que el autor insista en el hecho de que entre los opositores al régimen estuvieron representados todos los sectores sociales y profesionales, religiosos y políticos (p. 84). Pero sostener después que las diferencias entre socialistas y comunistas eran superiores que las que separaban a cualquiera de ellos de los nazis en 1933 parece algo exagerado (p. 98). Algo similar ocurre cuando se delimitan los respectivos extremos del abanico político de la resistencia, situando en uno de ellos a los que buscaban la restauración de la Constitución y las leyes, y en el otro a los que auspiciaban la dictadura del proletariado (p. 85). Nada habría que objetar -hasta 1935, al menos- a la caracterización del segundo de los extremos, pero la del primero, precisamente por constituir el cuerpo central del trabajo, requiere un comentario más amplio.

En efecto, si algo resalta de la, por lo demás clara y concisa, exposición de los programas más o menos constitucionales pergeñados por los hombres de la Resistencia -del círculo Kreisau a Goerdeler, de von Hassell a Popitz y de éste a Sttaufenberg-, es el rechazo casi absoluto a la república de Weimar, todas las desconfianzas posibles hacia la democracia parlamentaria y los partidos políticos, la búsqueda de soluciones corporativas, las apelaciones al cristianismo como base de la convivencia y el protagonismo, más o menos definitivo, que se concede al estamento militar.

Achacar todo esto, como hace el autor, a la presión de las circunstancias o al aislamiento de la Resistencia respecto de los sectores populares -lo que bien podría ser efecto más que causa- no puede entenderse sino como un intento de embellecimiento. Pero las impli-

caciones de tal embellecimiento van mucho más lejos. Pues lo que, en definitiva, se está velando es la dinámica global del proceso de instauración de la propia dictadura nazi, llevada a cabo con el apoyo de estos sectores, las contradicciones y antinomias de la inicial alianza contrarrevolucionaria, y el modo en que ésta empezó a resolverse en detrimento de las propias élites conservadoras. El lento y doloroso pasaje de la colaboración al relativo distanciamiento, de éste a la oposición y de aquí al tiranicidio, al 20 de julio de 1944 en suma, que el propio autor describe muy bien, sería probablemente más comprensible en estos términos.

No se trata, en cualquier caso, de restar todo mérito a la obra. En cierto modo, podría hablarse incluso de lo contrario. En efecto, la identificación del autor con los protagonistas fundamentales de su trabajo, el hecho de que la obra esté escrita, por así decirlo, «desde dentro», le confiere un valor especialmente relevante y clarificador.

En primer lugar, no es en ningún modo despreciable el contenido ético de la lucha emprendida por estos von cuyo papel en la historia de Alemania trasciende la criminalización de que frecuentemente han sido objeto. Y los motivos de su oposición, tal y como los expone el autor, deben tomarse en serio: «La arbitrariedad, la criminalidad, la opresión dictatorial, los excesos policiales, la persecución de jefes religiosos y de opositores políticos, la persecución de los así llamados no-arios (...) el haber desencadenado otra guerra sin preocuparse de las consecuencias: fueron éstas las motivaciones principales de la Resistencia. Para muchos la persecución de los hebreos fue entre los factores singulares el de mayor importancia» (p. 72).

En segundo lugar, la firmeza de estas convicciones contribuye a poner claramente de manifiesto –y a más de uno le vendrá bien recordarlo– que de todas formas, a pesar de la alianza de 1933 y a pesar de las notables coincidencias y connivencias, las diferencias entre unos y otros no eran en modo alguno despreciables. La ideología de muchos de estos protagonistas de la Resistencia podía ser ciertamente conservadora, aun cuando autoritaria y deudora de aquel mito de la «regeneración nacional» que habían ingenuamente esperado poder realizar con Hitler. Pero, tal vez por ello mismo, percibieron con claridad, y algunos reaccionaron en consecuencia, que la dictadura nazi estaba destruyendo las bases de la convivencia humana, el comportamiento cívico y la responsabilidad individual.

En tercer lugar, el énfasis del autor en la solidez de estas percepciones y comportamientos otorga gran poder de convicción a su 10-

tunda negación del carácter oportunista de la Resistencia. Esta no se inicia ciertamente con el principio de las derrotas de la Alemania de Hitler, sino cuando ésta es todavía victoriosa. A lo sumo podría reprochársele al autor cierta benevolencia hacia las pretensiones de sus investigados de que, por ejemplo, los aliados hubiesen tomado más en serio a una oposición que no estaba dispuesta a renunciar a algunas de las mejoras territoriales conseguidas por Hitler o que, simplemente, formulaba propuestas que podrían hacer peligrar la alianza con la Unión Soviética.

Por lo demás, el trabajo de Hoffmann proporciona en su brevedad una amena descripción de los avatares de esta parte de la Resistencia que él tiende, ciertamente, a embellecer. Pero que no por ello deja de ser ilustrativa de las dificultades, de las luchas, dudas e incertidumbres de un sector de las élites alemanas que, en gran parte por su propia naturaleza, ideología e intereses, vio sus dramas más íntimos e insoslayables evolucionar hacia la tragedia y la catástrofe.

Ismael Saz

STEINBACII, PETER: *Widerstand im Widerstreit. Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus in der Erinnerung der Deutschen*, Paderborn, Munich, Viena, Zürich: Schöningh, 1994, 298 pp.

Fue también 1994 el año de la vuelta tras cincuenta años a importantes acontecimientos bélicos acontecidos en 1944. Los festejos con motivo del desembarco aliado en Normandía, las conmemoraciones en recuerdo del levantamiento polaco contra los nazis en Varsovia fueron de un alto significado político-simbólico. Para la cultura política tanto de la vieja como de la nueva República Federal Alemana, la fecha del 20 de julio de 1944 se presenta como un punto de referencia central y representativo del conjunto de la resistencia durante la época nacionalsocialista. La conmemoración del fallido atentado contra Hitler y del reprimido intento de derribar al régimen nazi, por parte de algunos altos mandos del Ejército, alrededor del coronel donde von Stauffenberg, fue acompañada por un sinnúmero de nuevas publicaciones o reediciones, y repetidamente además por duras controversias públicas sobre el juicio político-moral que merecería la resistencia de los comunistas alemanes. Reñida fue la valoración, por ejemplo, de Walter Ubricht y otros. Con ello, como opinaba en par-

ricular el hermano del cerebro del atentado contra Hitler, Stauffenberg, se explotaba la equiparación moral de los más tarde dirigentes máximos de la RDA con la resistencia de los militares de 1944. La criticada exposición permanente sobre «Resistencia contra el Nacionalsocialismo» en el museo de la resistencia alemana en Berlín, de la que respondió y que defendió su director científico, Peter Steinbach, ya fue inaugurada a comienzos de los años ochenta.

De Peter Steinbach, hoy en día el más cualificado investigador de la oposición al nazismo en Alemania, ha aparecido en este año, aparte de otros tres libros editados, una de las más interesantes publicaciones de los recientes tiempos, consistente en una recopilación de artículos aparecidos entre 1984 y 1993. Sin embargo, ésta no se ocupaba de la resistencia militar en relación con el 20 de julio de 1944. El volumen comprende más bien, junto a tres artículos introductorios sobre la problemática general de la resistencia y la historiografía política y sobre el Derecho, una serie de aspectos debatidos o poco conocidos, así como casos fronterizos de la historia de la resistencia. Entre esos aspectos se cuentan la oposición desde el exilio, la resistencia judía como forma de autoafirmación, el significado de personalidades singulares como los implicados en el atentado contra Hitler Georg Elser y Artur Mahraun, el gran maestro de la asociación «Orden de la Juventud alemana» [*Jungdeutsche Orden*].

Finalmente se someten a análisis las interpretaciones históricas de dos de las organizaciones más conocidas de la oposición, que desde hace décadas han sido proscritas por la historiografía de la RFA, la cual tendía a juzgarlas como meros instrumentos de la política de Moscú e injustamente las presentaba ante el público hasta hoy de modo mayoritario como «traidoras» al país: se trata de la llamada «Capilla Roja» [*Rote Kapelle*], que trataba de acelerar la caída del régimen mediante el reparto de pasquines, y más tarde mediante la recolecta sistemática y transmisión de información estratégica a los aliados, en especial a la Unión Soviética; y por otro lado el «Comité Nacional Alemania Libre» [*National Komitee freies Deutschland*] y la «Unión de Oficiales Alemanes» [*Bunddeutscher Offiziere*], que hacían propaganda a través de pasquines desde los campos soviéticos de prisioneros de guerra alemanes. El volumen se completa, finalmente, con una contribución que se centra en anteriores disputas alrededor de la Exposición sobre la Resistencia de Berlín.

Steinbach demuestra en sus aportaciones que no es ningún historiador retórico () repetitivo, sino que le es posible también llevar a

cabo diferenciaciones precisas mediante la selección y análisis de casos difíciles de la historia de la resistencia. Esto se orienta contra cualquier intento de encasillar por un lado a determinados sectores de la Resistencia como viveros ideológicos preferenciales (para la posguerra), y por otro lado las estrategias de exoneración moral colectiva en función de la constatación del dominio de la violencia y del respeto honorable por la decisión individual de orden moral que suponía comprometerse en la resistencia. En este aspecto Steinbach recurre de modo consecuente a un concepto de resistencia que se define ante todo en función del poder de definición y de la voluntad represora del Estado nacionalsocialista, situando con ello el «deseo de autoafirmación moral» en el punto central que se merece, es decir, independiente, ¹⁰ que jugaba un papel para los objetivos políticos o los motivos personales antes o después de las acciones de resistencia; de este modo surgen los «héroes no cantados», como, por ejemplo, el (gracias a Steven Spielberg) hoy redescubierto Oskar Schindler, quien, como confirmación involuntaria de su desconocimiento hasta hace bien poco, es identificado erróneamente por Steinbach en su artículo correspondiente a 1992 como atto Schindler (p. 231).

Este enfoque «integral», reelaborado continuamente por Steinbach en sus estudios, configura tanto los puntos fuertes como los aspectos más debatibles de su argumentación, sin embargo; tiene el mérito de romper con ello tanto las puntas tanto de la pulida separación entre resistencia «verdadera» y «falsa» o «democrático-liberal» y «totalitaria», como de la por largo tiempo obligada heroización de la resistencia como estrategia de justificación o de defensa de las faltas de la conducta social colectiva. Esto parece ser tanto más importante, cuando en el curso del problema de la reafirmación de la identidad política de la Alemania reunificada, se amenaza con caerse de nuevo en la valoración de la resistencia en relación con una nueva intelectualidad «nacional» en los moldes de pensamiento de los años cincuenta.

En conjunto, pues, una convincente, meditada, clara y legible visión de conjunto sobre la problemática de los debates histórico-políticos e historiográficos sobre la oposición al nacionalsocialismo, que seduce quizás por su unidad conceptual.

ORTIZ DE ORRUÑÜ, I. M., Y SAALBACH, M. (eds.): *Alemania (1806-1989): Del Sacro Imperio a la caída del muro*, Diputación de Alava/Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Vitoria, 1994, 218 pp.

La Historia no se repite, aunque a veces así lo parezca. La lectura de algunos de los artículos reunidos en este libro colectivo sobre casi doscientos años de historia alemana por lo menos nos muestra nuevamente la imposibilidad de separar nítidamente Historia y presente, ya que incluso el rasgo característico de sociedades posrevolucionarias no es la novedad, sino esta extraña mezcla de lo nuevo y lo conocido, esa «contemporaneidad de lo no-contemporáneo» (M. Bloch). Actualmente, cuando se han cumplido cinco años de la caída del muro, los ahora (re)unificados alemanes han vuelto a discutir sobre las esencias de la *nación germana*, retomando una ya histórica polémica iniciada durante los años del ocaso del Sacro Imperio, como se puede comprobar con la lectura de los artículos de José M. Portillo y de Dieter Langewiesche. Portillo presenta un excelente resumen crítico de la fundación y desarrollo de la Confederación Germánica, mucho más que una «recupollación bibliográfica comentada» (como se anuncia en el texto de presentación del libro por sus editores). Guiado por el interés en la historia constitucional, Portillo no deja lugar a dudas —y ésta sería su tesis principal— de que «la clave básica de la Confederación venía constituida más por la necesidad de un sistema de seguridad interior que por la vocación de construcción nacional» (p. 25). El autor demuestra ser un gran conocedor de la bibliografía especializada, y quizás sólo se eche en falta una referencia a la *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* de Wehler, en cuyo segundo tomo se dedican casi cincuenta páginas a la Confederación. Por otra parte, no estoy seguro de que el lector no especialista y desconocedor del idioma alemán pueda entender sin problemas todos y cada uno de los términos y conceptos que Portillo opta por reproducir en su versión original, como cuando, por ejemplo, menciona el *Erbvergleich* de Mecklenburgo de 1755.

No menos brillante es la exposición de Dieter Langewiesche acerca del tema «Imperio, nación y Estado en la Historia alemana reciente», que a pesar del amplio título se centra fundamentalmente en el «largo» siglo XIX que en Alemania no llega a su fin hasta la instauración de la República de Weimar. Para Langewiesche la historia del

nacionalismo alemán decimonónico arranca con el proyecto basado en la vieja idea del Imperio como una comunidad cultural panalemana, marcada por la diversidad federativa, que conllevaba «un grado considerable de democratización» (N. Elias), aunque ya apareciesen las primeras salpicaduras xenófobas (véanse las declaraciones de Jahn contra el supuesto «enemigo hereditario» de Alemania, Francia). Cuando en 1848-1849 quedó aplazada *sine die* la realización del programa nacional de la burguesía liberal, comenzó la «prusificación» de la Historia alemana. No obstante, Langewiesche defiende las posiciones de Sheehan contra -entre otros- Gordon Craig, al afirmar que la configuración del futuro Estado-nación alemán no estuvo del todo decidida hasta 1866. La solución de la «pequeña Alemania» no fue minuciosamente planificada y ejecutada militarmente en Königgratz por parte de las élites dirigentes prusianas, sino el resultado de un lento proceso de integración sociocultural, económica y política. El viraje conservador de la débil burguesía liberal y su agrupamiento en torno a Bismarck abonaron en el terreno en el que el nacionalismo iba a adquirir una faz cada vez más antidemocrática y autoritaria. La idea del Imperio se adaptó a su nueva función, que era la de la legitimación de las estructuras del poder del nuevo Estado mediante la cohesión e integración de sus habitantes amenazados por los supuestos enemigos interiores del Imperio, los *Reichsfeinde* representados por los católicos, los socialistas, los polacos o los judíos.

El tercer artículo del libro, el de Artrichter sobre la Historia alemana entre la I y la II Guerra Mundial, supone una ruptura con los anteriores en cuanto a estilo y contenido. En lugar de un trabajo analítico, académico y con un alto nivel de abstracción, se nos presenta un relato histórico organizado en torno a los acontecimientos --concretamente las fechas claves del 9 de noviembre de 1918, el 30 de enero de 1933 y el 1 de septiembre de 1939--, cuyo transcurrir se narra con un estilo más épico que científico («acto seguido», «dos horas después» ...). No por ello el texto deja de ser una buena síntesis de ese complejo período de la Historia alemana, a la que, sin embargo, sobre algo de personalización (fenómeno del nacionalsocialismo excesivamente interpretado a través de la persona de Hitler y su pensamiento político) y falta alguna referencia al contenido teórico (por ejemplo, el debate sobre la vía particular alemana, el *Sonderweg*). Una nota para el sufrido pero buen traductor: ¿no existe otro término para traducir lo que en el original -supongo- es *Gleichschaltung* que no sea la horrenda palabra «coordinación»?

Ugarte, por su parte, demuestra que un estilo más ligero no siempre tiene que estar reñido con el análisis y la reflexión abstractas. Inscribiéndose en la tradición de la historia comparativa, que con maestría ha sido ejercida por hombres como Weber, Hintze o actualmente por Linz, Ugarte compara los estratos conservadores de la República de Weimar con los de la II República española. A pesar de las grandes diferencias en cuanto a la evolución sobre todo económica de ambos países, constata sorprendentes similitudes: problemas parecidos («salida de un sistema de liberalismo decimonónico... hacia nuevas formas de institucionalización del poder aún no consolidadas: la república parlamentaria u otras como el fascismo o el comunismo», p. 82), recurso a expedientes de solución parecidos (ejército, autoritarismo, apoyo de masas, etc.). El breve pero muy sugerente artículo de Ugarte suscita numerosas reflexiones interesantes y abre una aún poco trabajada vía de investigación para el futuro.

Los demás artículos mantienen el buen nivel de este libro. Pfeiffer analiza la dependencia de la literatura respecto de su contexto político con el ejemplo de Holderlin, cuya obra ha conocido muy diferentes lecturas, desde la que realizó Herwegh en 1843 hasta la de Wolf Biermann. Por su parte, Regales presenta una lograda síntesis de la «Evolución política, social y económica de Alemania desde el final de la guerra a la unificación (1945-1990)», a la que sólo queremos hacer dos objeciones. Primera: se infravalora notablemente el margen de maniobra de las fuerzas políticas alemanas frente a los aliados durante la inmediata posguerra, tal y como quedó patente, por ejemplo, en las negociaciones del Consejo Parlamentario (*Parlamentarischer Rat*) que llevaron a la elaboración de la Ley Fundamental (y no, como se afirma, de la «Constitución»). La sorprendente actividad de los alemanes dejó boquiabiertos incluso a los altos mandos de las fuerzas de ocupación norteamericanas, provocando la famosa frase de un consejero del general Clay: *Every German has a constitution in his pocket* [cada alemán tiene una Constitución en su bolsillo]. La segunda objeción se refiere a las observaciones del autor sobre la «nación alemana» (p. 114) que resultan bastante confusas (¿qué quiere decir «tener madurez como nación»?). La «colonización» del Estado que constata Ruipérez en su artículo sobre la unificación de la Universidad alemana resulta cierta y en muchos aspectos criticable; pero ¿cómo recidar a los ex profesores si sus propios alumnos se niegan a seguir con ellos? Finalmente, Ortiz de Orruño

presenta un bien informado y ponderado balance de la unificación, basado no sólo en las informaciones de la prensa, sino también en la bibliografía más reciente publicada al respecto que incluye incluso ¡trabajos de 1994! La transcripción de los debates de una mesa redonda, así como unos amplios anexos con textos históricos, mapas, estadísticas y bibliografía básica completan este excelente libro, con el que sus editores han conseguido perforar ese muro cultural que todavía hoy en día separa a la Europa meridional de la septentrional y dificulta nuestro conocimiento mutuo.

Ludger Mees

ULRICH, BERND, Y ZIEMANN, BENJAMIN (eds.): *Frontalltag im Ersten Weltkrieg - Wahn und Wirklichkeit. Quellen und Dokumente*, Fischer Taschenbuch Verlag, Frankfurt, am Main, 1994, 231 pp.

La presente recopilación de documentos, concebida y estructurada para un público no exclusivamente académico, complementa convincentemente el conjunto de trabajos de investigación aparecidos el último verano con motivo del 80 aniversario del estallido de la Primera Guerra Mundial. Partícipes de la reciente revisión historiográfica respecto al comportamiento de la población en la retaguardia, Ulrich y Ziemann concentran su interés en el *frente* y su vivencia cotidiana por parte de los soldados alemanes. Un amplísimo repertorio de fuentes inéditas (correspondencia desde el frente, diarios de guerra, memorias y autobiografías, así como documentación militar, procedente en su mayoría de unidades bávaras y suabas) pone al descubierto una realidad bien ajena al heroísmo mistificado de curso oficial: la desilusión, la angustia y, con creciente intensidad, el ansia de una pronta paz impregnan la casi totalidad de los testimonios reunidos. Incluso en aquellos sectores sociales más permeables a la retórica militarista (la burguesía -básicamente protestante- vinculada a la administración o al mundo universitario), el entusiasmo inicial halló rápido freno en la pesadilla del fango francés, polaco o ruso. Los soldados que marchaban voluntarios al frente, previendo en la guerra una prueba de virilidad y valor, caían desde el principio, subordinados al dictado de la técnica, castrador de toda individualidad, y a las circunstancias de una confrontación bélica por primera vez plenamente *industrial*. Entre los reclutas procedentes del ámbito ru-

ralo del proletariado, la preocupación y el miedo habían predominado desde agosto de 1914 sobre cualquier forma de euforia patriótica. Las primeras experiencias en el frente no hicieron sino reforzar esta actitud, como pone de manifiesto una carta de un soldado de infantería en el tercer mes de guerra: «Quien siga estando a favor de la guerra, es que ya no es un ser humano» (p. 61).

Los compiladores dedican también un amplio espacio a las precariedades e injusticias en el seno de las diversas unidades, como el absurdo de una disciplina militar de aplicación absolutamente arbitraria, la censura o las flagrantes desigualdades de trato, mantenimiento y equipamiento entre oficiales y tropa. Pero también se documentan las estrategias arbitradas por los soldados para sustraerse a estas circunstancias: automutilaciones infligidas para conseguir un permiso, psicopatías simuladas o desertiones masivas (hasta un millón de hombres) en los últimos meses de la guerra. Tampoco faltan indicios de una mentalidad insospechadamente refractaria a la «moral militar», como muestran los impresionantes relatos sobre los «hermanamientos» en el frente con tropas francesas y británicas en las Navidades de 1914 y 1915 (pp. 153-159). Los campesinos bávaros o los trabajadores manuales de Munich o Stuttgart ponían con ello de manifiesto un sentido común, y desde luego también un civismo, superiores a los de las autoridades militares de Berlín.

Precisamente la enorme discrepancia existente entre las fuentes normativas, mucho más conocidas, y el tipo de textos recogidos en esta ocasión, patentiza la distancia marcada en el día a día de la guerra entre la «locura» del mando y la «realidad» percibida por los combatientes. Esta discrepancia, que viene a dar título al volumen, se torna tanto más relevante, considerando el modo en que la instrumentalización política de las experiencias del frente envenenó la vida de la República de Weimar y contribuyó a alimentar las expectativas del nacionalismo radical y, a la postre, el nacionalsocialismo. Sin embargo, y ésta es una de las conclusiones que cabe extraer de la lectura, la forja *a posteriori* de una «leyenda de la puñalada por la espalda» (*Dolchstoßlegende*), esto es, la ficción de un ejército alemán derrotado no por el enemigo exterior, sino por la traición de sus «enemigos en la patria» (liberales, socialistas, pacifistas, judíos...), no debe confundir respecto a la disposición de los recién licenciados. A comienzos de noviembre de 1918, la inmensa mayoría de los soldados desmovilizados constituían un potencial político que bien podría ha-

ber facilitado el nuevo régimen y apuntalado su estabilidad en los primeros años. Mas allá del deseo de paz y de la repulsa de los privilegios de que la monarquía había dotado a oficiales incompetentes y corruptos, los ex soldados carecían en general de convicciones ideológicas fijadas a largo plazo y, caso de tener alguna, no las inspiraba desde luego un espíritu autoritario-nacionalista, sino, en mucha mayor medida, pautas de comprensión enraizadas en su contexto social original, agrario o proletario. El que, dada la destrucción, en 1945, de los archivos militares prusianos, Ulrich y Ziemann operen básicamente con fuentes procedentes del Sur de Alemania (predominio católico, tradición antiprusiana), puede invitar a una relativización de los resultados. El acceso, ahora posible, a la documentación del contingente militar sajón, ubicado en Dresde, permitirá una compulsión de los mismos. Entretanto, sí llama la atención que la «militarización» de los sentimientos y las esperanzas desatada durante la crisis de la democracia de Weimar caló tanto más fuertemente en segmentos de la población social y generacionalmente ajenos a la experiencia *consistente* de los soldados en el frente.

El esfuerzo de recopilación y selección por parte de Ulrich y Ziemann se ha visto premiado con el fruto de una antología extraordinariamente instructiva. El enfoque metodológico esbozado en su «Introducción» (pp. 11-25), es de esperar que se plasme en las tesis doctorales que ambos ultiman sobre el tema. La inclusión del ejército en el ámbito de intereses de la Historia Social, así como la brillante integración de los aspectos psicosociológicos en su estructura, constituyen argumentos suficientes para desear que el ejemplo de libros como éste contribuya, también en nuestras latitudes, a la modernización, más aún: a la «civilización» de una Historia Militar ideológicamente lastrada y metodológicamente obsoleta.

Antonio Sáez Arance

BELÛT, ROBERT: *Lucien Rebatet. Un itinéraire fasciste*, Editions du Seuil, París, 1994, 485 pp.

Una de las lagunas más persistentes en la historiografía francesa de los últimos decenios es la que supone el estudio del período 1940-1944. Años cuya historia ha sido prácticamente acaparada por la memoria oficial en forma de discurso conmemorativo sobre el

«patriotismo más puro» encarnado por la resistencia, o sobre los males de todo tipo causados por el enemigo ocupante. Respecto al régimen de Vichy, considerado la más de las veces como un grave error, venía siendo interpretado preferentemente en términos de «sumisión al enemigo». Buena parte de la memoria histórica, en fin, se redujo al ámbito íntimo y afectivo de los que vivieron, sufrieron o protagonizaron aquella época.

Demasiados asuntos se obviaron o disfrazaron durante demasiado tiempo: el escandaloso, la abdicación de la Asamblea Nacional, la colaboración con el ocupante, incluso en el exterminio judío y, sobre todo, lo que Belot denomina la «guerra franco-francesa». Ha habido que esperar a los últimos años ochenta y primeros noventa para que, confluyendo con ruidosos casos judiciales -Barbie y Bousquet, entre otros-, algunos historiadores franceses se ocupen en rescatar *todo el pasado* y en iluminar zonas sombrías en las que antes no se penetraba, o por las que en todo caso se pasaba de puntillas buscando, eso sí, la presencia y la culpabilidad final del enemigo exterior.

Algunas obras han tratado en estos últimos años de romper ese más o menos tácito tabú que el espíritu oficial de conmemoración había impuesto; una de ellas es esta biografía de Lucien Rebatet.

Nacido en 1903, Rebatet fue, entre otras cosas, el autor de *Décombres* (Escombros), publicado en 1943, auténtico bestseller de la Francia ocupada, voluminoso manifiesto en favor de la colaboración y de la eliminación de la Francia «judeo-democrática». Belot recupera esta figura para reconstruir su vida, su itinerario intelectual, desde el ejercicio de la crítica de arte y de cine hasta su desembarco en el nacionalismo germanófilo de Action Française y su posterior delirio antisemita que lo conducirá, durante la ocupación, a ser un auténtico campeón del colaboracionismo; por último, la esencial continuidad de sus posturas y opiniones en la posguerra, hasta su muerte en 1972. La biografía de Lucien Rebatet es una continua indagación sobre el «fascismo a la francesa».

Objetivo primordial de Robert Belot es demostrar que el colaboracionismo de Rebatet no fue exclusivamente fruto de la coyuntura ni un simple paréntesis en sus posturas políticas; por el contrario, fue una decisión coherente, punto de llegada lógico de una maduración fascista que se realiza durante los años treinta. Ese acercamiento progresivo al fascismo provoca la ruptura con Maurras -**Ia** «eterna flor del pasado» no tiene cabida en la revolución fascista- y se convierte

en nazificación a partir de 1937, año en que Célle publica sus *Ba-gatelles pour un massacre*, que Rebatet recibe desde la convicción de que el antisemitismo es la única vía de salvación para Francia y para Europa.

De ahí que, ya durante la ocupación, la decisión colaboracionista sea consecuente; Rebatet estigmatiza Vichy ya en 1940, en pleno pe-tainismo triunfante, repudiando su tradicionalismo y sobre todo su carácter de «régime attentiste». Sin embargo, el principal problema ideológico parece irresoluble: no es otro que la difícil conciliación entre «fascismo a la francesa» y colaboración con el ocupante. Una aporía ideológica que Rebatet resuelve malamente, asumiendo la irracionalidad demiúrgica y simplificadora del mito fascista (un hombre nuevo, posdemocrático), en combinación con las ideas del «neosocialista» Marcel Déat sobre la construcción de un socialismo ario capaz de federar Europa en una «voluntad política unificada».

En cualquier caso, la justificación colaboracionista exige una evidente «desnacionalización» del pensamiento de Rebatet, algo que le reprochará duramente Robert Brasillach, entre otros, y que en los últimos años de su vida -una vez esquivada una condena a muerte y superados varios años de prisión- impedirá que Rebatet se convierta en referencia inexcusable para la ultraderecha y el neofascismo franceses. De hecho en 1972 -año de su muerte- nace el fenómeno lepenista sin que en su panteón de padres ilustres figure el protagonista de este itinerario.

Lucien Rebatet. Un itinéraire fasciste, es una excelente biografía. La profundidad en el análisis, la claridad en la exposición de la trayectoria vital e intelectual, dejan escaso lugar a dramatizaciones novelísticas a las que últimamente se nos quiere acostumbrar; si acaso, en esta obra se percibe una preocupación en ocasiones excesiva por razonar en términos psicológicos. Pero rescatar del olvido la figura de Rebatet supone estudiar la colaboración no en razón de la presión o de los requerimientos del ocupante, sino como un fenómeno engendrado en la propia Francia de entreguerras, en la crisis de su democracia. La resistencia fue sin duda una heroica demostración de patriotismo y antifascismo, pero Vichy y el colaboracionismo fueron también productos franceses.

REBÉRIOUX, MADELEINE (dir.): *Fourmies et les premier mai*, Editions de l'Atelier/Editions Ouvreres, París, 1994, 460 pp.

El primero de mayo de 1891 se saldó en la pequeña ciudad de Fourmies, muy cercana a la frontera belga y con una importante industria textil, con nueve obreros muertos a manos del ejército francés. Hechos como que entre los muertos hubiese niños y mujeres -una de las cuales se disponía a entregar un ramo de flores a los soldados que se aprestaban a disparar-, o que éstos utilizasen por primera vez en la Francia metropolitana el Lebel-arma que hasta entonces sólo había sido empleada en contiendas coloniales-, contribuyeron a elevar el trágico suceso a la categoría de símbolo de manera inmediata. Símbolo no sólo para la clase obrera, sino para las más diversas fuerzas políticas francesas y al servicio de intereses claramente divergentes.

Este libro -que recopila las comunicaciones presentadas al coloquio *Fourmies 1891-1991*, organizado para conmemorar el centenario de los acontecimientos- trata explícitamente de recuperar para la memoria histórica unos hechos que el tiempo y los historiadores han convertido en simple cita puntual en los manuales al uso.

Al estudio y contextualización de los hechos se dedican las dos primeras partes del libro, con notable éxito en la mayoría de los trabajos a la hora de trascender la simple historia local: desde la vida cotidiana obrera hasta el crecimienito industrial de la ciudad; desde los reflejos en el ámbito local de las divisiones y confrontaciones políticas de la III República hasta el estudio de un movimiento sindical pujante, que acaba de redescubrir el internacionalismo, pero excesivamente fragmentado; desde la preparación de la jornada en Fourmies y en el resto de Francia por parte de unas fuerzas obreras sin unidad de acción y que se debaten entre la fiesta y la lucha hasta unas organizaciones patronales que diseñan respuestas que van de una temerosa tolerancia a una temeraria intransigencia.

Las repercusiones que los hechos de Fourmies tuvieron en su momento están también presentes en este libro, en forma de análisis realizados por la prensa republicana, conservadora, boulangista, radical, guesdista o libertaria, pasando por Jaurès, Lafargue o el subprefecto y cura de Fourmies, representante de aquel oportunista sindicalismo «mixto». Se nos muestra, en fin, el tratamiento que de los su-

cesos hicieron los poderes públicos, en forma de debate parlamentario y de proceso judicial.

El resto del libro quizás resulte excesivamente disperso. La tercera parte se dedica a las tensiones sociales en la Europa noroccidental de finales del ochocientos, y en ella se reúnen cuatro aportaciones sobre Bélgica, las regiones de Charleroi y Calais y la andadura política del Partido Socialista Republicano entre 1887 y 1889. La cuarta estudia alguno de los primero de mayo trágicos: Chicago 1885-1887, Varsovia 1905 y París 1919. Y, por último, la quinta se ocupa de la historia del primero de mayo en diversos países (Alemania, Suiza, Italia y Brasil), con un interesante trabajo sobre las Internacionales y la celebración obrera.

Fourmies et les premier mai reivindica explícitamente la historia obrera en sí misma. En su debe hay que anotar sobre todo la desigualdad de nivel y ambición entre los distintos trabajos que integran el volumen, y también entre las partes que lo conforman. Disimetrías que, en todo caso, son difícilmente reductibles cuando de publicar los resultados de un coloquio se trata.

Xesús Balboa

KIRK, NEVILLE: *Labour and Society in Britain and the USA*. Volumen 1: *Capitalism, Custom and Protest, 1780-1850*. Volumen 2: *Challenge and Accommodation, 1850-1939*, Scholar Press, Aldershot, 1994, 226 y 424 pp.

No son frecuentes los estudios de historia comparada de las organizaciones y luchas obreras. A lo más que suele llegarse es a la publicación de obras colectivas, cada uno de cuyos capítulos aborda por separado un país o un territorio, mientras se deja a la introducción del editor, o a la imaginación del lector, la tarea de establecer las semejanzas y diferencias entre los distintos casos, y la aún más ardua de buscar las causas de los paralelismos y contrastes. En ese panorama, la primera virtud del libro de Neville Kirk reside en su explícito enfoque comparativo: la obra no es sólo una brillante síntesis de la bibliografía más reciente sobre la evolución de los movimientos obreros en Gran Bretaña y los Estados Unidos desde fines del siglo XVIII hasta los albores de la Segunda Guerra Mundial, sino que incluye además análisis detallados de las semejanzas – a juicio del au-

tor, abundantes- y las diferencias -menos intensas de lo que habitualmente se ha supuesto-- entre los dos recorridos.

El planteamiento de Neville Kirk, que para muchos lectores puede suponer un segundo aliciente, corresponde a una línea historiográfica bien definida: la tradición del materialismo histórico que desde Marx hasta David Montgomery, pasando por hitos tan destacados como Thompson (a cuya memoria está dedicado el primer volumen), Williams o Hobsbawn, ha combinado el estudio de los aspectos materiales de la vida obrera con el análisis del desarrollo de la «experiencia», la conciencia y las pautas de comportamiento de esta clase. Lo cual determina un esquema bien conocido en la presentación de los datos y la definición de las causas; un esquema que, como el propio autor ya había puesto de manifiesto en un conocido artículo sobre el cartismo (publicado en castellano en la revista *Historia Social*), o en su libro sobre el reformismo de los obreros ingleses en la segunda mitad del siglo XIX, está en clara contradicción con las aportaciones recientes de los historiadores «postestructuralistas» (para utilizar su propia denominación). Aquí se encuentra probablemente el punto más débil de la obra que comentamos. La vinculación del autor a 10 que podríamos llamar la ortodoxia «thompsoniana» le lleva a despreciar otras aportaciones, en especial las de quienes han puesto en primer plano el examen del lenguaje y el discurso político a la hora de estudiar algunos movimientos radicales ingleses de la primera mitad del XIX. De la misma forma, su insistencia en las semejanzas entre Gran Bretaña y Estados Unidos le obliga a una crítica, quizá excesiva, de las afirmaciones habituales sobre el carácter «excepcional» de la trayectoria del movimiento obrero americano.

Una cierta dosis de dogmatismo, en suma, que no es obstáculo para que este libro sea a partir de ahora una obra de referencia casi ineludible para el estudio de las luchas obreras en los dos países y un destacado ejemplo de las virtudes de la historia comparada.

Manuel Pérez Ledesma

HALPEHN PEHEIHA, MIHIAM: *Das revoluções liberais ao estado novo*, Editorial Presença, Lisboa, 1994, 267 pp.

La historia contemporánea de Portugal, tan repleta de paralelismos con la española, también los tiene en su desarrollo historiográfico.

fico. El *estado novo* salazarista, como aquí aconteciera durante la época franquista, orilló cuanto pudo la atención de las ciencias sociales hacia la historia reciente, privilegiando la historia de la época medieval y de los descubrimientos. Sólo hacia el final de la dictadura y, de modo especial, a partir de la revolución de abril del 74, se abrió un gran debate sobre la ubicación de Portugal en el mundo contemporáneo, superador de aquel implícito «sebastianismo historiográfico» que merodeó por las conciencias portuguesas desde, al menos, la crisis del Ultimatum. Debate, desde luego, más firme que el iniciado entre nosotros sobre la formación de la España contemporánea que, salvo quizás en el campo de la historia de la economía, se ha dado por cerrado de forma prematura. Sirva de ejemplo el de la revolución burguesa.

En esta renovadora visión del Portugal contemporáneo tiene un papel central la obra de Miriam Halpern Pereira, desarrollada de modo continuado y sin digresiones, desde principios de los años setenta, en que se publica su celebrado *Livre-Cámbio e desenvolvimento economico* (1971), hasta la más reciente edición de las *Obras de Mouzinho da Silveira* (1989), pasando por la dirección de la revista *Ler Historia*, activa desde 1983. La mayor parte de su obra es muy desigualmente conocida en España, aunque haya visto traducida una pequeña parte, en su *Política y economía* (Ariel, 1984). Por eso no está de más llamar la atención sobre este nuevo libro, recién aparecido en Portugal.

En realidad, se trata de una recopilación de trabajos realizados a lo largo de casi dos décadas, desde la preocupación por el consumo y niveles de vida, que data de 1973, hasta las más recientes reflexiones sobre la historiografía portuguesa o la política migratoria. Pero el asunto que retiene mayor atención de la autora es, sin duda, el desentrañar la naturaleza de la revolución liberal portuguesa, al que se dedica más de la mitad de la obra. Porque el problema que emerge, de forma intermitente, en todo el libro es el de formalizar un modelo interpretativo de la transición portuguesa del Antiguo Régimen a la sociedad capitalista.

En esta interpretación, ya ensayada con éxito en su primer libro de 1971, aparecen de forma reiterada dos aspectos sustantivos. El primero es la naturaleza agraria del desarrollo capitalista portugués contemporáneo, atribuido de modo especial a hegemonía alcanzada por la agricultura extensiva de Alentejo y la especializada viticultura de

la región del Duero. El segundo se refiere a la profundización de la condición periférica de Portugal en su inserción en la economía capitalista mundial, debida de forma directa a la política de libre cambio impuesta por los sucesivos tratados comerciales con Inglaterra. En consecuencia, el resultado de las revoluciones liberales es la destrucción, aunque no de forma plena, de la estructura del Antiguo Régimen, para, a continuación, penetrar Portugal en un esquema de desarrollo económico periférico y dependiente.

La novedad de este paradigma historiográfico está en que supera la visión acuñada por la intelectualidad republicana portuguesa (en especial, Antogio Sergio) del «decadentismo» portugués como corolario de su fracaso como imperio colonial y, por tanto, rastreado ya en el siglo XVII. Frente a esta interpretación, Mirian Halpern Pereira traslada el debate hacia el fracaso de la burguesía liberal industrialista en la primera mitad del siglo XIX, su claudicación frente a los grupos exportadores agrarios (y, *deinde*, frente a Inglaterra) y su incapacidad para llevar adelante una vía más nacionalista (en la que el proteccionismo arancelario sería una de las alternativas) de construcción del Portugal contemporáneo. Resulta evidente que de este libro, como del conjunto de la obra de la autora, se pueden extraer abundantes puntos de historia comparada con la evolución de la España del siglo XIX.

Estas tesis sobre la formación del Portugal reciente han sido objeto de réplicas y disensos, que tampoco se ocultan en las reflexiones historiográficas que se recogen en este libro. Son de especial relieve las que proceden tanto del ámbito de la historia de la economía (Jaime Reis) como, y ello tiene su lógica, de la escuela de Magalhaes Godinho (Justino). Pero el atractivo de este libro está, precisamente, en que se apuntalan con nuevos argumentos los pilares interpretativos echados a andar hace casi un cuarto de siglo. No está de más reconocer esta coherencia en tiempos como los presentes, de anarquismo metodológico y de pensamientos, más que débiles, sujetos al girar de los vientos.

Ramón ViLLares

BOURKE, JOANNA: *Working-Class Cultures in Britain 1890-1960. Gender, Class and Ethnicity*, Routledge, Londres, 1994, 275 pp.

Estamos ante un trabajo representativo de la más reciente historia social británica, que podemos definir como ambiciosa, compleja y ecléctica, preocupada por espacios, conflictos, grupos y roles poco atendidos por la historiografía tradicional. El estudio de las clases rompió hace tiempo con los ámbitos estrictamente organizativos o políticos para adentrarse en los privados y cotidianos. A dicha tendencia responde claramente este libro de Bourke, que se interroga sobre el hecho de que desde los años setenta gran parte de la clase trabajadora, nada menos que el 60 por 100 de los afiliados sindicales, deposite su confianza política en opciones diferentes del autoproclamado Partido del Trabajo. Su conclusión es clara, en negativo: no se explica por la pérdida de importancia de las viejas formas de trabajo industrial, tampoco por un simple cambio ideológico. Porque, al igual que a principios de siglo, la identificación de clase se mantiene con fuerza, pero sólo fuera de la escena política. La razón de esta vigencia hay que buscarla en que ahora, como antes, el ámbito de identificación de la clase no es político o ideológico, sino privado, localizado en el cuerpo, el hogar y el ámbito local.

Esta premisa remite, por tanto, la solución a otro ámbito explicativo. De lo que se ocupa la autora es de estudiar la construcción de la identidad subjetiva de la clase trabajadora británica que, una vez definida como clase *para sí* a finales del XIX, fue capaz de mantener a lo largo del presente siglo esa identificación, en medio de enormes mudanzas sociales, culturales y económicas.

La autora empieza por interrogarse sobre la definición del concepto de clase, como toda historia social que se precie, y lo resuelve delimitándolo de un modo complejo. Integra lo privado con lo político, lo femenino con lo masculino, y el consenso con el conflicto interno, la solidaridad de clase con la insolidaridad. Siguiendo el magisterio de Thompson, concibe la identidad de clase como social y cultural más que como institucional y política, de ahí el papel que otorga al género y a la etnicidad en su análisis. Su reflexión de partida se sustenta en la necesidad de ubicar a las mujeres y a las minorías étnicas en el seno de las clases subalternas. Sobre esta base adopta una posición ecléctica y poco dogmática que ofrece resultados de interés.

Su tratamiento de la clase no implica un esfuerzo de objetivación, propio de quienes definen la clase *en sí*, de acuerdo con indicadores económicos, características socioeconómicas o categorías socioprofesionales. Ni siquiera atiende a la conciencia en un sentido político, aunque sí lo hace en cuanto sentimiento (íntimo) de pertenencia; porque como intenta demostrar, la posición de la clase procede de la rutina diaria, presente y heredada, de la vida cotidiana.

La desaparición de la pobreza, primero, y el desarrollo después del Estado de Bienestar habrían conducido, a juicio de algunos autores, a un aburguesamiento de la clase obrera tradicional, volcada ahora en el consumismo y alejada de su posición de clase revolucionaria. La propia política laborista sería, por tanto, la principal culpable del deterioro de la cultura obrera de clase. Lo que Bourke demuestra es que la gente sigue pensando en términos convencionales de clase a pesar de los cambios del siglo y de la mejora generalizada de las condiciones de vida que experimentaron los trabajadores, las trabajadoras y sus familias. Eso es lo que la autora pretende explicar: por qué se mantiene esa identificación hasta el momento presente; cómo se desarrolló esta construcción histórica de clase basada en la experiencia y en los ámbitos privados, familiares y comunitarios, a través del cambio de siglo, dos grandes guerras, y en unas cambiantes condiciones económicas y sociales.

El libro se articula, con originalidad expositiva, en cinco capítulos que tratan los distintos ámbitos en que se genera la identidad de clase cultural y socialmente, y los espacios en que se desenvuelven los roles sociales. Desde los ámbitos más cotidianos y restringidos del individuo y la pareja a la nación como un espacio ideal. Cada capítulo, dedicado a uno de los aspectos que nuclea su estudio, posee unidad y coherencia, y constituye en sí mismo un ámbito de análisis histórico diferenciado: el cuerpo, el hogar, el mercado, la localidad y la nación.

En el primero analiza conductas y aprendizajes sexuales, relaciones matrimoniales; constata las diferencias corporales y de vestimenta entre las clases trabajadoras y las burguesas. Concluye argumentando la capacidad de adaptación a los cambios y a las nuevas teorías sexuales por parte de los trabajadores, que incorporan aquellos elementos más próximos a su cultura y comportamientos tradicionales. En el segundo se ocupa del papel de la mujer en el hogar, de la violencia y el empleo del tiempo libre hogareño, para observar que

el trabajo de casa de las mujeres dista de ser invisible, por el contrario' para las mujeres el trabajo doméstico bien hecho constituía la base más importante de su poder en el vecindario. Entre las clases trabajadoras, por último, el hombre violento, distante, que trata a la mujer exclusivamente como criada, constituye históricamente una excepción frente al amable y hogareño. En los siguientes capítulos atiende a los conflictos internos, en relación con el mercado primero, y a aquellos factores que contribuyen a disolver las clases más que a polarizarlas (guerra, desempleo, educación...), para concluir que son las mujeres las que en ese contexto de desidentificación mantienen más sensibilidad por conservar las diferencias de clase. Respecto del ámbito local, lo más destacado es su argumentación en el sentido de que la comunidad de la clase obrera constituye una construcción retrospectiva. Lo que denomina identidades de acción (colectiva) son para la autora menos evidentes de lo que suele afirmarse: incluso cuando se desarrollan continuamente en el mismo espacio no pueden sobreponerse a las dificultades inherentes a una sociedad crecientemente competitiva. Por último, la nación, como espacio ideal, es puramente ilusoria como ámbito de desarrollo de la clase trabajadora. En este ámbito atiende más a los elementos de conflicto que a los de cohesión, analizando a los diferentes grupos étnicos y culturales británicos en el seno de la clase obrera para concluir que la británica es una identidad ciertamente frágil. Sus conclusiones en este punto son ciertamente contradictorias con las del reciente libro de Rubinstein (que comentamos en este mismo número), quizás porque su sujeto de estudio es también diferente.

A pesar de la densidad de la obra, la autora se empeña en hacerse entender con una vocación didáctica que constituye uno de los valores del volumen, concebido en realidad como un libro de texto, en el que los objetivos didácticos se construyen sobre los resultados de las investigaciones propias o ajenas, echando mano de un importante aparato bibliográfico. Formalmente resulta un trabajo bien documentado e inteligentemente narrado, que aporta además gran número de tablas, textos y una bibliografía escogida y brevemente comentada en cada capítulo. En última instancia, el objetivo central del libro trasciende al título, al ocuparse de analizar el carácter de los cambios históricos del siglo XX, a partir de un observatorio privilegiado, cual es el objeto de estudio de la clase obrera británica, desde una aproximación compleja y multifactorial.

El riesgo de este tipo de trabajos siempre tiene que ver con la desfiguración del objeto de estudio y lo que se da en llamar el desmigajamiento de la historia. No estamos ante ese negativo modelo, aunque el recurso al caso, a la experiencia singular de la historia de vida que unas veces ilustra y enriquece la narración, hace resentirse en otras los argumentos de la autora, fundamentados, no obstante, en sólidas bases documentales.

Lourenzo Fernández Prieto

CAMBLE, ANDREW: *The Free Economy and the Strong State. The Politics of Thatcherism*, Macmillan, Londres, 1994.

El thatcherismo ha sido uno de los principales fenómenos políticos de los años ochenta. Más allá de la prolongada presencia de Margaret Thatcher al frente del gobierno británico, entre 1979 y 1990, con sus radicales efectos sobre la respuesta del Reino Unido a la crisis económica y con su entronización de un determinado estilo de entender la acción pública, el thatcherismo ha convertido los dispersos proyectos de la llamada «nueva derecha» en un conglomerado ideológico que ha servido y sirve de referencia obligada a cualquier proyecto político dentro y fuera de la sociedad británica. Se puede afirmar que el neoliberalismo ha sustituido como interlocutor intelectual omnipresente al marxismo en este fin de siglo, y por ello la experiencia de gobierno de los conservadores en el Reino Unido —su aplicación política más comprometida y prolongada— atrae un amplio interés, que a veces se ha tornado desde la misma orilla política y desde la contraria en auténtica fascinación. No es éste, salvo si el pecado subyace en la elección inicial del tema de investigación, el caso de Andrew Camble, politólogo británico, que en 1988 sacó a la luz una primera edición del libro que comentamos y que en 1994 lo ha revisado y ampliado de manera sustancial.

The Free Economy and the Strong State constituye en mi opinión una obra ejemplar de «historia reciente». Enmarca el proyecto de renovación del conservadurismo británico en la «crisis de hegemonía» del orden de posguerra: la quiebra de los elementos que habían sostenido el equilibrio de las relaciones internacionales desde 1945, las disfunciones del fordismo británico, la crisis económica de 1973, el agotamiento de un determinado modelo socialdemócrata, las contra-

dicciones entre el sistema político y las transformaciones sociales y económicas y la progresiva pérdida de eficacia de la política económica keynesiana. En dicho contexto reconstruye la genealogía y el auge del nuevo pensamiento económico liberal y su complicado matrimonio con el conservadurismo político, en especial con un conservadurismo tan poco propenso a la definición ideológica como el *tory*. Camble organiza su estudio, tras la amplia introducción, en cinco partes. En primer lugar un detallado seguimiento del ascenso de Margaret Thatcher al poder en el Partido Conservador y desde éste al gobierno (capítulo 3), en el que entra tanto en los elementos personales --no se puede olvidar que significativamente la «dama de hierro» ha prestado su nombre al nuevo conservadurismo británico-- como en los impersonales de su éxito. En segundo lugar la descripción de la acción política de los gabinetes presididos por Thatcher entre 1979 y 1990 (capítulo 4). De aquí salta a la interpretación del contenido ideológico del thatcherismo, los conflictos a que dio lugar dentro del conservadurismo y la explicación de sus logros, objetivos y límites en el marco de la tradición política *tory* (capítulo 5). Llega así al elemento teórico central de la obra, el concepto gramsciano de hegemonía y su polémico empleo para la caracterización del thatcherismo como proyecto político destinado a acabar con el «Estado socialdemócrata» --gestionado por laboristas y conservadores, con escasas diferencias prácticas, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial-- y a establecer las condiciones objetivas para un prolongado liderazgo conservador (capítulos 6 y 7). Camble repasa y critica la abundante bibliografía sobre el fenómeno Thatcher, contraponiendo las visiones que se derivan del estudio de su ideología y del de su práctica en el poder, y del análisis de las líneas maestras de su acción en las dos primeras legislaturas de mayoría conservadora y en la de declive, entre 1987 y 1990, que se resolvió finalmente en la dimisión de la Primera Ministra. Un ejercicio muy completo, en el que se somete a disección la política económica, las relaciones internacionales, las reformas institucionales y los pronunciamientos y acciones concretas --separados, sin duda, por un profundo abismo-- sobre la «sociedad permisiva» y la restauración de las instituciones tradicionales, en particular de la familia. Camble contrapone inercias y transformaciones estructurales, continuidades y «revoluciones» conservadoras, voluntad y condiciones reales de la acción política, para evaluar el alcance, las consecuencias y los límites del thatcherismo. La ofensiva

antisindical, la política industrial, la política social, la política europea..., van siendo sumariamente examinadas en el marco de la búsqueda de la hegemonía conservadora, hasta recomponer un rompecabezas en la que el propio discurso de la líder y de su entorno, así como el de sus rivales laboristas, son otras piezas y no el principio ordenador. Una reflexión en la que la mirada histórica, la visión de largo plazo, predomina sobre las contingencias inmediatas de la vida política, y la integración de enfoques sustituye a la parcelación tan cara a algunos de los «nuevos historiadores», con el resultado de ofrecer una interpretación discutible pero sutil y abierta del «neoconservadurismo» y su potencial político en esta fase terminal del siglo XX.

Juan Pan-Montojo

BRADFÜRD JR., COLIN I. (ed.): *Redifining the State in Latin America*, Organization for Economic Co-Operation and Development, París, 1994, 273 pp.

Desde hace años, uno de los temas más debatidos entre políticos y científicos sociales ha sido el Estado, su formación, evolución y perspectivas. La configuración de los nuevos conjuntos comerciales (CEE, TLC, Merco Sur) más allá de las fronteras políticas, junto con la crisis económica por la que han pasado la mayoría de los países de América Latina, con mayor o menor intensidad en la década de 1980, ha fomentado el desequilibrio entre la espacialidad política y económica (mercados nacionales), y ello se ha traducido en la aceleración del resquebrajamiento interno de conceptos y actitudes considerados inmutables hasta la fecha, como es el caso del nacionalismo. Las tesis neoliberales de reducción de la dimensión del Estado han ayudado a acelerar algunos procesos, cuando no a inducirlos. Las crisis políticas y de identidad de la Europa del Este, la extensión de los fundamentalismos, el recrudecimiento de las tensiones étnicas, los problemas de la gobernabilidad y la vigorización de los enfrentamientos religiosos, no son sino algunas muestras de las resquebrajaduras del modelo de Estado-Nación manejado como una entidad inamovible en el tiempo y en el espacio por muchos de los científicos sociales y los políticos hasta hoy. Multiculturalismo, pluralidad y diversidad se están convirtiendo, en consecuencia, en los conceptos esenciales para entender las verdaderas dimensiones de la «crisis del Estado».

Este libro recoge los resultados obtenidos en las discusiones del Cuarto Foro Internacional sobre las perspectivas de América Latina celebrado en París en noviembre de 1993, bajo el auspicio del Banco Interamericano de Desarrollo y el Centro del Desarrollo de la OCDE. El propósito de dicho encuentro fue reunir a expertos del mundo académico, responsables políticos y líderes de opinión a fin de cambiar puntos de vista y debatir sobre la situación del Estado y sus perspectivas a corto, medio y largo plazo en América Latina.

En los textos de las ponencias se subraya de forma explícita que la crisis del Estado en América Latina es real tanto desde la perspectiva fiscal como funcional, por lo que se necesita un entendimiento desapasionado de las limitaciones heredadas del pasado para poder superar las constricciones que amenazan con cronificarse en el futuro. El regreso de la democracia a la región significa que la redefinición del Estado ha dejado de estar en las manos exclusivas de los grupos de élite para pasar a la sociedad en su conjunto. La forma en cómo estos cambios afectarán a la organización económica y a la gobernabilidad en América Latina en el nuevo escenario del fin de la Guerra Fría es el tema central de las contribuciones que se recogen en este volumen. Quizá una de las más importantes conclusiones a las que se llegó en la reunión con el consenso de todos los participantes fue la comprobación de que, si bien los viejos patrones de industrialización proteccionista han quedado obsoletos en el actual clima de globalización competitiva, también es verdad que las fuerzas del mercado no son suficientes para resolver los problemas económicos y sociales que enfrentan las sociedades latinoamericanas. En un mundo en el que durante la década perdida de 1980 el número de pobres ha crecido de forma tan alarmante, el Estado no puede desear su responsabilidad de reducir las crecientes tensiones sociales generadas por la desigual distribución en el ingreso.

Se trata sin duda de un libro importante no sólo por su contenido, sino por la representatividad de quienes realizan las afirmaciones.

Pedro Pérez Herrero

CARMAGNANI, MARCELLO: *Estado y mercado. La economía pública del liberalismo mexicano, 1850-1911*, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, 439 pp. ZEBADÚA, EMILIO: *Banqueros y revolucionarios: la soberanía financiera de México, 1914-1929*, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, 382 pp. CÁRDENAS, ENRIQUE: *La hacienda pública y la política económica, 1929-1958*, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, 230 pp.

El papel que el gasto público tiene en el crecimiento económico es un tema recurrente en las discusiones académicas entre historiadores y economistas. Sobre América Latina se disponía hasta el momento de una vasta literatura dedicada a analizar -en general sin una sólida apoyatura empírica- las consecuencias de las políticas populistas. Para el caso mexicano no se contaba con un estudio sistemático que evaluara el papel que ha desempeñado la hacienda pública en el desarrollo económico del país desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad, partiendo de planteamientos científicos sólidos.

El Fideicomiso Historia de las Américas de El Colegio de México, dirigido por Alicia Hernández Chávez, ha venido trabajando en los últimos meses en el estudio de cómo las distintas políticas fiscales han impulsado el crecimiento y la promoción social entre 1877 y 1994. Como resultado de estas investigaciones acaban de aparecer los tres primeros volúmenes de una colección de seis.

La lectura de estos textos permite plantear, en términos completamente nuevos para la historiografía mexicanista, la evolución de la relación entre el Estado y el mercado, y hasta qué punto esta relación significó un aumento de los servicios públicos y una promoción del crecimiento económico. Elaborados sobre la base de una reconstrucción pormenorizada de las fuentes fiscales, ofrecen al lector la suficiente información para explicar de forma convincente de qué modo nacieron las finanzas mexicanas modernas en el curso de la segunda mitad del siglo XIX y de cómo se luchó para que el gasto público sirviera de promoción económica y social.

El magnífico trabajo de Marcello Carmagnani pone de manifiesto cómo el nacimiento y desarrollo de las políticas de presupuesto impulsadas por los planteamientos liberales de la segunda mitad del si-

glo XIX permitieron conjugar la acción financiera y política del Congreso y del gobierno para ofrecer una serie de bienes o servicios públicos a toda la comunidad nacional. El nuevo vínculo que se establece entre presupuesto y oferta de bienes públicos constituye el elemento central del análisis.

Emilio Zebadúa estudia de qué modo la organización de los gastos y los ingresos de los regímenes revolucionarios (Carranza y posteriormente la dinastía sonorenses), las negociaciones de la deuda, la creación del Banco de México, junto con la nueva coyuntura internacional (Gran Depresión), la política exterior de las grandes potencias (especialmente la de Estados Unidos) y la política interna de México ayudaron a definir la soberanía del país.

Enrique Cárdenas analiza el desarrollo de la economía mexicana desde el crac de Wall Street de octubre de 1929 hasta el inicio del período del denominado desarrollo estabilizador a fines de la década de los cincuenta, con especial referencia al papel que desempeñaron las finanzas públicas. El autor demuestra que la política fiscal de Cárdenas no fue tan expansionista como sostiene la historiografía tradicional, sino que se benefició de la tendencia creciente del ciclo económico. Paralelamente, también sostiene que las finanzas públicas no se caracterizaron en ese período por un déficit elevado, como muchos historiadores mantienen. De forma contundente prueba que incluso hubo años de superávit fiscal, por lo que no puede sostenerse que el gasto público fuera el causante del proceso inflacionario. En consecuencia, propone que fueron los ciclos macroeconómicos externos los que causaron la mayor parte de las fluctuaciones de los precios internos.

Si el objetivo final de la ciencia de las finanzas públicas es promover el mejor uso de los recursos fiscales para responder a más servicios públicos, la información que contienen los textos de la presente colección demuestran que en el caso mexicano (con la excepción del período 1970 a 1982, coincidente con los gobiernos de Luis Echeverría y José López Portillo) la acción de los responsables de la hacienda pública ha sido satisfactoria.

Se puede concluir que se trata de una colección bien concebida y excelentemente trabajada por sus distintos autores, que debe conocer no sólo el interesado en las cuestiones mexicanas, sino todo aquel que se pregunte por las relaciones entre Estado, mercado y ciudadanía.

Pedro Pérez Verrero

ANNINO, ANTONIO; CASTRO LEIVA, LUIS, YGUERRA, FRANÇOIS-XAVIER (eds.): *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica*, IberCaja, Zaragoza, 1994, 620 pp.

En 1988, Leandro Prados publicaba *De Imperio a Nación*, un excelente trabajo que estudiaba el proceso de crecimiento económico español entre 1780 y 1930. Y prestaba especial atención a las consecuencias que la pérdida del Imperio supuso para la economía española. Hoy se publica *De los Imperios a las Naciones*, uno de los últimos productos de los fastos del 92, que nos propone una mirada distinta sobre el tránsito provocado por la desaparición de los Imperios ibéricos. Distinta por la perspectiva asumida, las colonias y no la metrópoli, y distinta por el enfoque utilizado, Historia Política e Historia de las Ideas, en vez de Historia Económica. La inclusión de Brasil, tratado por José Murilo de Carvalho y Richard Graham, le otorga al libro una perspectiva integral poco frecuente en entregas de esta naturaleza.

El objetivo central de los veinticinco artículos agrupados en las 620 apretadas páginas que integran el libro es el estudio de la Nación y de los ciudadanos, en un loable intento de recuperar la Historia Política en América Latina desde unas perspectivas renovadoras. Se trata de un propósito necesario y útil, dado el atraso, en términos comparativos, que atraviesa la Historia Política latinoamericana, que sin embargo comienza a conocer en los últimos años algunos avances espectaculares, entre los cuales hay que incluir algunos de los artículos de los veinticuatro autores que colaboran en este libro. Sin embargo, el carácter colectivo del mismo hace que sus resultados sean bastante desiguales, que se incluyan trabajos muy disímiles o que se intente cubrir un período cronológico demasiado extenso (se comienza prácticamente con el descubrimiento), lo que en resumen termina aportando bastante poco al conocimiento del problema tratado.

Una de las cuestiones centrales del libro es la desintegración de los Imperios ibéricos a principios del siglo XIX, un fenómeno acelerado por la crisis de sus respectivas monarquías y el surgimiento de nuevos sujetos sociales en un contexto de mutación histórica acelerada. Algunas de las preguntas claves son: ¿cuál es el nuevo sujeto en el que recae la soberanía?, ¿cómo se transmite la legitimidad a los nuevos gobiernos?, ¿por qué surgieron determinadas naciones y no otras

en un determinado marco de desintegración regional? y ¿cómo se conformaron las nuevas identidades colectivas?

Entre los principales aportes de la obra hay que señalar las cuestiones vinculadas con la construcción de la Nación y la formación de un pensamiento constitucional y pacifista; los problemas de soberanía y la ciudadanía (la invención del individuo en palabras de Luis Castro); el desarrollo de una «ideología nacional» o de un «imaginario colectivo», campo éste en el que se presta especial atención al papel jugado por la educación y la historiografía, o el surgimiento de nuevos grupos sociales y la «ampliación de la Nación».

Carlos D. Malamud

ROCK, DAVID (ed.): *Latin America in the 1940's. War and Postwar Transitions*, University of California Press, Berkeley, 1994, 302 pp.

La década de 1940 supuso para América Latina un período en el cual se consolidaron y fraguaron algunos de los cambios inicialmente planteados en la década anterior, algunos como respuesta a la Gran Depresión que había asolado al mundo a partir de 1929. El gran telón de fondo de esos años fue el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la forma como evolucionaban las relaciones con los Estados Unidos en virtud de sus intereses estratégicos. A esto hay que sumar la irrupción del populismo (John French), la maduración de la clase obrera en algunos países, unido a un mayor protagonismo de los sindicatos (Paul Drake y Ian Roxborough) y la evolución de las políticas económicas (una mayor involucración y presencia del Estado en la economía) (Fitzgerald y Rosemary Thorp). Son éstas algunas de las cuestiones abordadas por los autores de este libro, especialmente Ruth Berins Collier, que insiste en una pregunta ya clásica: ¿la evolución histórica latinoamericana a lo largo de esos años dependió básicamente de la coyuntura interna, o por el contrario fueron los acontecimientos internacionales quienes condicionaron los distintos procesos de toma de decisiones?

Las necesidades bélicas de los Estados Unidos y la lucha contra el nazismo/fascismo, planteada en los términos de un feroz enfrentamiento entre la democracia y el totalitarismo, modificó la política de alianzas desarrollada por el Departamento de Estado. A esta situa-

ción hay que sumar la postura de la Unión Soviética y sus satélites, que habían decidido subordinar la lucha de clases a la derrota del fascismo. A la sombra de esta realidad se observa un retorno de los regímenes democráticos en numerosos países latinoamericanos, la posibilidad de que los sindicatos actuaran a la luz del día y la legalización de los partidos comunistas. Estas situaciones serán modificadas a partir del fin de la guerra, donde las antiguas alianzas serían recompuestas. Sin embargo, como muestran los diversos autores, la realidad era menos lineal y no en todos los países ocurrían las mismas cosas y de la misma manera.

Los trabajos reunidos por David Rock presentan distintas visiones de una época bajo la perspectiva de la Ciencia Política, la Sociología, la Economía y la Historia. En definitiva, estamos frente a un libro de gran utilidad que permite profundizar en algunos temas de una Historia bastante cercana, pero que ya comienza a producir importantes frutos historiográficos.

Carlos D. Malamud

DEVOTO, FERNANDO I.: *Le migrazioni italiane in Argentina. Un saggio interpretativo*, Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, Nápoles, 1994, 194 pp.

Como en otro lugar indicó el autor de este texto, la historiografía española en torno a los movimientos migratorios transoceánicos ha padecido un relativo retraso respecto de otras, tanto europeas como americanas. Los evidentes esfuerzos de los estudiosos españoles por cubrir los importantes vacíos historiográficos que ese punto de partida implicaba han sido recompensados con trabajos muy relevantes aparecidos en las últimas dos décadas.

Aun así, textos como el que nos ocupa tienen un interés muy relevante para todos aquellos interesados en la emigración española a América por sus muy sugerentes reflexiones en torno a problemas que también aparecen en nuestros análisis e interpretaciones y, muy especialmente, por sus valoraciones historiográficas y metodológicas.

En efecto, Devoto señala desde las primeras páginas que el libro surge de la sistematización y ampliación de las lecciones dictadas en el Istituto Italiano per gli Studi Filosofici de Nápoles en abril de 1990, con especial atención a tres de sus más recurrentes intereses profe-

sionales: la dimensión historiográfica del problema migratorio, la relación entre las redes sociales y la identidad simbólica y el debate entre continuidad cultural e integración (p. 7). Este origen puede explicar la muy didáctica estructura interna de los distintos capítulos, iniciados con un planteamiento de los problemas sujetos a debate y cerrados con una aproximación al estado actual de la investigación y con el planteamiento de nuevas preguntas y necesidades abiertas por ésta.

La primera parte se convierte en un claro y crítico estado de la cuestión sobre la inmigración italiana a Argentina, señalando las aportaciones y las lagunas de los muy distintos enfoques utilizados, desde los más clásicos de Germani y Romero, a los más innovadores y recientes, resultantes en su mayoría de la aproximación microhistórica. De aquél, construido sobre fuentes oficiales y desde una concepción bipolar de la sociedad (la tradicional, identificada con lo nativo, frente a la moderna, vinculada al inmigrante), surgían dos hipótesis: la de que la inmigración era modernizadora de la sociedad tradicional argentina y la de la creencia en el éxito y la velocidad en la asimilación, formando el llamado «crisol de razas». El uso de nuevas fuentes y las nuevas aproximaciones ponen en duda algunas de estas hipótesis, como consecuencia de la mayor atención prestada a cuestiones tales como la continuidad de la experiencia migratoria y la diversidad cultural resultante de la llegada de inmigrantes, subvalorada hasta ahora por la imposición de los mitos nacionales argentinos (pp. 26-27).

El balance historiográfico elaborado por Devoto sirve de introducción a una serie de reflexiones sobre la dificultad de definir y comprender el objeto de estudio (la inmigración italiana). A este respecto se plantea la necesidad de poner en discusión la idea de una emigración de masas en estrecha relación con la expansión del capitalismo y radicalmente opuesta a una pretendidamente estática sociedad del antiguo régimen, que impide considerar la importancia de la larga tradición de los movimientos y de la cultura migratorios. De la misma manera, se llama la atención sobre los distintos resultados del acercamiento al problema de la inmigración desde la perspectiva nacional y la dimensión regional, y sobre la necesaria interrelación entre las áreas de partido y de llegada.

La inclusión en el análisis del sujeto, del emigrante italiano, abre la segunda parte de la obra, dedicada a la cadena migratoria, «me-

táfora» de las redes sociales del proceso migratorio. Devoto señala las ventajas que aporta el estudio de las cadenas migratorias, especialmente por lo que supone de retorno a la esfera de lo privado y de superación del marco de las políticas estatales, aunque no deja de señalar los problemas que suscita (ambigüedad del concepto, delimitaciones del espacio social de interacción...), por lo que propone una más estrecha relación entre el tipo de estructura familiar y la emigración.

Atendiendo al caso de la inmigración italiana a Argentina y repasando las más recientes aportaciones, Devoto señala cómo la cadena condiciona el modelo ocupacional y residencial, así como el comportamiento ocupacional y la endogamia, sin olvidar, entre otras cosas, el peligro de seguir esquemas muy generales e indirectos que den significados unívocos al reagrupamiento residencial en relación a la continuidad de las redes sociales. En última instancia, y tras las pertinentes consideraciones, llega a la conclusión de que el contexto originario (estructura familiar, forma de sociabilidad, etc.) influye en la naturaleza y en la fuerza de las redes sociales que atraviesan el Atlántico.

La tercera y última parte aborda la interesante cuestión de la identidad de inmigrante, de su imagen en la sociedad receptora y de su autoimagen, partiendo de la crítica a la tesis de la asimilación propuesta en su día por Germani. Las sugerentes reflexiones en torno a la construcción de la identidad cierran el libro de Devoto, que para el investigador español en temas de emigración puede constituir un ejemplo aleccionador de los resultados que pueden alcanzarse con la aplicación de nuevos esquemas de análisis, con miras más amplias que las que hasta ahora en nuestra historiografía se han utilizado.

Nuria Tabanera García

FERNANDES ALVES, J.: *Os Brasileiros. Emigração e retorno no Porto oitocentista*, Porto, 1994, 394 pp.

La historiografía portuguesa sobre temas migratorios se ha visto enriquecida durante las dos últimas décadas a través de la publicación de importantes contribuciones que abordan este fenómeno desde diferentes ópticas. A los trabajos ya clásicos de Serrão y Almeida se suman en los ochenta, entre otros, el de Arroteia y Rocha-Trini-

dade, en el que se recogía la producción anterior, y los de Amorim y Neto. Ya en los noventa las aportaciones realizadas por Baganha, que además de una monografía sobre la emigración portuguesa a los Estados Unidos elaboró una recopilación de fuentes, o los de Brettel, sobre algunos problemas concretos, culminan con el conjunto de publicaciones coordinadas muy recientemente por Halpern Pereira (*Emigração/Inmigração em Portugal*, 1993). Fue precisamente en esta compilación en la que, bajo el título *Lógicas migratorias no Porto oitocentista*, Fernandes Alves dio a conocer un avance de la obra, resultado de su tesis doctoral, que aquí reseñamos, y donde se analizan, desde una perspectiva económico-social, las corrientes migratorias de ida y vuelta entre el noroeste portugués y Brasil durante el siglo XIX, incidiendo especialmente en el período 1836-1879. Este lapso de tiempo coincide además con una serie de cambios decisivos a causa de la independencia brasileña, con las consecuentes alteraciones institucionales que trajo consigo, y de las necesidades del nuevo orden económico mundial que exigieron que Portugal llevase a la práctica diferentes reorientaciones internas y externas. En este contexto, según el autor, «*la emigración surge (y continúa) como síntoma de debilidad de las transformaciones sociales operadas, o por operar, como resultado del juego de las indecisiones colectivas y de las urgencias individuales*».

El libro se inicia con una serie de consideraciones teóricas sobre la *emigración* y el *retorno*, en las que intercala la especificidad del caso portugués, seguida de una extensa exposición de los principales problemas metodológicos en el abordaje y tratamiento de las fuentes utilizadas. Una extensa nómina de documentación administrativa, particular, relatorios de asociaciones, prensa y producción bibliográfica sirvió de base para la confección de una serie de ficheros informáticos (de emigrantes -122.081 registros de pasaportes del Gobierno Civil de Porto-, de retornados y de biografías) que constituyeron el núcleo central de la investigación, complementada con información procedente de testamentos, listas nominativas, noticias, correspondencia y legislación.

La tesis sostenida por Alves parte de que las relaciones Porto-Brasil, rastreando sus más remotos antecedentes, fueron el telón de fondo de un «modelo de información» que influyó en las decisiones personales y colectivas, dando lugar a la constitución de redes de emigrantes del noreste portugués desde los tiempos coloniales. Al produ-

cirse la independencia de Brasil, las vinculaciones entre ambos polos, y a pesar de la decadencia del intercambio comercial, se mantuvieron precisamente en base a las corrientes humanas. Los portugueses nortños establecidos ya en Brasil como comerciantes se resisten a recurrir a la mano de obra brasileña y llaman a los «*caixeiros da terra*», movilizándose las relaciones en cadena. Por otro lado, se apunta acertadamente el surgimiento de otro modelo migratorio paralelo propiciado por las propias políticas de atracción del nuevo país.

Puede decirse que Alves aborda en su libro, con absoluto rigor, toda la problemática del proceso migratorio en lo que se refiere al foco emisor: entramado social, causalidad, perfil de los emigrantes, legislación... Obviamente, y creemos que tampoco lo pretende, no puede acometer con la misma profundidad la problemática del foco receptor, ¹⁰ que correspondería a otra investigación. Y especialmente interesante nos parece el capítulo destinado al fenómeno del *retorno*. El papel asignado al *brasileiro* aparece analizado en su doble vertiente de dinamizador no sólo de nuevas cadenas migratorias, sino también de las sociedades de origen, teniendo en cuenta los diversos ciclos migratorios y los diferentes niveles de capitalización de los retornados.

Como resumen, la presente investigación contiene una extraordinaria riqueza para quienes se interesan por la multiplicidad de aspectos (demográficos, económicos, sociales...) inherentes a la dinámica de las migraciones. Por otro lado, el análisis efectuado desde la perspectiva regional, que, como subraya Alves, permite desde la especificidad del noroeste contribuir a la comprensión del fenómeno portugués, resulta también de gran utilidad para la posible formulación de una propuesta de los modelos migratorios europeos.

Pilar Cagiao Vila

POTTHAST-JUTKEIT, BARBARA: «*Paradies Mohammeds*» oder *Land der Frauen? Zur Rolle Don Frau und Familie in Paraguay im 19. Jahrhundert*, Bohlau Verlag, Colonia, \Veimar, Berlín, 1994, 520 pp.

Hoy en día son todavía pocas las investigaciones sobre Historia de la mujer en Latinoamérica, especialmente para el período posterior a la época colonial. Para cubrir esta laguna contamos ahora con el libro de la profesora de la Universidad de Bielefeld, Barbara

Potthast, sobre el papel de la mujer y de la familia en el Paraguay del siglo XIX. Tanto el título como el tema llaman sin duda la atención a primera vista, ya que Paraguay es de los países menos tratados por la historiografía de Latinoamérica. Sin embargo, el rigor metodológico del estudio y la amplitud de las cuestiones en él abarcadas hacen de este libro un trabajo de Historia Social de América Latina de sumo interés, en cuanto no solamente trata la historia de la mujer en el país sudamericano desde la Independencia hasta la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870), sino que además analiza el conjunto de la sociedad paraguaya en el siglo XIX.

El interés de la autora por el tema tiene su origen en el papel que una historiografía nacionalista ha ido adscribiendo a las mujeres en la Historia de Paraguay, sobre todo en el curso de la Guerra de la Triple Alianza, cuando las mujeres paraguayas siguieron primero al derrotado ejército de su país en su retirada y más tarde jugaron un importante papel en la reconstrucción del país en la posguerra, habiendo desaparecido en el conflicto la mayor parte de la población masculina. Sin embargo, la autora reconstruye una visión desmitificada de la vida femenina, y centra sus cuestiones en la investigación de las estructuras familiares, las relaciones entre los géneros y la situación económica, social y política de la mujer, intentando desenmarañar la vida cotidiana de las familias paraguayas. De esta manera intenta explicar lo que denomina la «vía particular» de la sociedad paraguaya, que se distingue por la presencia de unas estructuras familiares caracterizadas por un alto porcentaje de mujeres solteras que figuran a la cabeza de sus hogares, así como por un alto porcentaje de nacimientos ilegítimos, más elevado de lo normal en el conjunto de la Latinoamérica de la época.

En una primera parte, la autora resume la situación de la mujer durante la Conquista y el período colonial. Como factor más determinante, Potthast-Jutkeit resalta el alto grado de mestizaje, poco común en el resto de Latinoamérica, en esa sociedad aislada y pobre, y con ello la fuerte influencia de la cultura guaraní en la configuración de la estructura familiar y en el reparto del trabajo entre los sexos, con la generalización del trabajo femenino en la agricultura familiar de subsistencia.

La segunda y principal parte del libro se dedica a examinar todos los aspectos de la vida de la mujer del siglo XIX. Aquí la autora analiza tanto el marco político como la demografía familiar; la situación

social, económica y legal de la mujer; las relaciones entre los géneros, y la vida de las mujeres de clase alta. Para abordar este amplio abanico de cuestiones, la autora utiliza ante todo datos demográficos extraídos de los censos de población, solicitudes de dispensa eclesiástica para contraer matrimonio y fuentes judiciales (pleitos civiles que tratan de cuestiones familiares). La imagen de la familia paraguaya se distingue así netamente de lo que era la familia europea de la época: el alto porcentaje de hogares encabezados por mujeres solteras, sobre todo en las ciudades, y la alta tasa de nacimientos ilegítimos indican la esaesa difusión de la práctica del matrimonio y la normalidad de las relaciones extramatrimoniales. Esto se correspondía con una llamativa responsabilidad de la mujer en el ámbito de la economía de subsistencia familiar y en la organización de la vida cotidiana, posibilitada por un sistema de arrendamiento de pequeñas parcelas de tierras estatales que permitían su activa participación en la agricultura de subsistencia, la ganadería y la producción de bienes para la venta en los mercados locales. Los pases de viaje (otra fuente utilizada profusamente por la autora) testimonian también la alta movilidad de estas mujeres para la comercialización de sus productos. Los pleitos civiles, asimismo, nos demuestran que las relaciones «estables» con una pareja sin contraer matrimonio eran moneda común y aceptada socialmente. Por lo normal, ni estas *amistades* ni los hijos ilegítimos sufrían discriminación social. Los intentos por parte del Estado en 1840-1860 de imponer una serie de medidas para la *moralización* de la vida pública, obligando a las parejas a casarse o a separarse, acabaron en un relativo fracaso. Así queda comprobada una de las hipótesis centrales de la autora: que las actitudes sociales frente a la sexualidad no están sujetas a condicionantes políticos de corto alcance. Sin embargo, en lo referente a sus derechos legales y políticos, las mujeres paraguayas estaban sujetas a las restricciones usuales de la época, aunque, por ejemplo, la posibilidad de que la mujer pudiese interponer pleitos civiles (prohibida en teoría por la ley) muestra que las condiciones reales de la sociedad paraguaya contribuían a abrir espacios de independencia para la mujer, más allá de las disposiciones políticas o legales.

La tercera parte del libro trata de la vida de la mujer en la Guerra de la Triple Alianza y en el período de posguerra, caracterizado por la destrucción del sistema económico, una catástrofe demográfica y la miseria generalizada de la población. También se analiza el papel

primordial de la mujer en la reconstrucción del Paraguay de posguerra, rol reconocido en la discusión pública, pero que no fue acompañado por la concesión de derechos políticos más amplios a las mujeres. Por el contrario, algunos cambios en el sistema económico, como el cese del arrendamiento de pequeñas parcelas estatales a campesinos modestos, arrebataron a muchas familias la posibilidad de mantener su condición de subsistencia precaria.

El esfuerzo de la autora ha obtenido el fruto de un estudio de considerable interés, acompañado de un fluido estilo, argumento adicional para desear que en breve sea posible contar también con una traducción castellana. Tiene además el mérito de cubrir un vacío historiográfico, contando con una documentación muy fragmentaria (como así sucede al abordar la historia de Paraguay). El análisis de fuentes demográficas con criterios innovadores (documentado con un amplio apéndice estadístico y gráfico), así como su combinación con fuentes jurídicas, consigue ofrecer una vívida imagen de la realidad de la familia y de la vida de la mujer en Paraguay.

Henrike Fesefeldt

AVILÉS FARRÉ, JUAN: *Pasión y Farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil española*, Eudema, Madrid, 1994, 229 pp.

Creo en deber manifestar a usted en estas circunstancias cuán íntimamente me siento unido en la gran crisis de su patria a las fuerzas leales y a su heroica lucha. Mas al propio tiempo me avergüenzo de que los países democráticos no hayan encontrado en esta situación la energía de que había necesidad para cumplir sus deberes fraternales. Tanto más altiva podrá mostrarse España si, no obstante aquella destrucción, y a pesar de la intervención de los poderes reaccionarios, puede victoriosamente sostener su libertad.

Estas palabras, escritas por Albert Einstein en una carta de adhesión a la causa de la República Española, y enviada al embajador de Washington, Fernando de los Ríos, ejemplifican hasta qué punto la guerra civil española llegó a convertirse en un episodio crucial para los ciudadanos europeos de finales de los años treinta y, por encima de todo, para sus cancillerías, empeñadas en restañar las heridas que, como la española, podían provocar una hemorragia generalizada en el enfermo cuerpo europeo.

¿Por qué la guerra civil cautivó tanto la atención? ¿Qué fascinación atrajo a miles de combatientes a luchar en España? ¿Qué razo-

nes de índole interna o externa explican las actitudes de los diferentes gobiernos ante el conflicto? ¿Fue realmente una política de No Intervención? ¿Por qué Francia y Gran Bretaña tomaron partido por la política de apaciguamiento? ¿En qué medida el desenlace bélico español estuvo ligado al contexto de crisis de la seguridad colectiva y de viraje hacia la guerra de finales de los años treinta?

A todas estas preguntas intenta dar cumplidas respuestas esta *Pasión y Farsa*. Título certero para una investigación brillante, cuyo autor, Juan Avilés, reputado historiador de la política (con títulos como *La izquierda burguesa en la Segunda República* y *La derecha española contemporánea: el maurismo*, éste en colaboración con Javier Tusell), ya se había interesado antes por la historia de las relaciones exteriores españolas. Aunque ahora nos presenta un trabajo sobre las implicaciones exteriores de la guerra civil española de mucho más vuelo.

Los estudios de contextualización internacional del conflicto español han gozado de una larga tradición, que se remonta a los años de la contienda e inmediata posguerra. Españoles como Julio Alvarez del Vayo, Marcelino Domingo, Julián Zugazagoitia, y extranjeros como Walter Krivitsky, Norman Padelford, Franz Jellinek o Blythe, por citar sólo algunos ejemplos, dedicaron hace ya más de cincuenta años parte de sus memorias y escritos a estas vicisitudes. Y durante las tres décadas posteriores se siguieron publicando trabajos similares acerca de cuestiones tales como la intervención extranjera, la opinión pública, las brigadas internacionales, las ayudas militares o la diplomacia en relación con el conflicto español. Nombres como los de David T. Cattell, JIU Edwards, Michael Alpert, Angel Viñas, David Carlton, Andreu Castells, Glen T. Harper, Fernando Schwartz, David Wingeatte Pike, John Coverdale, Watkins, Jesús Salas Larrazábal, John P. Whiteley, Taylor, Richard Traina, Manfred Merkes, etcétera, se asocian a estos trabajos.

Aunque ha sido en los últimos quince años cuando la apertura de archivos ha permitido perfilar con trazos más objetivos y ricos en matices, lo que se han venido en denominar «condicionantes del entorno bélico español», con obras como las de Antonio Marquina, Dan Richardson, Powell, Car, Ismael Saz, Iva Delgado, César Oliveira, Jaime Martínez, Jim Fyrth, Carlos Serrano o Robert Whealey; y muy especialmente los de José María Borrás, Enrique Moradiellos o Douglas Little, que constituyen, a mi modo de ver, los precedentes más directos del libro de Juan Avilés.

Con ligeros matices, esta bibliografía ha puesto de manifiesto una verdad insoslayable: que el desenlace bélico español es impensable sin una vinculación con el contexto internacional en que se desarrolló y que la hizo posible (la convulsa Europa de entreguerras); sin una comprensión de los intereses (económicos, políticos, militares, estratégicos) de las potencias participantes (Alemania, Italia y la Unión Soviética), así como de sus apoyos diplomáticos y de los suministros bélicos dispensados a sendos contendientes; y, en fin, sin un entendimiento de la política, mitad *farsa* mitad *pasión*, desplegada por los gobiernos democráticos de Gran Bretaña y Francia.

Pues bien, con el punto de mira puesto en las actitudes francesa y británica, el libro de Juan Avilés apunta a recordarnos estas mismas cuestiones. Y lo hace con una investigación seria y rigurosa, profusa en detalles y datos (en ocasiones casi enfermiza, por cuanto apoya sus afirmaciones con hasta cinco y seis fuentes documentales distintas), que contrasta con la elegante sencillez de su estructura, máxime si se tiene en cuenta la dilatada documentación consultada (archivos, memorias, colecciones documentales diplomáticas, etc.) o el recurso pluridimensional al que apunta. El resultado es un libro fértil, ameno y de fácil lectura.

En este sentido, *Pasión y Farsa* participa de las cualidades a las que nos tiene acostumbrada la mejor historia de las relaciones internacionales. Es un trabajo que destaca por la sencillez en el tratamiento de los problemas y en el lenguaje, y que «se hace entender» con suma facilidad. Quizás porque el autor domina con maestría las fuentes. Y porque sabe presentarlas y engarzarlas en el discurso sin menoscabo de una argumentación trabada. Otra cualidad, emparentada con la anterior, reside en su capacidad globalizadora, vislumbrada desde los primeros capítulos por un lector que percibe la voluntad de Avilés de abordar todas las cuestiones, de no dejar cabos sueltos y preguntas sin responder: desde la secuencia de las decisiones más importantes adoptadas por las grandes potencias respecto al conflicto español, a la racionalidad o irracionalidad de dichas posturas (interés estratégico, precariedad de las alianzas, lucha ideológica...), pasando por los interrogantes que ofrecen cuestiones centrales como la práctica de la política de No Intervención, o periféricas como singladura de los aprovisionamientos militares, el reconocimiento de la beligerancia, el pacifismo o los apoyos solidarios a sendos contendientes por las sociedades británica o francesa.

Por ello, resumir en breves líneas la riqueza y erudición que alimenta sus apretadas doscientas páginas resultaría, cuanto menos, pretencioso. Sirva, sin embargo, de provocación a su lectura subrayar algunas de sus principales aportaciones.

La primera de ellas es, sin duda, la voluntad de Avilés de explicar la política de No Intervención (o de neutralidad benévola/malévola) desde una visión de conjunto muy fraguada: retraimiento norteamericano de los conflictos europeos, pacifismo y debilidad occidental frente al expansionismo y el nacionalismo exacerbado italiano y alemán, intervención soviética... El seguimiento de los acontecimientos es casi periodístico. Se sirve de telón de fondo de los avatares de la guerra de España (golpe militar, represión, Batalla de Madrid, Guadalajara y Guernica, caída de Cataluña, golpe de Casado y final de la contienda) para presentarnos con sumo detalle cómo se libró la otra batalla, la diplomática, con toda suerte de informaciones sobre sus protagonistas (Blum, Eden, Delbos, Chamberlain, Daladier...), la racionalidad de sus decisiones, o las consecuencias que éstas tuvieron sobre sus respectivas opiniones públicas.

El reto que se le planteaba a Avilés en este libro era precisamente éste: retomar algunas de las tesis avanzadas por Borrás o Moradiellos y presentarlas al lector como mucho más trabadas, como aportando una visión mucho más global, cimentada y contextualizada.

Que la guerra civil española fue vivida por la sociedad francesa (no tanto la británica) como una cuestión propia o que el asunto más debatido (por las implicaciones directas que tenía para Francia) fue la política de No Intervención, era de sobra conocido. Como también lo era que dicha política no impidió la masiva ayuda bélica de Italia y Alemania a los sublevados, ni tampoco la entrecortada y a veces poco operativa de franceses y soviéticos a la república; o que en el planteamiento de la No Intervención pesó la idea que de la política británica se hicieron los representantes diplomáticos franceses. La percepción de que esto fue así lo refrendó hace años la copiosa bibliografía existente. Mayor interés tenía, con todo, el averiguar, como pretende Avilés, el porqué y el cómo de esa política de «No Intervención relajada».

y *Pasión y Farsa*, con todo y ser deudora de esta bibliografía, tiene el mérito de tejer una atractiva exposición y de contemplar una radical novedad respecto a otros trabajos similares: ahonda en los acontecimientos y en *l'entourage* con una maestría y un rigor dignos

Noticias

de encomio. Y ello a pesar de la dificultad que plantea el lento desfile de un cortejo de políticos, diplomáticos, observadores, periodistas, intelectuales, bridadistas..., cuyas tomas de posición se entrelazan con la vertiginosa evolución de los acontecimientos españoles y europeos, militares y diplomáticos. Y sin improvisar razones políticas, estratégicas o ideológicas. Todo bien engarzado en el texto y con el punto de mira puesto para que el lector no perciba los cambios de ritmo.

La investigación incide, además, en cuestiones hasta el momento poco estudiadas con aportaciones de gran solidez acerca de la propaganda exterior de cada uno de los contendientes; la compleja trama de empresas e intermediarios de que se valían para la compra de material bélico, y sortear así tanto los servicios de espionaje como las acciones del Comité de No Intervención; el esfuerzo de organización de los comités de ayuda; o la vergonzante actuación de Francia y Gran Bretaña en las postreras jornadas del conflicto, cuando abandonaron a miles de refugiados a pesar de su formal promesa de evacuación y de contar con fuerzas navales preparadas para ello.

Mención aparte merecen, asimismo, los apartados que Avilés dedica al seguimiento de los debates suscitados por la guerra española, y vividos con gran pasión por grupos izquierdistas, conservadores, obreros, religiosos, etc., así como por intelectuales de la talla de Auden, Stephen Spender, Tullian Bell, Simone Weil o André Malraux, entre otros.

Por lo demás, el libro nos aporta una bibliografía completa y actualizada. Y, sobre todo, unas páginas conclusivas que ponen fin a unas ideas vertebrales: que la política de «apaciguamiento a cualquier precio» favoreció la victoria de Franco, y que la actitud francesa y británica debería juzgarse más que por lo que hicieron, por lo que pudieron hacer y dejaron de hacer unos gobiernos y unos diplomáticos, que no estuvieron a la altura de lo que las circunstancias demandaban.

El interés de estas conclusiones, sin embargo, apunta a recordarnos alguna de las sombras del libro. La sobrevaloración que hace el autor de la dimensión de la guerra civil en el proceso de crisis y desequilibrio del sistema de relaciones internacionales nacido en Versalles, quizás sea una de ellas. Británicos y franceses tenían la convicción de que lo que se dirimía en España era importante. Pero no es menos cierto que no dejó de ser un «desgarro» más de los que se

sucedieron en el preámbulo de la Segunda Guerra Mundial. La aureola mítica del conflicto civil español, real entre quienes vivieron los acontecimientos, no debería oscurecer el plano general de la escena europea de finales de los años treinta. Sobre todo cuando la crisis germano-checoslovaca de septiembre de 1938 desplazó las tensiones generadas por nuestra guerra civil, y demostró que España había dejado de ser noticia para la «gran política» europea.

De lo indicado, primero, no debería deducirse ninguna seria objeción a una investigación sólida, que alimenta unas expectativas que el lector acaba por ver cumplidas.

Albert Girona Albuixech

GAReTA SANZ, FERNANDO: *Historia de las relaciones entre España e Italia. Imágenes, Comercio y Política Exterior (1890-1914)*, CSIC, Madrid, 1994, 531 pp.

Afortunadamente, la afirmación de que la historia de las relaciones internacionales en España ha entrado en un proceso de crecimiento y consolidación va convirtiéndose en un tópico. Sin embargo, no sería fácil mostrarse igualmente categórico en lo que a los estudios de historia comparada de refiere, o, más sencillamente, incluso, al interés de nuestros historiadores por otras historias nacionales.

Pues bien, el mérito fundamental de la obra que comentamos estriba precisamente en ello. En que constituye, a la vez, un excelente estudio de relaciones internacionales y de historia comparada; por no hablar de ese valor añadido del trabajo constituido por lo que bien podría considerarse una sólida introducción a la historia de la Italia del período.

Desde el punto de vista de la historia comparada, el autor se introduce en uno de los problemas más apasionantes de la historiografía, cual es el que se refiere a los distintos ritmos de desarrollo de dos sociedades, en este caso la española e italiana en torno al cambio de siglo. El común atraso económico respecto de otros países europeos, la coincidencia de crisis políticas internas y desastres coloniales, parecen apuntar a la existencia de patrones comunes económicos, sociales o políticos. Acerca de los últimos ya había llamado la atención de José María Jover, sobre los primeros nuestros historiadores económicos se están ocupando con creciente interés y rigor. El autor nos

sitúa ante ellos y ofrece una visión de conjunto que se revela sumamente enriquecedora.

No se niega, en su sentido más amplio, la similitud de los problemas, pero sí la de su configuración, gravedad, ritmo y, sobre todo, respuestas. En el terreno económico el mayor dinamismo de la industria italiana encuentra el oportuno reflejo en las, perfectamente analizadas, diferentes perspectivas con que los interlocutores de ambos países enfocan las siempre difíciles y raramente exitosas negociaciones comerciales. En el político se profundiza en la diferente naturaleza y dinámica de las políticas coloniales que conducen a los respectivos desastres de Adua y Santiago -comienzo, interrupción y breve parada de un colonialismo a tono con las corrientes dominantes del imperialismo europeo, el primero; último capítulo de un viejo colonialismo que conduce a batallas que no se desean y a derrotas humillantes, el segundo--. Desde el punto de vista de las crisis internas, las profundas diferencias que van, también, de la postración española concretada en el «pesimismo y los regeneracionismos (...) de diversa índole» a la progresiva y abierta respuesta giolittiana.

Ciertamente, el problema no es liviano y una interpretación de este libro se presta, más aún, requiere una ulterior profundización en el debate. Por una parte, porque los problemas generados por la dinámica imperialista afectan a la práctica totalidad de los países que se ven involucrados en ella y, por otra, porque las crisis políticas internas reflejan asimismo problemas generales relacionados con los límites del liberalismo de los notables y la irrupción de la política de masas. En este sentido, un cierto alargamiento de la perspectiva nos permitiría incidir en el carácter nunca definitivo de las distintas respuestas a las crisis -piénsese en la posterior crisis del giolittismo, por ejemplo- o en el carácter, por tantos aspectos común, de las críticas a los sistemas liberales realmente existentes en la Europa de principios de siglo. Recordemos, en fin, la crisis final de las alternativas liberal-democráticas en ambos países, ya en el período de entreguerras, la cual volverá a situarnos, otra vez, ante problemas semejantes aunque no iguales y respuestas parecidas pero diferentes.

Pero todo esto constituye, más que una crítica, un reconocimiento de la solidez de una aportación que es, precisamente, la que apuntala la necesidad de ulteriores profundizaciones. Sin embargo, hay un aspecto del trabajo que nos parece absolutamente esencial en dos de las direcciones que aquí hemos considerado y que puede entenderse,

por tanto, como engarce entre los problemas historiográficos a los que aludimos y la más específica problemática de las relaciones bilaterales. Me refiero al problema de las percepciones en torno al cual gira, en mi opinión, la mayor fuerza de la obra. Las percepciones que tenían los contemporáneos de los respectivos países se constituyen, en efecto, en un dato de la historia y en un factor de las propias relaciones bilaterales.

¿En qué consistían estas percepciones? Básicamente, en la idea común, generalizada en periodistas, políticos y diplomáticos, de que, precisamente, por su « semejanza » y proximidad latina, Italia podía constituir un ejemplo y una promesa de que España podría avanzar también en una línea de progreso económico y consolidación y desarrollo del liberalismo político. En una línea de modernidad, en suma, de la que no estaba excluida, todo lo contrario, el fortalecimiento militar y diplomático de que daba muestra Italia. Por supuesto, con ser ésta la más generalizada de las percepciones, como bien subraya el autor, no era la única. y si de parte española existía en sus sectores más ultramontanos el viejo rechazo de Italia vinculado a la « cuestión romana », de parte italiana se sostenía el estereotipo de la vieja España retrógrada, atrasada y clerical. Ninguna de estas actitudes, sin embargo, carecía de una profunda y bien definida dimensión interna. Así en el caso de los integristas españoles, cuyos dardos al respecto perdían continuamente mordiente, como en el de los radicales italianos.

La situación del autor en una posición historiográfica próxima a la de Chabod y Vigezzi, le permite extraer todas las implicaciones acerca del peso de los factores considerados en las relaciones bilaterales. Desde esta perspectiva — la de las relaciones internacionales — el estudio parte de la no muy gloriosa evaporación de los acuerdos que vinculaban a España a la triple alianza y de las reflexiones e imputaciones partidarias que siguieron al *desastre* para entrar en un análisis en profundidad de las relaciones internacionales sucesivas, en cuyo marco se inscribirían las más específicas italo-españolas.

El cambio decisivo que se abre con la aproximación franco-británica y el progresivo aislamiento de Alemania abre una nueva dinámica, en la que la diplomacia italiana acierta a insertarse con una bien diseñada política de equilibrio entre « amigos » y « aliados ». Más vacilante siempre, la diplomacia española terminaría por alinearse en la estela franco-británica para obtener unas garantías norteafricanas,

menores de las que una política más audaz habría reparado, pero en cualquier caso relativamente satisfactorias.

Llegamos así a 10 que, en mi opinión, constituye una de las más notables aportaciones de este trabajo. El autor consigue centrar la atención en el nuevo papel en que en este contexto iban a desempeñar las dos penínsulas. No es que dicho nuevo papel fuese a resultar *decisivo* para las relaciones internacionales, globales, del período. Pero sí iba a ser 10 suficientemente importante como para que ambas adquiriesen un cierto protagonismo en el complejo juego de las alianzas internacionales del período. De ahí que otras potencias -como Alemania- empezasen a reconocer autocríúcamente su error al menospreciar el factor español. Pero de ahí, también, que Italia y España empezasen a reconocerse como interlocutores directos, en y por sí mismos.

Todo esto está perfectamente dibujado por el autor, el cual sabe extraer todo su jugo al análisis de la necesaria interrelación entre los factores comerciales y los políticos, los culturales y los del escenario internacional. Y todos estos factores apuntarán en un sentido de aproximación entre las dos potencias. Con escasos resultados visibles, todavía, pero con bastantes promesas. En los meses anteriores al estallido de la *Gran Guerra* las relaciones bilaterales habían entrado, en efecto, en una dinámica que prefiguraba claramente algunas de las líneas de fondo que caracterizarían las de la primera posguerra.

Creo que en un cierto sentido éste es el gran mérito del trabajo que comentamos. El de constituir en sí mismo una demostración de que los momentos *vacíos* en las relaciones internacionales no existen y que, en suma, los momentos más llamaúvos y explosivos sólo pueden entenderse desde el análisis en profundidad de esos períodos aparentemente *mudos* en que tantas fuerzas y procesos empiezan a dibujarse' conformando las futuras situaciones a las que las distintas sociedades habrán de enfrentarse.

Ismael Saz

CARCÍA PÉREZ, RAFAEL: *Franquismo y Tercer Reich. Las relaciones económicas hispano-alemanas durante La Segunda Guerra Mundial*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1994, 614 pp.

El estudio de la etapa del primer franquismo comienza a producir investigaciones que nos ofrecen primeras perspectivas de esta época.

ca. La lejanía temporal respecto al tema estudiado, sobre todo por jóvenes que difícilmente recuerdan en lo que consistió esta etapa, facilita el análisis imparcial de los hechos, sin tener en cuenta el tremendo trauma que cuarenta años de dictadura personal supusieron en la sociedad española.

Carcía Pérez utiliza en su estudio un buen apartado bibliográfico y el comentario de determinadas tesis realizadas en otros países como Alemania o Estados Unidos, que aportan nuevas impresiones del conflicto. El aspecto de las relaciones exteriores del régimen era un tema escasamente tratado hasta el momento en España, debido a la imposibilidad de acceso a sus fuentes. Precisamente esta obra intenta dar una nueva orientación al análisis histórico de la etapa, buscando respuestas más desde la posición alemana que desde la española, con la consulta de documentación de este origen. La segunda innovación del planteamiento de esta tesis doctoral, origen de la obra, reside en indagar no tanto en las relaciones políticas, sino en éstas como consecuencia de negociaciones de tipo económico, como bien refleja el subtítulo del libro. Es una historia basada en la elaboración de datos económicos, pero no una *historia económica* en el más puro sentido del término.

La intención del estudio es profundizar en la interrelación entre estados, en una coyuntura mundial muy específica y con unos actores políticos previamente determinados, uno de los aspectos más originales reside en el acercamiento que realiza al punto de vista alemán sobre las relaciones económicas y políticas de ambos estados. Para ello utiliza de manera sistemática y exhaustiva los archivos alemanes, incluso consiguiendo fuentes de difícil acceso como los de la extinta RDA. Esta es la mayor diferencia -declarada por el mismo autor- con la obra de Angel Viñas, a la que Carcía Pérez quiere completar en ciertos espacios vacíos.

Resulta fundamental el hecho de la *deuda de guerra* que el gobierno de Franco siempre mantuvo con el III Reich. Así, contra la imposibilidad de arreglar definitivamente la deuda originada por el empleo de tropas y material militar alemán en España, debido al desastroso estado en que se encontraba la economía peninsular, Alemania tuvo que ir aplazando progresivamente su solución por tiempo indeterminado. Se llegó a utilizar a la *División Azul* como pago, compensando en parte los gastos de la *Legión Cóndor*, o también mediante el envío de trabajadores voluntarios a las fábricas alemanas, que en

los primeros momentos llegó a desplazar a más de ocho mil trabajadores. La *deuda de guerra* no quedó arreglada ni siquiera al término de la Segunda Guerra Mundial, y tuvo que esperar para su conclusión más de diez años después de haberse firmado el acuerdo con los aliados, en 1958.

La *deuda de guerra* gravitará de manera constante alrededor de las relaciones económicas con Alemania, pero los elementos del intercambio comercial hispano-alemán tenían unas pautas constantes desde la guerra civil: el canje de materias primas por maquinaria bélica, posible por la situación excedentaria de estos productos en ambos estados. Durante la guerra se utilizará con este fin a varias empresas «tapadera» en régimen de monopolio -HISMA, TOWAK, etcétera-, con el propósito de relacionar las mercancías sin necesidad de emplear divisas, problema común de ambos países.

Alemania nunca recuperaría en su justa medida toda la ayuda prestada a las tropas nacionales durante la guerra civil. Desde el punto de vista de las autoridades españolas se pensaba en la colaboración económica con el III Reich desde *supuestos ideológicos*, debido sobre todo por su propia incapacidad negociadora -era lo único que podían presentar como *aval-o* Además, los intereses estratégicos de ambos países durante la guerra eran sumamente divergentes: mientras Franco pretendía sumarse al carro de las grandes potencias con la anexión de territorios como Gibraltar o Marruecos, Hitler pretendía el establecimiento de una *Doctrina Monroe* a la alemana para Europa. Dentro de este proyecto, España para el III Reich siempre fue una *circunstancia no prioritaria* pero constante. Así, desde esta óptica Hendaya sólo fue un eslabón y, no sólo de esta reunión sino también de otras muchas celebradas con anterioridad, Franco se ganó merecida fama de hombre precavido y cauteloso por parte de las autoridades alemanas. El hecho de que siempre eludiera las respuestas tajantes y que se demorara mucho tiempo en sus resoluciones finales irritaba enormemente a los inflexibles y rígidos germanos.

Las circunstancias cambiarían con la entrada de Estados Unidos en la guerra. La indecisión se mostró como una característica de la política exterior franquista. No se reconocía la carta que se debía jugar en aquel momento y se intentó apostar a dos bandas, realizando un intercambio económico con el III Reich más reducido pero constante. Las cada vez mayores dificultades de conseguir buenas relaciones por parte de Alemania motivaron intercambios muy favora-

bles para el régimen franquista, sobre todo en la recepción de armamento.

Franco tomó partido a principios de 1944 por los aliados, con mayores garantías de futuro. A pesar de ello, durante estos años todavía se siguieron exportando materiales, como el wolframio, de manera casi clandestina. El régimen quería seguir manteniendo en momentos duros unas relaciones económicas con un estado que, aunque finalmente fuera derrotado, no perdería su carácter de país económicamente importante después del conflicto. Una de las características que más se remarcan en el libro es la tremenda habilidad de las autoridades franquistas a la hora de conseguir estratégicamente la posición más ventajosa a la hora del intercambio comercial. Todo ello a pesar de que las prioridades de ambos gobiernos eran bien distintas. Como dice el propio autor en su conclusión, sus relaciones resultaron ser finalmente un *sordo enfrentamiento entre unos intereses económicos divergentes de imposible conciliación* -p. 576.

Emilio Grandio

QUINTANA NAVARRO, FRANCISCO: *España en Europa, 1931-1936. Del compromiso por la paz a la huida de la guerra*, Nerea, Madrid, 1993, 439 pp.

Como he señalado en otras ocasiones, una de las características más interesantes o dignas de mención de la historiografía española actual es aquella que nos indica la superación, lenta pero de forma segura, de aquel condicionante que José María Jover señalaba en 1976 como propio y un tanto sorprendente de los estudios históricos en España: «la extrema indigencia de nuestra historiografía en planteamientos que desborden el área peninsular» 1.

Cuando ya estamos a punto de finalizar el año 1994 cualquier observador meramente interesado en cuestiones no estrictamente nacionales o locales debe llegar a la conclusión de que, por el número de obras publicadas, de Tesis Doctorales leídas, de artículos en revistas especializadas o de asignaturas que se han incluido en los nuevos planes de estudios en diferentes universidades que hacen referencia o se

1 JOVEN, T. M., *Once ensayos sobre la Historia*, Fundación Juan March, Madrid, 1976, p. 245.

ocupan monográficamente de temas *internacionales*, estamos ante un período de *cambio* en el sentido que indicábamos al principio de este trabajo.

Es verdad que aún estamos lejos de la situación en la que se encuentran otras historiografías de nuestro entorno; pero lo importante, en mi opinión, es el gran paso que se ha dado, protagonizado en gran parte por un amplio número de profesores universitarios e investigadores jóvenes. Así se ha puesto también de manifiesto en algunos de los congresos y encuentros de expertos que se han desarrollado últimamente en España.

No obstante, al hacer un balance de los trabajos que hasta el momento se han publicado sobre la historia de la política exterior española destaca, también en mi opinión, una característica: el predominio, en exceso quizá, de los denominados «estudios horizontales». Entiendo por éstos las investigaciones y publicaciones referidas a la acción exterior de España desarrollada a nivel bilateral, y centrada básicamente en países de Europa Occidental y de Iberoamérica. Necesarias son, sin duda, estas aportaciones, pero hora es ya de que se vayan complementando con trabajos más amplios en cuanto a sus objetivos y el ámbito geográfico a analizar.

En este sentido, la obra del profesor Francisco Quintana, que imparte su docencia en la Universidad de Las Palmas, supone un paso hacia adelante digno de mención y, por tanto, merece ser comentado con cierta profundidad.

El objetivo principal de este libro, resultado de una excelente tesis doctoral que obtuvo la máxima calificación, es muy preciso: el análisis de la política exterior de la II República. Hasta aquí lo concreto, aunque no menos importante. Y no lo es porque con este trabajo se puede hoy ya conocer con bastante exactitud y amplitud uno de los períodos más «oscuros» de nuestra política exterior, el de la II República española. Oscuridad no por los resultados precisamente, sino por el desconocimiento y relegamiento que la acción exterior republicana ha sufrido hasta tiempos recientes en el ya importante número de obras publicadas sobre este período de nuestra historia contemporánea. Las aportaciones de Angel Viñas (1977) abrieron el camino a la luz de esta parcela del pasado republicano, a las que siguieron las obras de Pertierra (1984), Saz (1986), Egidio (1987), Peirena y Neila (1989), Páez (1990), Tabanera (1990) y Neila (1994).

La labor en particular de Quintana por contribuir, en primer lugar, a erradicar definitivamente de nuestra historiografía la idea de

que la República no tuvo una política exterior y, en segundo lugar, a poner de manifiesto la existencia de un proyecto reformador y preciso de acción exterior, se remontan a hace ya varios años. El resultado de esta trayectoria investigadora se puede leer y valorar en diversos artículos, en su Tesis Doctoral y, muy especialmente, en la obra que comentamos y recomendamos, *España en Europa*, 1931-1936.

Dividida en cuatro partes y ocho capítulos, en sus más de cuatrocientas páginas se estudia «la actuación de España en Europa entre abril de 1931 y julio de 1936», nos dice el autor, pero añade: «El análisis de esa corta pero intensa experiencia de inserción española en la política europea gira en torno a tres ejes centrales: la labor diplomática de un hombre, la praxis exterior de un Estado y el comportamiento de ese Estado en una organización internacional.» He aquí la clave del libro: en él se estudia la actuación de Salvador de Madariaga, la política exterior de la España republicana y la posición española en la Sociedad de Naciones. No se trata, pues, de un «estudio horizontal», sino «en vertical», es decir, insertando el papel del Estado en el cuadro de relaciones multilaterales que se van desarrollando en la sociedad internacional, especialmente desde el final de la 1ª Guerra Mundial. Este análisis se hace desde dos perspectivas, desde la del hombre de Estado, representado por los dirigentes republicanos de uno u otro signo que se suceden en el poder ejecutivo y deciden la política a adoptar en cada momento, y a través del hombre que debe ejecutar las decisiones, representado por Salvador de Madariaga, quizá la figura más importante y representativa de la «nueva» política exterior democrática.

A lo largo de las cuatro etapas en las que Quintana divide la evolución de la acción exterior republicana, se pone de manifiesto el propósito de los nuevos dirigentes republicanos por conseguir que el nuevo Estado tuviese también una política exterior «diferente»), cuyo objetivo básico debía ser el de conseguir la plena inserción de España en Europa. Esta integración, no obstante, se iba a hacer en una coyuntura poco afortunada para las democracias y, desde luego, para los Estados que no fueran grandes potencias, máxime si se esgrimía la bandera de la paz y el mantenimiento del *statu quo*. Por ello, dice el autor, esta política pronto tuvo que adaptarse y transformarse a la luz del desarrollo de las condiciones internacionales y en función de los limitados recursos de un Estado débil, en una sociedad en la que

el recurso a la fuerza y la *Realpolitik* se iban imponiendo de una forma imparable. Adaptación que se plasmó en la vuelta a la política exterior tradicional española, que descansaba desde finales del siglo XIX sobre dos ejes: la neutralidad y el repliegue del exterior, además de estar fuertemente condicionada, de nuevo, por el peso de los acontecimientos internos. De esta forma, la actuación de la República en Ginebra -nos dice Quintana- pasó «del idealismo al pragmatismo, del compromiso a la huida, del societarismo a ultranza a la neutralidad --estricta o benévola, pero neutralidad ante todo».

El debate, pues, entre cambio y continuidad, entre reforma y conservación, se saldó con una permanente contradicción que el autor refleja muy bien en la Introducción y que es para mí el mejor resumen de su trabajo: «Contradicción entre los deseos de contribuir a mantener la paz y la necesidad de eludir el riesgo de la guerra; contradicción entre las obligaciones internacionales adquiridas en virtud del *Covenant* y las ventajas de practicar el retorno al neutralismo; contradicción entre las simpatías ideológicas de los gobiernos de turno y los imperativos dictados por la dinámica de los acontecimientos políticos internacionales; contradicción entre lo que convenía a la buena marcha de las relaciones bilaterales con las grandes potencias y lo que se exigía de ella en el terreno de la diplomacia multilateral; contradicción, en suma, entre la voluntad de querer y la constatación de no poder» (p. 10).

La aportación de Francisco Quintana, en definitiva, a la comprensión de la II República en general y la política exterior en particular es no sólo importante, sino también decisiva en el amplio desarrollo que está teniendo la historia de las relaciones internacionales en España. No obstante, no me gustaría terminar esta reseña sin exponer algunas críticas generales que afectan al trabajo de mi colega Quintana y a otros que se han publicado últimamente.

No estoy de acuerdo en la calificación de España como «pequeña potencia» en el marco de la Europa de los años treinta. Posición internacional en la que algunos otros autores insisten, pero que no se corresponde, de ninguna manera, con la definición que de una potencia con ese *status* se maneja habitualmente. No está tampoco claro el hecho de que a España se le considerase una «pequeña potencia» en el seno de la Sociedad de Naciones, pues, por ejemplo, en el famoso folleto del general Smuts *The League of Nations* ya se califica a España de «potencia intermedia» y en trabajos como los de Ha-

ward-Ellis y Websters y Herbert, publicados en los años treinta, se insiste en este *status* para España en particular. El carácter de potencia media desde 1918-1919 hasta la actualidad creo que hoy debe ser plenamente aceptado e incluso que debería ser objeto de amplia discusión en algunos de los próximos debates entre los especialistas en estas materias. También sería conveniente, por parte de todos aquellos que nos acercamos a estos temas desde el punto de vista histórico, que rompieramos con ese recelo o temor por incorporar a nuestro método de trabajo aquellas aportaciones, conceptos o reflexiones teóricas provenientes de otras disciplinas sociales, como el Derecho internacional, las Relaciones Internacionales o la Sociología, que evitarían que cometieramos algunos errores, pequeños en ocasiones, pero que hay que evitar, e incluso ello podría servir para que nuestros trabajos fueran más valorados científicamente por los integrantes de otras disciplinas.

En definitiva, la obra del profesor Francisco Quintana merece ser leída y analizada con detalle por todos aquellos interesados en nuestro pasado internacional, cuya proyección sobre el presente es indudable.

Juan Carlos Pereira Castaños

MUGNAINI, MARCO: *Italia e Spagna nell'eta contemporanea. Cultura, politica e diplomazia (1814-1870)*, Edizioni dell'Orso, Alessandria, 1994, 364 pp.

La obra de Marco Mugnaini que a continuación vamos a comentar es un fiel reflejo del creciente interés que experimenta la historiografía italiana por el desarrollo histórico español. Las aportaciones de Spini, Albonico, Botti, Venza, Brundu, Guderzo o la existencia de una revista especializada en temas españoles como *Spagna contemporanea* no son sólo el reflejo de una corriente de simpatía y amistad entre los dos pueblos, que insisten en confirmar las encuestas de opinión, sino también la muestra palpable de que la Historia de España sigue atrayendo a un numeroso grupo de especialistas en todo el mundo que vamos a denominar como hispanistas.

El trabajo que comentamos se encuadra dentro de los estudios que pretenden renovar la Historia de las Relaciones Internacionales en Italia, una vez superada la clásica Historia Diplomática. Con el

propio subtítulo del libro, «Cultura, política y diplomacia», ya se pretende romper con el clásico análisis horizontal-diplomático y apostar por un estudio global-multifactorial, que se aprecia de forma constante en el desarrollo del libro, al igual que en sus conclusiones.

Otra de las aportaciones interesantes, y verdaderamente útiles, de este trabajo es la amplia dedicación que se aprecia por parte del autor en profundizar en el debate historiográfico sobre las relaciones entre España e Italia en el ochocientos: «intentando contribuir a cubrir una laguna historiográfica ya lamentada en su tiempo por Vicens Vives [...] laguna y marginalidad historiográficas que no se corresponden con el peso efectivo de las relaciones italo-españolas en la Edad Contemporánea en general y en el siglo XIX en particular» (pp. 273-274). Por ello el autor dedica sesenta páginas a estudiar con detalle las obras, los autores y los debates que se han desarrollado en los dos países sobre el período histórico objeto de la investigación; a aquéllas se unen otras veinticinco páginas de bibliografía seleccionada.

Pasando a la parte descriptiva, el trabajo que comentamos se divide en seis capítulos, que abarcan el período comprendido entre 1814 y 1870. En el primero, «La percepción de España en Italia», el autor va haciendo un análisis minucioso de algunos de los acontecimientos históricos españoles y su incidencia en las élites italianas y europeas, que dieron lugar a la creación de «mitos» o «clichés» que se fueron asentando en la Europa decimonónica. Pasa posteriormente a estudiar el desarrollo de las relaciones hispano-italianas en la etapa comprendida entre el Congreso de Viena y 1830. Desde esta fecha histórica hasta finales de la década de los cuarenta, Mugnaini hace un balance comparado del papel de España e Italia en la transición del Antiguo Régimen al liberalismo. La cuarta parte, quizá una de las más interesantes, está dedicada al estudio de algunos de los grandes problemas a los que tienen que hacer frente los dos pueblos -guerra carlista, reconocimiento de la unidad italiana, etc.- en una coyuntura, años 1848-1849, que para el autor es fundamental en el cambio de las relaciones entre los dos países. El penúltimo capítulo está dedicado en su mayor parte a analizar el final de la monarquía isabelina y la revolución septembrina en España, y el proceso de consolidación del nuevo Estado italiano, vistos a través de la correspondencia diplomática y los testimonios de algunos protagonistas de los citados acontecimientos. Por último, se abordan, como hemos señalado, los debates historiográficos sobre el período analizado.

Estamos, pues, en presencia de un trabajo innovador, bien elaborado, y en el que se integran en el sistema internacional de la época las líneas que definen las relaciones bilaterales entre españoles e italianos y el propio desarrollo histórico de las dos naciones —en la transición entre el Antiguo Régimen y el camino hacia la modernización contemporánea—o Un libro, en definitiva, que viene no sólo a cubrir esa laguna en la que insisten tanto Marco Mugnaini como el profesor Ennio di Nolfo en su acertado prólogo, sino a convertirse, en mi opinión, en un modelo de investigación y análisis para todos los que nos dedicamos o nos hemos sentido interesados en el estudio de la acción exterior de nuestros respectivos Estados.

Juan Carlos Pereira Castaños

BAHAMÜNDE, ANGEL, Y MARTÍNEZ, JESÚS: *Historia de España. Siglo XIX*. Editorial Cátedra, Madrid, 1994, 637 pp.

No son muchos los historiadores que se han dedicado a la tarea de escribir y publicar una síntesis actualizada sobre un período amplio de nuestra historia. En realidad, si exceptuamos las colecciones de historia de España (Espasa, Rialp, Labor, Historia 16, Planeta, Crítica, Credos, Actas) y los libros relativamente recientes de Sánchez Jiménez y Vicente Palacio, los manuales usuales para el siglo XIX que se manejan en las Universidades españolas son de la década de los sesenta o principios de los años setenta. Aunque hayan sido reeditados en versiones más o menos actualizadas, el grueso de los trabajos son, por tanto, de hace veinte o treinta años. Aun así, los seguimos utilizando porque los conocimientos y reflexiones de Carr, Jover, Artola, Comellas y Tuñón siguen y seguirán teniendo un indudable interés. La capacidad de síntesis y la pluma de algunos de estos autores no han sido superadas. También es cierto que las últimas décadas han sido sumamente fértiles en monografías de algún aspecto concreto o estudios regionales sobre la centuria pasada que deben ser incorporados a un manual y a la tarea docente, en todos sus grados.

Angel Bahamonde y Jesús Martínez, respectivamente Catedrático y Titular de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense, han colaborado desde hace muchos años en el Instituto de Estudios Madrileños del CSIC y en el Departamento universitario que han

compartido hasta fechas recientes. Los trabajos de Angel Bahamonde se han centrado en diversos estudios sobre la sociedad madrileña en siglo XIX, especialmente la burguesía de los negocios, las élites coloniales y las comunicaciones en la España Contemporánea. Jesús Martínez es autor también de diversos trabajos sobre la historia social de Madrid, la desamortización, las bibliotecas madrileñas en el siglo XIX, la Cámara de Comercio y la Junta de Defensa de Madrid en la Guerra Civil.

Ambos autores, con una coordinación que ha resultado tan fructífera como difícil de conseguir, han llevado a cabo la tarea de comprimir y explicar en una dimensión media lo que los historiadores han escrito sobre la historia de España entre las fechas tópicas de 1808 y 1874.

La política se convierte en el hilo conductor de la historia, aunque no consideran la historia política como un elemento autónomo, sino la «*dimensión más conveniente para integrar las piezas explicativas del devenir histórico, en una especie de resultante cuyos vectores proceden también del mundo de la economía, de la cultura o de la sociedad*».

Si bien la historiografía ha fijado, más o menos, las divisiones en la historia política, los autores han dado su interpretación personal de cada uno de los períodos cronológicos: *Ruptura y continuidad en la definición del Estado Liberal (1808-1843)*, *La construcción del Estado Liberal (1840-1866)* y *La construcción del Estado Democrático (1868-1874)*. A través de la política se van engarzando otros aspectos, especialmente los de carácter económico. *Los límites de la sociedad abierta* corresponde a otra parte autónoma que engloba la demografía, la sociedad y la cultura.

El libro, a través de sus más de seiscientas páginas, va conduciendo al lector a una idea clave: la difícil organización y construcción de un régimen liberal (entendido de una manera amplia y no sólo como un sistema político) en un país, como España, aquejado de numerosos frenos. Entre otros: Las condiciones geográficas que dificultan enormemente una red de comunicaciones eficaces que permitieran la integración de mercado y, en definitiva, la creación de una economía liberal. El peso de la historia, que se manifestaba en una configuración social poco adecuada para el liberalismo. Las mentalidades estancadas no sólo a las masas de población, al margen de la cultura escrita y bastantes ajenas al sistema político, sino incluso

a sectores ilustrados. Un ejemplo de esto último que se analiza en este libro es el atraso de la separación de la filosofía -como un sistema escolástico del saber, que agrupa jerárquicamente todo el conocimiento- y las ciencias experimentales en la enseñanza. Esta separación se había realizado ya en la mayor parte de Europa Occidental.

Una de las grandes virtudes de *Historia de España. Siglo XIX* es hacer ver cómo la acción política fue decisiva para configurar el sistema liberal, aunque imperfecto, y fue insuficiente para construir un estado democrático. En nuestro país, comparado con otros países europeos que disfrutaron de mejores condiciones geográficas y socioculturales, el Estado tuvo que hacer un esfuerzo adicional. Unas veces, con actos positivos. En este último sentido, el tratamiento que dan los autores al sistema de comunicaciones resulta muy bien estructurado, con una dimensión adecuada y muy claro en sus conclusiones. Otras veces, en lucha con sectores contrarios, cuyos más claros ejemplos son los seguidores de Fernando VII y el carlismo, que o condujeron a la ruptura del sistema o lo desgastaron.

En definitiva, los excesivos lastres que hubo que dejar en el camino, las adversas condiciones naturales, la arcaica estructura social, el atraso económico y cultural, así como las propias disputas internas y los vaivenes de las fuerzas liberales impidieron que, al terminar el período que estudia este libro, en 1874, el sistema liberal, que hubo de sufrir largas rupturas y un breve ensayo democrático, estuviera plenamente consolidado.

Uno de los muchos puntos positivos de este libro es que, sin renunciar a los relatos de otras síntesis, se han incorporado las aportaciones de la gran mayoría de los estudios monográficos aparecidos en los últimos años, con lo que no sólo actualizan muchos de los conocimientos, sino que, en ocasiones, aportan nuevas interpretaciones y siempre enriquecen lo que ya se sabía.

Estas aportaciones son especialmente interesantes, atractivas y, con frecuencia, nuevas en una obra de este tipo, en la parte que los autores denominan *Los límites de la sociedad abierta*. El capítulo correspondiente a la cultura tiene contribuciones sugestivas, como «los espacios de sociabilidad cultural» o el estudio de las bibliotecas particulares, normalmente no incluidos en un manual.

Con todos los riesgos de los juicios del tipo «yo que usted, hubiera hecho...», me permito señalar algunos desequilibrios que me ha parecido observar.

La propia especialización de los autores y, justo es decirlo, la casi ausencia de monografías sobre la sociedad rural hace que, en realidad, los capítulos específicos sobre la sociedad sean una buena síntesis sobre el mundo urbano. Aproximadamente, se dedican treinta y cuatro páginas a los habitantes de las ciudades, frente a sólo dos páginas sobre la sociedad agraria. Si se tiene en cuenta que la población urbana de los primeros tres cuartos del siglo XIX no sobrepasa en mucho el 10 por 100 del total nacional, ni siquiera se han invertido los términos.

Como alguien ha señalado, las enciclopedias se hacen de enciclopedias y los libros de libros. Los autores, además de actualizar y dar nuevas interpretaciones, acumulan los conocimientos desde los libros clásicos del propio siglo XIX, recogidos a su vez por la mayoría de los manuales usuales de los que en parte son deudores, con sus aciertos y a veces arrastrando ciertos defectos. Así, por ejemplo, el tratamiento de dos períodos como son el decenio 1823-1833 y la regencia de Espartero son más la historia de sus respectivas oposiciones y subsiguientes represiones que la propia evolución política a veces difícil de entender.

En el capítulo referido a la cultura aparecen dos mundos. Uno, Madrid y otro, Cataluña, Euskal Herria y Galicia con su epígrafe correspondiente por cada región. Respecto al primero, los autores, excelentes conocedores del Madrid del XIX, realizan un buen estudio. En todo caso, no se puede hacer pasar por una visión general de la cultura española, puesto que tratan desequilibradamente la cultura en la capital con respecto al resto de España, que prácticamente no aparece y, si aparece, es en referencia y como extensión de la vida cultural de Madrid. Las tres regiones estudiadas específicamente tampoco reflejan adecuadamente la propia vida cultural de las mismas, mucho más entroncadas por esos años en el conjunto de la vida cultural española. Se trata, en mi opinión, de un anacronismo, teniendo en cuenta que estamos en el período 1808-1874.

A diferencia de la sociedad, integrada convenientemente con los aspectos demográficos y culturales, la economía se analiza por períodos cronológicos marcados por los cambios políticos. Esta división, dado el carácter de manual de este libro, la lleva a una visión confusa de la evolución económica. Como ya he dicho, la intención inicial de vincular evolución política y económica es acertada. Como lo sería la de imbricar los dos anteriores aspectos con la sociedad o el

pensamiento. Pero la misma razón de claridad expositiva que llevó a tratar en capítulo aparte los dos últimos, debería primar en la economía. Además, hurta una visión general de la economía y de muchos de sus sectores. Los años finales del reinado de Fernando VII, en los que se observa una evolución económica distinta de la política no quedan claros. El epígrafe sobre la desamortización y la desvinculación señorial -situadas en el libro entre 1837 y 1840- no trata adecuadamente todo lo ocurrido desde finales del siglo XVII hasta 1837, que se ha visto sólo en parte en las páginas 71 a 73 y 132 Y 133 y, por el contrario, se ven obligados a señalar en este apartado sus consecuencias hasta bien avanzado el siglo XIX, sin que vuelva a tener un tratamiento específico, salvo un par de páginas en el epígrafe sobre la economía entre 1854 y 1858. Dos capítulos, situados en la parte cronológica que abarca los años 1843 a 1868, recogen la mayor parte de los aspectos económicos: comercio, agricultura, industria, comunicaciones, etc. Los autores hablan de los años anteriores a 1843 y 1868, sin los cuales sería difícil ver la evolución económica. En todo caso, el lector, sobre todo si no conoce bien el proceso histórico, puede acabar con una cierta confusión.

Si el uso del «Siglo XIX» fuese una marca registrada y hubiera que pagar por utilizarla, probablemente se hubiese incluido en la portada las fechas 1808-1875, que es el período estudiado, para abonar sólo el 75 por 100. Aunque posiblemente el título, que nos remite a todo el siglo, se deba más a los editores que a los autores, debería dejar claro el período realmente analizado.

Una última observación que afecta, en este caso con seguridad, a los editores y no a los autores. Destinado este libro a manual de obligada consulta para profesores de enseñanza universitaria y media, y dado que la mayor parte de los que formamos estos cuerpos docentes, por circunstancias de todos conocidas, nos situamos entre los cuarenta y cincuenta años, momento en el que suele aparecer la llamada presbicia o vista cansada, hubiera sido de agradecer un tipo de letra algo mayor.

En suma, un libro en el que predominan abrumadoramente los aciertos sobre los defectos que, en todo caso, se refieren a aspectos discutibles. Sin duda, se trata de uno de los principales libros sobre historia de España publicados en 1994 que, además de servir como

manual de referencia para historiadores, está escrito para ser leído por un público amplio.

Germán Rueda

PAN-MONTOJO, JUAN: *La bodega del mundo. La vid y el vino en España (1800-1936)*, Alianza, Madrid, 1994, 425 pp.

La capacidad de imaginación de los latinos está bien acreditada y los hispánicos no se quedan atrás. Sobre las posibilidades económicas de España en la época contemporánea se han tejido algunas ilusiones que son definitorias en este sentido. Gracias a la buena coyuntura de la guerra de Crimea, los cerealistas de la Meseta albergaron la esperanza de sustituir a Rusia como «granero de Europa» y contra esa ilusión bien infundada todavía se batía, cual Quijote contra molinos de viento, Flores de Lemus en 1926 en su magistral artículo sobre «una dirección fundamental de la agricultura española». y por otro lance histórico asimismo excepcional, como fue la invasión por la filoxera del viñedo francés antes de recalar en los sarmientos de las vides ibéricas, algunos españoles aspiraron a convertirse en «bodega del mundo», en sustitución del poderoso vecino galo. La verdad es que a punto estuvieron de conseguirlo en las décadas finales del siglo pasado, para tener que contentarse con compartir esta primacía muy pronto, no sólo con Francia e Italia, sino con los nuevos países productores hoy tan reputados como Estados Unidos (California), Chile, Sudáfrica o Australia. Había, y hay, varias «bodegas del mundo», de las que una fue, y es, la española que, entre otras razones, ya tiene su sola justificación en nuestra propia propensión de atizar el gacznate con este producto bíblico, que es el vino. Este libro de Pan-Montojo aborda la historia de la viticultura española en su período más expansivo y brillante, el que se extiende desde las primeras medidas de la revolución liberal que abren paso a una etapa expansiva (años 1840 a 1860), hasta la primera regulación moderna del sector a través del Estatuto del Vino de 1932, que trató de servir de horma para una actividad que había vivido una «edad de oro» tan febril en los años 1880-90, como lenta y demorada fue la convalecencia subsiguiente. De la trilogía mediterránea, el trigo (y, en general, el sector cereal) y el aceite han merecido numerosos y completos estudios por parte del Grupo de Estudios de His-

toria Rural, pero no así el vino, para el que disponíamos, sin embargo, de la investigación pionera de Teresa Carnero, aparte otras contribuciones más regionales.

Los contenidos del libro tienen, pues, pilares firmes sobre los que levantar su propio edificio. La fase más relevante del viñedo español, como fue la «coyuntura excepcional» de convertirse, a partir de 1882, en un proveedor casi exclusivo del principal mercado mundial, que era el francés, ya se conocía bastante bien. Y lo mismo se puede decir de algún subsector vinatero como era el *sherry* y su colocación en el mercado inglés. Pero ello no resta méritos ni valor a esta nueva contribución que, además, contiene aportaciones originales importantes e integra en una visión de conjunto toda la evolución del sector vitícola en un período largo y significativo, ya que conviene recordar que el vino fue durante muchos el primer producto de exportación español (alrededor del 30 por 100) en una economía caracterizada por su especialización en exportar materias primas.

Los dos elementos más innovadores del libro son, a mi juicio, aquellos que se refieren a la política comercial del sector, siguiendo sus ventajas y dificultades especialmente en el mercado exterior, y, en segundo lugar, los que analizan la acción del Estado respecto de la viticultura. En ambos emerge una solución parecida: hay más de improvisación, de aprovechamiento de la coyuntura, que de verdadera planificación. Pero los resultados no son, sin embargo, despreciables. De la experiencia de haber inundado el mercado francés de vino común español quedó una importante cuota de exportación a otros países europeos, aun después del cierre arancelario francés de 1892, que resulta muy superior a la existente antes de la expansión iniciada en los años setenta. Y de la necesidad de acometer lo que el autor denomina un «repliegue» hacia el interior se derivaron algunas ventajas: la consolidación de zonas vitícolas más especializadas, el aumento del consumo interno y la toma de conciencia a favor de una regulación efectiva del sector, que pudiera evitar el fraude, reforzara la calidad de los caldos españoles y abriera el camino hacia una mercantilización de los vinos de marca. El hecho de que las más importantes bodegas, especialmente riojanas, hayan labrado su prestigio durante estos años y modernizado sus procedimientos técnicos da idea de que no todo fue tiempo perdido.

La acción del Estado, como en el conjunto de la política agraria española, fue menor de la esperada. Algunas estaciones enológicas

Noticias

(Haro, Toro) y el fomento de «granjas agrícolas» fueron piezas singulares de un proceso desigual. La reconstrucción de los viñedos abatidos por la filoxera descansó más en el empuje de propietarios o de sindicatos agrícolas que en una política precisa de apoyo a través de créditos o de investigación sobre injertos y nuevas cepas. La productividad de las vides se mantuvo estancada hasta los años treinta. El balance final, con todo, resulta claramente positivo, a pesar de que, desde fines del XIX, la viticultura «ya no determinaba las relaciones económicas internacionales» de España. Porque su integración más estrecha dentro de la economía interior, en el marco de la llamada «vía nacionalista del capitalismo español», contribuyó a transformar el sector primario español, incorporándose el vino, en una posición intermedia entre el trigo, el aceite y los cultivos de la «nueva agricultura» (cítricos, remolacha...), en el proceso general de modernización de la agricultura española durante el primer tercio del siglo actual. Pues tampoco aquí se puede hablar de inmovilismo.

Este es un libro, pues, que desde una perspectiva distinta viene a completar esa pléyade de estudios que en la última década se han realizado sobre la agricultura española en una época fundamental. Se ocupa menos de aspectos cuantitativos o de analizar las estructuras productivas, que de las políticas seguidas. Pero ello no le resta méritos, a los que cabría añadir además que es un libro que está bien escrito. Si, como decía Montaigne, lo único que puede embalsamar las ideas es el estilo, en la liberatura historiográfica hay menos obras de las necesarias que resistan el paso del tiempo. Tengo la certeza de que ésta tiene posibilidades de lograrlo. Pero el estilo no lo es todo y convendrá también reparar en algunos de sus contenidos.

Ramón Villares

TOWNSON, NIGEL (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Alianza Universidad, Madrid, 1994.

Mostrar los resultados de la tarea historiográfica de recuperación del republicanismo como objeto de estudio, es una de las aspiraciones de la obra colectiva editada por el joven historiador británico Nigel Townson. Silenciados por el bando victorioso en la Guerra Civil y orillados por la generación de historiadores que desde finales de los años sesenta centró su trabajo en los avatares del movimiento obrero

(entendiendo por tal el explícitamente autodefinido en términos clasistas), las organizaciones y líderes republicanos, así como toda una cultura política urdida a su alrededor, han sido tardíamente rescatados como sujeto de la historia contemporánea española en la segunda mitad de la década de 1980. Paradójicamente, a medida que se ha ido consolidando la democracia en nuestro país y confirmando la plena exclusión del republicanismo como fuerza electoral, se ha asistido a una reivindicación desde ángulos muy diferentes de las figuras republicanas. La competencia por el centro político parece haber tenido este inesperado efecto, que en cualquier caso viene a remediar un olvido más que desafortunado desde el punto de vista historiográfico.

Las 453 páginas de *El republicanismo en España* ofrecen una imagen completa de las virtudes y carencias del trabajo efectuado hasta la fecha y reúnen las firmas de los principales participantes en el empeño, agrupadas en cuatro secciones.

La primera está dedicada al siglo XIX. La abre Demetrio Castro, que elabora el cuadro general del republicanismo hasta 1868, rastreando sus orígenes hasta la constitución del Partido Demócrata en 1840 y presentando la evolución de éste a lo largo del resto del reinado de Isabel II: un trabajo de conjunto basado en la prensa y en la literatura política coetánea, en el que adquieren lógicamente gran peso los avatares organizativos, los elementos doctrinales y las pugnas de los reducidos círculos rectores de los demócratas. A los claros y sobrios capítulos de Castro sigue la aportación de Esteban Navarro sobre el Sexenio, que viene a ser un capítulo de manual más que un estado de la cuestión o una propuesta interpretativa: no contiene referencias bibliográficas ni alude a las grandes polémicas de la historiografía sobre la revolución democrática y despacha con una escueta mención el fenómeno del cantonalismo. La escasa ambición de este capítulo es tanto más lamentable por cuanto que, como el propio Esteban recuerda, el fracaso de la I República marcaría profundamente la evolución ulterior del movimiento republicano en nuestro país. La primera sección del libro se cierra con un trabajo de Dardé sobre el período de la Restauración, que constituye una brillante síntesis de los estudios de historia política de los partidos republicanos en el último cuarto de siglo.

El siglo XX está cubierto por cuatro artículos. Suárez Cortina estudia las transformaciones del republicanismo en el primer tercio de

siglo, tarea muy centrada en la evolución de las diferentes organizaciones y sus estrategias, lo que no obsta para que abra diferentes vías de aproximación al significado del republicanismo como movimiento social. Santos Juliá aborda por su parte la experiencia de poder de la izquierda republicana en el primer bienio republicano, mediante un texto sugerente en el que se resumen sus estudios sobre el significado y papel político de Azaña y su entorno político incidiendo en las razones de su fracaso a la hora de crear consenso alrededor del régimen democrático. En tercer lugar Nigel Townson analiza el predominio del Partido Radical en el período 1933-1935, con particular énfasis en la consideración de las razones de su alianza con la CEDA y del coste que ésta tuvo para su proyecto centrista. Por último Alicia Alted lleva a cabo la crónica del republicanismo en el exilio, una sintética reconstrucción de nombres, fechas y organizaciones, que ponen de manifiesto la subordinación y debilidad política del republicanismo entre los círculos de oposición exteriores.

La tercera parte de la obra está dedicada al republicanismo como «mundo mental» y a su «articulación social». Alvarez Junco la inaugura con su disección de la cultura republicana en el entorno de 1900, un trabajo que pone una vez más de manifiesto la brillante capacidad de su autor como analista del discurso político y también, desde mi perspectiva, su tendencia a desmesurar el peso de éste en la suerte de los movimientos sociales y las organizaciones partidistas. Más cauta en este sentido es la aportación de Robles Egea, que bajo el título de «Republicanismo y horizonte europeo» acomete un interesante estudio del sustrato común de los diversos republicanismos en las dos primeras décadas del siglo XX. Por último, Montero Hernández aborda los acontecimientos que condujeron a la proclamación de la república en 1931, desde la significativa óptica del giro republicano de las organizaciones profesionales durante los dos últimos años de la monarquía de Alfonso XIII. Quizá quepa preguntarse si este trabajo no habría tenido más sentido en la primera sección, en la medida en que hace referencia a un giro político coyuntural de la opinión pública, más útil para la comprensión del tránsito hacia la II República que para el acercamiento a la mentalidad o la articulación social republicana.

La cuarta y última sección de *El republicanismo en España*, «Tradiciones y variedades locales», reúne tres trabajos de alcance muy distinto. El primero es el de Pere Gabriel sobre el republicanismo cata-

lán del XIX, en el que se sintetizan los grandes rasgos de su organización política, sus tácticas y sus bases sociales. El segundo tiene un carácter mucho más restringido: Pamela Radcliff presenta un sugerente análisis del republicanismo gijonés alrededor de 1900, en el que trata de desvelar las causas de la asimetría entre su escaso peso en las instituciones políticas y su elevada influencia en la cultura política de la ciudad. Por último, Ramiro Reig ofrece una apretada síntesis del que ha constituido una de sus principales líneas de investigación: el blasquismo valenciano.

De este repaso pormenorizado se desprende la heterogeneidad de los componentes del libro, rasgo casi inevitable en cualquier trabajo colectivo, pero aún mayor en uno que pretende «poner a disposición del lector de una forma accesible una muestra representativa de [la] investigación reciente sobre una serie de temas que en definitiva abarcan toda la historia del republicanismo en España», como señala Townson en la introducción. El objetivo queda a mi entender cumplido. El libro ofrece esa muestra representativa y refleja la brillantez de muchos de sus elementos. También traduce las amplias lagunas que tiene la historiografía actual del republicanismo. El desequilibrio historiográfico entre diferentes períodos resulta evidente y perjudica de manera notable al siglo XIX. El Sexenio aguarda todavía la confección de una visión de conjunto, que trate de desvelar las claves de la «revolución democrática». No se ha iniciado el estudio de la articulación social del republicanismo, una labor que supera con creces la mera identificación socioprofesional de sus componentes, y que puede aportar elementos muy novedosos a nuestra comprensión de sus formas y mudanzas, pero asimismo a la construcción de la historia de la burguesía y las clases medias hispanas. Son escasos los avances en el ámbito de la historia del pensamiento económico y social republicano. Estos y otros vacíos no son por supuesto responsabilidad de Nigel Townson ni de los restantes autores. Tampoco desde luego una carencia de la obra reseñada, un texto básico para cuantos quieran acercarse a la historia del republicanismo español.

Juan Pan-Montojo

CABRERA, MERCEDES: *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti* (1869-1951), Alianza Editorial, Madrid, 1994, 302 pp.

Mercedes Cabrera ha acertado en traducir a una biografía anteriores trabajos dispersos, y sobre todo unas líneas de investigación que desembocan lógicamente en una narración integrada de los trabajos y los días de un empresario renovador tan emblemático como el fundador de La Papelera Española, *El Sol*, la editorial Calpe, etc. En la Revista *Estudios de Historia Social* (núms. 23-24, 1983) la autora presentaba el trabajo de un grupo (Elorza, Cruz, Carrasco) que había organizado el archivo y los escritos de Urgoiti; más recientemente Cabrera publicaba un par de artículos sobre el personaje en *Papeles de Economía Española* (1989 y 1990), Y ahora añade la utilización de otras fuentes como la propia autobiografía esbozada por el empresario, las actas del Consejo de Administración de La Papelera Española..., y sobre todo la voluntad de aventurarse en el terreno, siempre diferente, de la biografía.

El método consiste en dejar hablar a Nicolás María de Urgoiti, y en escuchar las informaciones y los problemas que reflejan los múltiples Consejos de Administración de los que fue director o miembro, en un contexto que la autora conoce muy bien cronológicamente, pues la actividad pública del biografiado se abre en 1901, con la fusión de fábricas papeleras que da lugar a La Papelera Española, y se cierra en 1931, cuando vende las acciones de *El Sol*, abandona el periódico y se sumerge en una crisis psiquiátrica que lo depositará en un sanatorio a orillas del lago Constanza hasta 1939; un primer tercio del siglo XX, en el que se han centrado las investigaciones anteriores de Mercedes Cabrera, orientadas además al mundo de la patronal y de los empresarios, a la historia política y a la historia de la prensa, y naturalmente reunidas en la persona de Urgoiti, empresario, fundador de periódicos y de editoriales, preocupado siempre por la marcha de los asuntos públicos y ocasionalmente actor político.

En el texto se destaca más su dimensión de empresario modernizador, aspecto el más complejo por cuanto a Urgoiti como productor de papel le interesa bajar los precios -la concentración de la industria papelera es simultánea a la de Altos Hornos (1901)-, proteger los precios del papel mediante la defensa arancelaria y ampliar el mercado interno de consumo de papel, especialmente para la prensa;

este último aspecto le lleva a ser un promotor de la defensa del moderno periodismo de empresa, ya que si la nueva prensa apoya sus ingresos en publicidad y en incremento del número de lectores puede reducir el peso contable del gasto en papel.

Esta dinámica le lleva a fundar *El Sol* en 1917, representante de una burguesía empresarial moderna, en torno a la cual giran intelectuales tan preocupados por la modernización política de España (Ortega) como asustados por la crisis social y política nacional, que se despliega en los primeros años de la existencia del periódico. A partir de aquí los intereses de Urgoiti, esto es, de La Papelera Española, como productor de papel, chocan con sus propios intereses como consumidor desde *El Solo* desde Calpe, lo cual hace que desde 1925 se dedique más al periódico y abandone más la empresa.

El papel de *El Sol* ha sido más estudiado y la actividad política de Urgoiti se reduce a una breve militancia en la Agrupación al Servicio de la República en 1931, ya una ocasional comparecencia como candidato electoral por las mismas fechas en Guipúzcoa en un bloque de republicanos, socialistas y Acción Nacionalista Vasca.

La intención de la biografía consiste en integrar simultáneamente las dimensiones empresarial, periodística, política y personal de Urgoiti, y de aquí provienen tanto sus dificultades como sus méritos, procurándose en todo momento introducir las suficientes dosis de biografía personal: viajes, gustos y aficiones, vacaciones, visitas y conversaciones con Alfonso XIII, vida familiar, anécdotas que son más que anécdotas (el duelo con Miguel Moya), etc., a un personaje representativo que va resultando progresivamente atractivo para la autora.

Carlos Forcadell Alvarez

PÉREZ PICAZO, M. T., Y LEMEUNIER, G.: *L'Espagne au xx siècle*, Armand Colin, París, 1994, 192 pp.

Uno de los problemas más recurrentes de la historiografía española ha sido, hasta épocas recientes, su dificultad para hacerse oír más allá de sus fronteras. El asunto no está todavía resuelto de modo satisfactorio, pero quizás estemos ya en el buen camino. Esto se nota en la participación en reuniones científicas o en las preferencias de revistas especializadas. Y también en la aparición de introducciones

o visiones generales de la historia española que no sean obra exclusiva de hispanistas (entre los que hay, sin duda, contribuciones excepcionales). A este tipo de obra responde este curso introductorio a la historia española del siglo XX que han redactado Pérez Picazo y Lemeunier para la conocida colección «Cursus» del sello editorial parisino Colino. El interés y la novedad de este libro está más en lo que supone de actualización de contenidos y enfoques, con vistas a su lectura por parte de estudiantes franceses de historia y cultura españolas, que no en la presentación de resultados originales de investigación. No podría ser de otro modo, dado que es preciso combinar interpretación con una información muy general sobre aspectos tan genéricos como la vida cultural, los gustos, los conflictos políticos o los cambios económicos.

De todas formas, hay algunos cambios significativos respecto de otros libros, pertenecientes a esta misma especie, y que generalmente estaban sólo asentados sobre la historia política y cultural. En éste, en cambio, las transformaciones demográficas, los cambios del sector agrario o de la estructura industrial y la política económica reciben una atención suficiente y se apoyan en datos estadísticos puestos al día. Por otra parte, hay un esfuerzo también notable por ofrecer una visión equilibrada de la historia española del siglo actual, concebida como «crisis» en la vieja tradición historiográfica del exilio, y repleta de confrontaciones, en una prefiguración, de lo que Hobsbawm, con un carácter más general, acaba de bautizar como la «era de los extremos». Por supuesto, la historia de España no se libra de esta calificación.

La visión que se pretende dar de España deriva, pues, de una doble tensión. De la de dar cuenta del carácter específico de su evolución en este siglo, con lastres profundos procedentes de la naturaleza de la revolución liberal y con un déficit evidente de democratización y de consenso político, lo que desemboca fácilmente en calificar el caso español como una «vía especial» y diferente de la historia española, tentación a la que los autores no siempre sucumben. Y, en segundo lugar, hay una voluntad explícita de integrar la peripecia de la España del siglo XX en un contexto general europeo, más logrado de lo que inicialmente se confiesa. Este es el esfuerzo que me parece más meritorio.

El resultado general no siempre es convincente. La vida política, especialmente en la llamada, con evidente exceso, «agonía de la Res-

tauración», queda muy en penumbra, así como la evaluación del profundo giro que supuso la crisis de 1898 y la entrada en la «vía nacionalista» del capitalismo español que es, quizás, lo que más nos diferencia del entorno europeo. Pero, en cambio, está bien tratada la época franquista e, incluso, los años de la transición y del decenio socialista, aunque de la España autonómica que caracteriza el posfranquismo apenas se insinúan más que algunos perfiles.

Ramón Villares

GIL PECHARROMÁN, JULIO: *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Eudema, Madrid, 1994, 294 pp.

En el curso de alguno de los debates durante el último Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea se suscitó la discusión en torno a la oportunidad o no de pasar la página de la historia del movimiento obrero, eje dominante -no único, por supuesto- de la historiografía española en su *paradigma* contemporáneo como historia social. Sin ánimo de mediar en la polémica, en un país de débil tradición historiográfica como el nuestro, por lo menos en relación a los de nuestro entorno europeo, posiblemente ninguno de los capítulos esté tan completo como para permitirnos el lujo de concluirlo. Sin renunciar, por tanto, a profundizar todavía más *desde abajo*, la reciente revisión de la historia social y la revalorización de la historia política, entre otros factores, parecen haber avivado el interés del historiador por los estratos dominantes de la pirámide social en sus diferentes vertientes. Considerando que la mayor parte de nuestra historia contemporánea se desarrolla en el marco de formas liberales y predemocráticas de gestión del poder, el déficit en el conocimiento de la fisiología socioeconómica e ideológica, así como de los mecanismos de acción y organización política de la clase dominante, coincidente o no con el bloque de poder, justifica y avala todo interés por el tema como una necesidad. El riesgo es considerar esto como una alternativa a la historia obrera. El reto: integrar dialécticamente ambas vertientes que no pueden ser exclusivas, sino complementarias en la labor de comprensión de los procesos históricos.

Este ámbito de investigación se está mostrando especialmente fecundo en su faceta política, concretamente en lo referente al análisis

de la derecha. En esta línea, que ha dado sus frutos más recientes en los trabajos de Tusell, Avilés Farrés, Del Rey Reguillo o Preston, se inscribe el trabajo que reseñamos. La deuda de este tipo de estudios con otras historiografías, especialmente con la francesa, es innegable. Así lo reconoce Gil Pecharromán que arranca de la conceptualización remondiana de las tres grandes familias de la derecha decimonónica: tradicionalismo, conservadurismo y nacionalismo autoritario. El interés del autor se centra, sin embargo, en la gestación, evolución y actuación en el primer tercio del siglo XX español de los diversos grupos monárquicos alfonsinos, sector más dinámico de lo que define como Nueva Derecha. Este término aúna genéricamente tres fórmulas políticas: el neoconservadurismo autoritario, el catolicismo social y a la derecha radical, evolucionadas a partir del paulatino deslizamiento de la derecha clásica hacia concepciones de corte autoritario y de un nacionalismo exaltado. Gil Pecharromán nos propone, por tanto, la disección de la versión española de un fenómeno político característico de la crisis del parlamentarismo liberal en el primer tercio del siglo XX en toda Europa.

En un trabajo bien documentado, denso, prolijo y meticuloso Gil Pecharromán nos conduce por la genealogía política de las diferentes familias del derechismo alfonsino desde el maurismo hasta la contienda civil.

La estructura interna del trabajo es susceptible de organizarse en cinco grandes bloques que no corresponden exactamente a los capítulos: *a)* Los precedentes de la Nueva Derecha: los frustrados intentos del maurismo por crear un partido de masas capaz de abordar la revolución desde arriba y modernizar la estructura política del país. En las entrañas del proyecto maurista y en su sector más antiliberal y *moderno* operativa y organizativamente, las Juventudes, se perfilan ya los diversos grupos y tendencias de la derecha que van a protagonizar los posteriores acontecimientos; *b)* La derecha del régimen: la dictadura primorriverista y su intención de aglutinar a la derecha tras la bandera de la Unión Patriótica implican el acta de defunción de la derecha turnista, maurismo incluido, muy residualizados a partir de entonces. Y lo que es más importante, la experiencia upeísta consigue, a pesar de su fracaso, la desvinculación de la derecha alfonsina respecto al parlamentarismo restauracionista; *e)* Reorganización y opción subversiva frente a la República: abierto el telón republicano nos encontramos con los esfuerzos de coordina-

ción y organización de una derecha fraccionada y debilitada en los estertores de la dictadura. Parte de ella se exilia ocupándose en labores conspiratorias. En el interior Acción Nacional, el Círculo Monárquico Independiente, Acción Española o la Unión Patriótica Nacional son algunos exponentes de la reestructuración de la derecha alfonsina. El fracaso del intento de golpe de Estado de 1932 reconduce la estrategia de la derecha alfonsina hacia su afianzamiento en la legalidad republicana, al objeto de proporcionar una base sociopolítica a la subversión cuando ésta fuera posible; *d)* El paréntesis legal: Renovación Española es la primera expresión de esta nueva orientación. Sus relaciones con el fascismo y las tentaciones fascistas de la propia organización. Su acercamiento y separación de la CEDA, las relaciones entre las diversas tendencias monárquicas, especialmente entre los liberal-conservadores de Renovación Española, la derecha radical de Albiñana y con los tradicionalistas, la incapacidad crónica de articular una coalición estable, y en resumen el progresivo aislamiento de los alfonsinos durante el bienio radical-cedista, definen este período; *e)* Fase final de radicalización extrema: la actuación de la derecha republicana durante el bienio negro, la radicalización autonomista y la social con la revolución de octubre, reafirman ya inequívocamente al alfonsismo en la solución subversiva. La victoria del Frente Popular decide una estrategia parlamentaria abiertamente antirrégimen. Papel reducido en la conspiración del 36, pero fundamental en la escalada de crispación política.

La experiencia republicana que ocupa la mayor parte del volumen marca el punto de censura hacia la radicalización de una derecha parlamentaria y políticamente residual, definida por su posición contrarrevolucionaria y antirrepublicana, cuya única posibilidad legal pasaba por las repetidas veces imposible unidad de acción de las derechas. La otra alternativa, la triunfante, la del golpe de Estado, era ilegal y, a la postre, tampoco sirvió a sus propósitos alfonsinos, aunque satisfizo sus aspiraciones autoritarias.

El libro aporta todos los elementos para la valoración del papel histórico de la Nueva Derecha en la fase crucial de la década de los treinta. Para la valoración de un sector extremo de la derecha cuya fisonomía sociológica y estructura orgánica (exigua base e implantación territorial, control del aparato de dirección por parte de una minoría, falta de democracia interna, techo electoral bajo) los convierte en un epígono de los partidos y las oligarquías restauradoras, en un

remedio de la *vieja política*. De ahí probablemente su marginalidad y la pérdida de terreno ante comportamientos políticos y orgánicos más modernos como los falangistas o los de la propia CEDA.

La intrahistoria de esta amalgama de grupúsculos alfonsinos, de sus relaciones, y de un protagonismo que sólo se explica en el clima de polarización política de la II República, ocupan las páginas del libro hasta completar una decena de capítulos culminados con una bibliografía específica del mayor interés.

En las apenas trescientas páginas en que se despliega el hilo argumental, el autor consigue una cohesión interna en la lógica explicativa de la construcción no sólo orgánica, sino sobre todo ideológica de la derecha española. Y a pesar de que el análisis se detiene en el treinta y seis, Gil Pecharromán evidencia el cordón umbilical que anuda la tradición doctrinal de un sector de la derecha española contextualizando históricamente –es decir, explicando– los elementos de un discurso político que va a trascender y pervivir más allá de aquel año.

Si tuviéramos que concluir con una valoración global del sentido histórico de esta minuciosa reconstrucción del conjunto de teselas que conforman el mosaico de la derecha monárquica desde el radicalismo hasta las opciones más templadas –que, por cierto, no lo eran demasiado– asumiríamos la tesis del propio autor respecto a su fracaso: «Si, a diferencia de lo ocurrido en otros países, los derechistas españoles tuvieron que recurrir al expediente de una sangrienta guerra civil para frenar el avance de una izquierda que llegó a alcanzar el Poder por medios legales fue, entre otras cosas, porque en las primeras décadas del siglo les faltó la fuerza o la decisión para optar entre controlar el desarrollo de un sistema de democracia formal o asumir sin ambages la construcción de un Estado autoritario a través de la instrumentalización política de las masas.»

Francisco Acosta Ramirez

DE LUIS MARTÍN, FRANCISCO: *Cincuenta años de cultura obrera en España, 1890-1940*, Ed. Pablo Iglesias, Madrid, 1994.

El tantas veces evocado «boom» que la historia del movimiento obrero experimentó entre nosotros a finales de los sesenta y durante los años setenta, nos permitió obtener, en relación a la historia del

socialismo español, un conocimiento bastante preciso de su evolución ideológica, de la naturaleza de sus propuestas programáticas, de sus organizaciones y de su implantación. A mediados de los ochenta, como puede advertirse en el volumen editado por Santos Juliá *El socialismo en España* (Pablo Iglesias, 1986), verdadero estado de la cuestión en esas fechas, la historia política y la historia de los debates ideológicos del socialismo español estaba ya, en gran medida, realizada.

Fue por entonces cuando comenzaron a hacerse oír algunas voces que proponían ir un poco más lejos, y avanzar por otros caminos. Se trataba de emprender una historia del socialismo español menos unívoca y más compleja, que entre otros aspectos tuviera en cuenta la dimensión cultural de la lucha obrera, sus prácticas y valores culturales y educativos. Naturalmente, no es casual que estas llamadas a la renovación de la historia del socialismo español coincidieran con otras propuestas que empezaron a menudear en la historiografía española a principios de los años ochenta, en favor de una renovación de la historia social, que del estudio de las organizaciones y las ideologías obreras pasase al estudio de la clase obrera en sí, e incluso al estudio de las clases populares, desde un punto de vista tanto social como cultural.

Como señaló no hace mucho Ileana Guereña (*Historia Social*, núm. 11, 1991), el balance de lo que se ha avanzado en los últimos años en el terreno de la historia sociocultural de las clases populares en España, es bastante positivo, aunque también desigual. Entre otros aspectos, el estudio de las realizaciones culturales y educativas del socialismo español, sobre todo en algunas épocas, sigue siendo un campo en el que aún queda mucho por hacer.

Es en este panorama en el que puede singularizarse el trabajo investigador de Francisco de Luis. Autor de *La cultura socialista en España, 1923-1930* (Universidad de Salamanca, 1993), libro basado en su tesis doctoral, en *Cincuenta años de cultura obrera en España* reúne doce ensayos (inéditos algunos y publicados otros en revistas, libros colectivos y Actas de Coloquios y Congresos) que tienen como hilo conductor la referencia a diversos aspectos de lo que fueron la teoría y la práctica cultural del socialismo español entre 1890 y 1940. Desde una perspectiva esencialmente interdisciplinar, en el libro encontramos estudios sobre iconografía obrera y sublitteraturas que hasta hace poco habrían parecido insólitos en un historiador *a secas*, ca-

pítulos que analizan la influencia de instituciones culturales extranjeras en los socialistas españoles y que entran de lleno en el ámbito de la historia de la educación, análisis más tradicionales de algunas realizaciones culturales socialistas, así como una amplia información sobre las coordenadas teóricas que enmarcan las respuestas obreras a la cultura oficial y sobre las fuentes para estudiarlas.

A través de todos ellos emerge una visión de la historia cultural del socialismo en la que pueden advertirse fases diversas (una época inicial en la que la cuestión cultural y educativa queda disuelta en la estrategia de conquista revolucionaria del poder político; el desarrollo desde finales del XIX de un primer programa de acción educativo y cultural que, sin embargo, durante mucho tiempo ocupa un papel marginal en la vida del partido; en fin, la conversión de la actividad educativa, a partir de la Dictadura, en elemento cardinal de su estrategia y proyecto político), pero también muchas constantes de fondo. En especial, la precariedad de los medios humanos y materiales empleados, la dependencia de modelos extranjeros, la ausencia (hasta la radicalización de un sector del socialismo en la última etapa de la República) de un proyecto educativo genuinamente socialista y su mimetismo respecto de la cultura democrática española, y, en conjunto, una clara desproporción entre deseos y realidades.

Constatar la debilidad histórica del entramado cultural y educativo del socialismo español, como hace el propio Francisco de Luis, no es, sin embargo, algo que reste interés a su esfuerzo por rescatar del olvido esta parte, modesta pero en muchos sentidos insoslayable, de nuestra historia contemporánea.

Mariano Esteban de Vega

História de Portugal. Direcção de José Mattoso, Círculo de Leitores-
Estampa, Lisboa, 1993.

La *História de Portugal* dirigida por el medievalista José Mattoso ha constituido en los últimos meses un verdadero acontecimiento en el panorama cultural portugués. Avalada por el gran prestigio de su director y respaldada editorialmente por una conocida multinacional, esta nueva «Historia de Portugal» ha disfrutado de un notable éxito editorial y, en poco tiempo, ha pasado a ser una obra de referencia indispensable para el conocimiento de muchas épocas de su pasado.

El caso portugués muestra bien a las claras cómo las historias generales son un fruto que en cada país madura muy especialmente en momentos que podrían definirse como de refundación nacional. En efecto, tras la publicación en 1973 de la analítica y renovadora *História de Portugal* de Oliveira Marques (traducción española en FCE, 1983) Ya partir del 25 de abril, el género ha conocido una notable floración. Es en esta perspectiva en la que deben situarse las reediciones del clásico *Portugal contemporâneo* de Oliveira Martins (1881) y la aparición, entre otras, de la *lhistória de Portugal* de .Tosé Hermano Saraiva (1983); de la vastísima y aún inacabada *História de Portugal* del Presidente de la Academia de la Historia .Toaquim Veríssimo Serrão (1984-1986); del *Dicionário enciclopédico de História de Portugal* de Alfa (1985-1990); del *Portugal contemporâneo*, coordinado por António Reis (1989-1990); de la *Histórica contemporânea de Portugal* dirigida por João Medina (1990); de la reciente *Nova História de Portugal* dirigida por .Toel Serrao y Oliveira Marques (1991); del *Dicionário de História de Portugal* dirigido por el propio .Toel Serrao 1992), y de esta *História de Portugal. Direcção de José Mattoso*.

Aunque no es posible en esta breve reseña dar cuenta detallada del contenido de los volúmenes que en esta obra se dedican a la l-historia contemporánea portuguesa [(V. *O Liberalismo (1807-1890)*, coordinado por Luis Reis Torgal y João Lourenço Roque; VI. *A Segunda Fundação (1890-1926)*, coordinado por Rui Ramos, y VII. *O Estado Novo (1926-1974)*, coordinado por Fernando Rosas], sí merece ser destacado el magnífico tono general de los mismos, expresión del auge que el contemporaneísmo ha adquirido en el Portugal democrático, así como el acierto de los diferentes coordinadores en encontrar un justo punto de equilibrio entre lo erudito o profesional y lo divulgativo, y en conseguir, por ello, que esta Historia sea a la vez accesible y rigurosa.

Especialmente, el volumen coordinado por Torgal y Roque constituye un magnífico y bien informado estado de la cuestión sobre el período que transcurre entre, por un lado, las invasiones francesas y la subsiguiente afirmación tanto de un «nacionalismo» portugués como de las nuevas ideas liberales y, de otra parte, la «crisis de conciencia» y de «régimen» que parece anunciarse en 1890 y que es también el principio del largo proceso de desmantelamiento del vasto imperio colonial portugués. Aunque el elevado número de colaborado-

res de este volumen (procedentes todos ellos de la Universidad de Coimbra) plantea algunos inconvenientes, se trata de una obra que conjuga perfectamente la historia política, más o menos tradicional, que ocupa la primera parte del trabajo, y los análisis estructurales y coyunturales de tipo político e institucional, pero también económico, social y cultural, a los que se dedican los capítulos siguientes.

En este mismo volumen, las páginas dedicadas a la vida cotidiana y a la sociabilidad religiosa o profana, y muy especialmente las que Fernando Catroga dedica a la historia cultural (las relaciones entre romanticismo e historia, las actitudes ante la muerte, la secularización de los cementerios, las conmemoraciones cívicas...), no tienen equivalencia en obras de este tipo elaboradas por historiadores españoles, y testimonian con bastante claridad hasta qué punto resulta inexplicable el desconocimiento que gran parte de la historiografía portuguesa sufre en nuestro país.

Mariano Esteban de Vega

RUEDA, GEHMÁN: *La emigración contemporánea de españoles a Estados Unidos. 1820-1950. De «Dons» a «Misten»;»*, Mapfre, Madrid, 1993, 368 pp.

La editorial Mapfre, en su colección «España y Estados Unidos», ha tenido el acierto de publicar un ambicioso estudio, de la autoría de Germán Rueda, que abarca prácticamente toda la historia de la emigración de los españoles a Estados Unidos, puesto que los límites cronológicos (1820-1950) que el autor se marca se corresponden con los que delimitan el período en el que el fenómeno migratorio conoce sus momentos de mayor pujanza.

El autor inicia su aproximación a la cuestión con un capítulo introductorio en el que recoge los hechos esenciales que se sitúan en la etapa precedente: glosa, así, la historia de los núcleos de población española que todavía subsisten antes de la década de 1820, deteniéndose en el examen de los que se encuentran en los antiguos territorios mexicanos (California, Tejas, etc.), en La Luisiana y La Florida, y repara asimismo en el interesante grupo de sefardíes que comenzaron a llegar a Nueva York desde el año 1654, si bien la fase de mayor intensidad de su entrada tuvo lugar en las dos primeras décadas del siglo XX, quienes conservaron su idioma ladino, sus costumbres y su gastronomía.

El estudio de Rueda no es sólo amplio por su dimensión cronológica, sino que también lo es en la vertiente temática, puesto que abarca el conjunto de los aspectos que configuran la realidad global de la emigración española a Estados Unidos. Refiere, de este modo, las causas tanto de atracción como de expulsión, incluyendo el examen del marco legal de ambos países que hace posible y a la vez condiciona el éxodo (en el caso de Norteamérica hubiera estado bien alguna referencia a la legislación anterior a 1903, para ofrecer una visión más completa); con cierta amplitud considera también el modo en que inciden las guerras coloniales españolas, y su rechazo por parte de amplios sectores, sobre el fenómeno de la emigración. Se adentra seguidamente en la compleja cuestión de la cuantificación (se calcula que llegaron a USA unos 250.000 españoles) y su distribución en las distintas fases, su procedencia geográfica y su heterogeneidad interna, en función de las variables de edad, sexo, clase y estado civil. No olvida mencionar tampoco la interesante cuestión del viaje y del retorno. Por lo demás, resulta muy sugestivo el análisis que hace del asentamiento de los emigrantes, constatando un patrón de agrupamiento, en determinados Estados (Nueva York, California, etc.) y en distritos muy concretos de las ciudades, especialmente marcado en la primera generación, pero que muchas veces continúa, en forma atenuada, en la segunda y aun en la posterior y que da origen a un movimiento de repliegue sobre la propia identidad de procedencia, del que sólo se sustrae el segmento mejor preparado de la colectividad (profesionales, intelectuales) que se integra con mucha rapidez en la sociedad americana. En el apartado del trabajo, la riqueza de las fuentes que maneja le permiten detallar con mucha precisión los distintos sectores sociolaborales, tomando en consideración la cualificación profesional y la actividad laboral desempeñada en España antes de la partida. Como fruto de esta actividad, las remesas que pudieron enviar a España supusieron una aportación muy cuantiosa que no es posible cuantificar con precisión, a pesar de lo cual el autor apunta unas enjundiosas consideraciones que permiten hacerse una idea de su importancia.

La obra se cierra con un capítulo dedicado al estudio de los rasgos sociofamiliares, las costumbres, el asociacionismo, la prensa y la problemática de la pervivencia o asimilación de la colectividad española. Las poco más de cuarenta páginas que el autor dedica a cuestiones de tanto fuste no le permiten profundizar demasiado en todas

ellas, pero sí consigue trazar un cuadro general en el que se dibuja con bastante seguridad el perfil de algunas pautas relevantes ya bien precisadas (el grado de escolarización de los emigrantes, que se situaba por encima de la media de su clase de procedencia en la España de la época, la preservación del idioma y de la religión católica, el escalonamiento territorial del asociacionismo que progredió de menor a mayor, la tendencia a la endogamia entre españoles, que muchas veces desciende a nivel microlocal, la preferencia por los candidatos demócratas...). El importante esfuerzo desplegado para dibujar esta panorámica general constituye una base sólida desde la que podrán seguir ahondando futuros estudios monográficos.

Al cabo, el autor organiza toda esta información con arreglo a una estructura lógica impecable y clara que en conjunto consigue transmitirnos un buen conocimiento general de las cuestiones más relevantes. Lo hace además sin redundancias, trazando el perfil de nuestra emigración de manera sintética en poco más de doscientas veinte páginas, de bien condensados datos.

Cabe destacar también la atención que Rueda presta en sus análisis a la variable de las generaciones, cuestión que ha sido objeto de muchos estudios y teorizaciones, y asimismo el acertado planteamiento del carácter de «circularidad» que reviste la corriente migratoria y de su retroalimentación por parte de los retornados, que debe ser abordado bajo el doble prisma de la sociedad de procedencia y de la de destino para comprender, de este modo, el fenómeno en toda su complejidad. En efecto, los trabajos más recientes y con mejores perspectivas suelen tener en cuenta este tipo de factores, como se puede constatar en la bibliografía más relevante, entre la que se encuentran los trabajos señeros de Alan Kraut: *The huddled Masses: The Immigrant in American Society, 1880-1921* (1982); Leslie Moch: *Moving Europeans: Migrations in Western Europe since 1650*, y Walter Nugent: *The Great Transatlantic Migrations, 1870-1914*, en los que se lleva a cabo un estado de la cuestión migratoria a nivel general.

Merece la pena resaltar un aspecto que presenta esta obra y que no es habitual encontrar en muchos de los trabajos sobre el hecho migratorio que se han venido haciendo. Consiste ello en tener presente que la colectividad emigrante que se estudia en concreto no es la única que pugna por abrirse camino en el mercado de trabajo y, al cabo, por hacerse un hueco en la sociedad del país de destino. Por el contrario, dicha colectividad tiene a su vera todo un amplio conjunto de

grupos nacionales con los que ha de coexistir, que sumados conforman un «espacio de las nacionalidades», cuya interacción es preciso analizar como lo suelen hacer los estudios más recientes y con auténtica altura teórica.

El muy aceptable resultado de la investigación de Germán Rueda es el producto de muchos años de trabajo que ha necesitado para penetrar en un marco geográfico muy poco estudiado previamente en lo que a la llegada de españoles allí se refiere. Ello le ha permitido conocer muy a fondo el panorama migratorio y hacer la merced al lector de resumírselo en forma muy compendiada. Con ello ha hecho gala de una autodisciplina intelectual no muy frecuente en nuestros pagos, inspirada tal vez en el *modus operandi* anglosajón.

La obra cuenta también con útiles y amplios anexos y apéndices que permiten detallar y ampliar la información condensada en el corpus del trabajo. En general las fuentes de que pudo disponer son muy numerosas y de excepcional calidad, lo que resulta patente en estadísticas, informes consulares, etc., dada la eficiencia de la administración norteamericana, cuya excelencia contrasta con la de otros países de aquel continente, más decuidados tal vez, o con menos medios, en este orden de cosas, pero también menos proclives a asumir con normalidad el hecho plural de la conformación de sus sociedades. En medios historiográficos franceses (v. gr.: Gérard Noiriel en *Le Creuset français*) se reconoce la *calité* de la documentación oficial norteamericana, que permite averiguar, por ejemplo, la procedencia regional del inmigrante y discernir el país de residencia anterior a la inmigración, diferenciándolo del país de origen. Esto es lo que ha hecho posible que el autor pudiese señalar que son precisamente las gentes de las regiones de la cornisa Cantábrica las que emigraron en mayor medida a los Estados Unidos, aportando datos precisos (por cierto que sobre esta cuestión está a punto de aparecer un iluminador trabajo de Moya que trata de dar cuenta de cómo opera la dinámica de la emigración americana en esta área geográfica). Pero tampoco ha desdeñado el autor la consulta de los fondos de los archivos españoles de los que lógicamente se ha servido también (con la salvedad de las series estadísticas sobre emigración de nuestro país – ¡ Y ello con hartos dolores de corazón, por la pérdida de horas de trabajo que le ha supuesto!-, por parecerle claramente menos fiables y completar que las americanas), por lo que cumple valorar el esfuerzo que ha hecho para consultar documentación en archivos de ambos países, que ha

tenido su compensación en la panorámica global, desde el punto de vista de la sociedad de procedencia y de destino, que de este modo ha podido trazar.

Por lo demás, son de destacar los numerosos gráficos que el autor ha elaborado, que resultan de gran ayuda en orden a facilitar la rápida asimilación de sus aportaciones y análisis, y el valioso complemento que supone siempre la inclusión de mapas y unos muy útiles índices onomástico y toponímico.

Germán Rueda supo reunir además una copiosa bibliografía, que en muchos casos constituyen auténticas fuentes primarias, no menospreciando las literarias ni tampoco las publicaciones de carácter autobiográfico y memorialista. Ha recurrido, además, a la prensa y de manera muy especial a los testimonios orales, que ha recogido a través de entrevistas, y que le permiten ilustrar y ejemplificar, dándole mucha viveza y matices al relato, hechos y conclusiones generales que obtiene de fuentes -relativamente- más precisas, pero también más impersonales, como las estadísticas, por ejemplo.

Corno colofón, dejándonos llevar por un momento por la pulsión de *l'appel du pays*, permítasenos un pequeño reproche sobre una cuestión menor: Castelao también estuvo entre los exiliados políticos que pasaron por Nueva York. Habría estado bien mencionarlo, sobre todo teniendo en cuenta que -corno el autor indica muy bien- Galicia ha sido la región que más emigrantes ha aportado a los Estados Unidos.

Xavier Castro Pérez

ROCAMORA, JOSÉ ANTONIO: *El nacionalismo ibérico, 1792-1936*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, Valladolid, 1994, 205 pp.

Si hay un fenómeno en este convulso fin de siglo que esté generando preocupación en los dirigentes políticos y en los analistas de distintos ámbitos (periodistas, politólogos, etc.) y que, a la vez, haya calado en el interés de la opinión pública europea, éste es el resurgimiento y consolidación de los sentimientos nacionalistas en un sentido lato.

Momento apropiado, por tanto, para reflexionar con rigor sobre esta cuestión y, en concreto, sobre uno de los aspectos del naciona-

lismo peninsular menos conocidos por poco estudiados. El libro de Rocamora es un ambicioso proyecto de investigar la formación y evolución interna del nacionalismo ibérico en la época contemporánea hasta 1936, año sin duda que marcó una censura en la línea del pensamiento integrador hispano-portugués, si consideramos que el «bloque ibérico» reclamado por los corifeos del franquismo y del salazarismo tendría una naturaleza mucho más circunstancial y un carácter más retórico en relación con el vigor de la tradición unitaria liberal.

El autor pone de manifiesto la existencia de una tendencia continuada, si bien no exenta de altibajos, donde convergen pensadores e intelectuales españoles y portugueses partidarios de una u otra forma de Llegar a una unidad de acción entre ambos países. Esta corriente, nutrida por aportaciones sucesivas desde finales del siglo XVIII hasta los años treinta del siglo XX, adoptó según los diferentes momentos fórmulas también distintas de alcanzar la integración final de los estados ibéricos, quedando perfectamente demostrada esa permanencia del sentimiento unitario, hasta ahora poco estudiada y menos aún sistematizada como en esta obra.

Por otro lado, Rocamora no cae en el reduccionismo de interpretar el nacionalismo peninsular como un hecho propio y genuino del desarrollo histórico de España y Portugal, sino que lo vincula y explica en referencia constante a los avatares europeos, con lo que podemos apreciar la estrecha relación existente entre los vaivenes del nacionalismo ibérico y los nacionalismos continentales.

El autor parte de la crisis antiguorregimental para explicar el nacimiento del pensamiento iberista, por un lado, como fruto de un liberalismo en ciernes que se está configurando con grandes dificultades en aquellos años, y por otro, derivado del trauma generado por las pérdidas coloniales hispano-portuguesas, piezas hasta entonces imprescindibles para las economías peninsulares y parte asimismo sustancial de su historia. La nueva situación creada va a provocar que los competidores tradicionales -España y Portugal- comiencen a observarse desde otra perspectiva muy distinta: la de una posible colaboración para salir con decoro de la etapa difícil que atraviesan y recuperar así una posición de potencia dentro del concierto europeo de las naciones. Tanto el liberalismo romántico como un cierto espíritu regeneracionista ante la decadencia de los dos antiguos imperios habría estado muy presente en la formación del concepto unitario en los albores de la contemporaneidad.

Desde este momento **-y en** los siete capítulos que componen el libro- Rocamora estudia cronológicamente la consolidación del nacionalismo ibérico, sus reacciones ante la unidad italiana, la irrupción de una tendencia federalista coincidente con el sexenio revolucionario y las transformaciones provocadas por la desaparición del sistema colonial hasta las disquisiciones que sobre el iberismo se formularon en la dictadura de Primo y en la Segunda República española.

No obstante, esta larga evolución de casi siglo y medio podría articularse en tres fases. De 1791 a 1870, años de expansión para los Estados-Nación que surgen (Italia y Alemania sobre todo), cuya influencia en los pensadores hispano-portugueses **-junto** a la impronta liberal y la extinción de los imperios respectivos, ya comentados es muy poderosa.

A partir de 1870 y hasta 1900, una vez pasada la euforia nacionalista, el unionismo ibérico queda relegado a doctrinarios más preocupados por hacer hincapié en los principios culturales que en los beneficios económicos o políticos derivados de una posible integración.

Durante los treinta primeros años del siglo XX, el nacionalismo ibérico tuvo una recepción mayor en España a causa de la obsesión regeneracionista después del «desastre» de Cuba y Filipinas, por una parte, y de una cuestión que surge con empuje creciente, el catalanismo, por otra.

En cualquier caso, la conclusión obvia, pero no por ello menos importante, es el fracaso rotundo de este afán unificador, para el que el autor ofrece una serie de razones: la escasa implantación popular; las reticencias de las potencias europeas, que veían la posibilidad del nacimiento de un competidor más fuerte en los mercados continentales; el peso específico mayor de lo español dentro de la posible unión, lo cual producía el rechazo en Portugal, que podía ver peligrar así su identidad propia; o, incluso la reducción como consecuencia de la unidad del aparato administrativo del Estado en perjuicio de los trabajadores de la función pública.

Finalmente, tanto Portugal como España eran estados asentados desde la época prerrevolucionaria francesa, muy diferentes, por tanto, en su caminar histórico al caso italiano o alemán. También por ello la concepción unitaria ibérica no tuvo una unidad de criterio o de acción ni fue canalizada por un gran partido, sino que las discrepancias entre monárquicos y republicanos, federalistas y centralistas,

conservadores y liberales, afectaron de lleno a las teorías sobre cómo debería llevarse a cabo la integración y debilitaron su fuerza.

Se trata, en definitiva, de una primera, novedosa y muy notable contribución a la historia del nacionalismo ibérico en la que quizá encontramos una acumulación excesiva de autores y obras -lógica, no obstante, al analizar un período de tiempo tan largo y complejo-, lo cual a veces genera una cierta confusión para el seguimiento de la línea argumental, línea trazada especialmente en función de la evolución española más que portuguesa, como comprobamos con sólo leer el Índice. A ello se añade la escasez en el tratamiento de fuentes directas -archivísticas y hemerográficas-, sin duda necesarias en algunos momentos para concretar cómo quisieron llevarse a término, parcial o totalmente, los proyectos unitarios. Así, por ejemplo, las discusiones del ideal nacionalista, tan relevantes en diarios o revistas de la época, son sólo analizadas por vía indirecta, citando a autores que han trabajado con anterioridad sobre una fuente, pero sin explotar ésta: *Revolução de Setembro*, *O Regenerador* (p. 49); *O Progresso*, *A Nação* (p. 65); *La Discusión*, *La Libertad* (p. 103), etc. A este mismo respecto, sorprende la ausencia práctica del estudio sobre periódicos y revistas durante la dictadura de Primo de Rivera o la II República, períodos ambos -y sobre todo el último- en que la profusión de publicaciones y folletos de muy distinto signo contribuyeron a generar en la opinión sentimientos o actitudes sobre la mayoría de las cuestiones de interés nacional. Para esos años, el autor reduce el campo expositivo a las ideas de algunos intelectuales muy conocidos y de distintos matices ideológicos (Abad de Santillán, Madariaga, Ledesma Ramos, Mareelino Domingo, etc.). Por otra parte, y aunque Rocamora comente en las conclusiones y en algún otro momento de su discurso la desvinculación del ensayo unitario por parte de las masas, el estudio se centra con exclusividad en el pensamiento de determinadas élites, sin profundizar en si hubo o no recepción entre el pueblo llano de estas ideas nacionalistas o si en esta población existieron los afanes integradores.

En cualquier caso, de ningún modo desmerecen estos comentarios la importancia de esta obra en el panorama historiográfico, comentarios por lo demás suscitados por las perspectivas que, como obra abierta, propicia el avance de las investigaciones en este campo.

Ricardo M. Martín de la Guardia

VILAR, JUAN B. (prólogo de Sir Raymond Carr): *Intolerancia y libertad en la España contemporánea. Los orígenes del protestantismo español actual*, Fundamentos Maior, Ed. Istmo, Madrid, 1994, 452 pp.

La obra de Juan B. Vilar viene a llenar un espacio historiográfico escasamente estudiado por los investigadores españoles: el de la coexistencia de religiones y modos de vivir la experiencia religiosa en la España del siglo XIX. En el período que abarca esta obra -desde el final de la Guerra de la Independencia hasta el Sexenio Revolucionario- la situación del estado mostraba un país en continuas guerras civiles, con ausencia de cualquier tipo de estabilidad gubernamental. Sin embargo, lo que sí resulta constante en toda esta época es la oposición de la Iglesia católica a cualquier tipo de difusión del protestantismo. Aunque el fenómeno era considerado como un hecho sumamente puntual, se pusieron todo tipo de trabas desde las instituciones para obstaculizar esta labor de evangelización, con excepción de la etapa progresista de Espartero.

Según la introducción al libro -realizada por Raymond Carr- no existe ningún otro estudio de esta temática que utilice tal cantidad de fuentes. Fueron consultados cerca de treinta archivos y la labor de investigación tuvo lugar en fondos documentales no sólo españoles, sino también en instituciones públicas o privadas de Gran Bretaña y Francia. Estas últimas se convirtieron en el verdadero núcleo de la investigación, sin desechar la búsqueda en los fondos municipales de ciertas localidades españolas.

Este estudio reconoce la necesidad de indagar en las otras perspectivas de la realidad religiosa del siglo XIX español. La primera intención de los movimientos protestantes es su difusión entre las clases bajas de la población preferentemente rural, no entre las élites, lo que provocaba el temor por parte de la jerarquía eclesiástica de que el objetivo de los propagandistas protestantes se centraba en minar y socavar el orden social imperante. El intento de acercarse a las clases trabajadoras se demostraba con la realización de traducciones del Nuevo Testamento a la mayoría de idiomas posibles, como el catalán o el euskera, pero también a otros sectores poblacionales más marginales como el «caló».

Los intentos de evangelización protestante en las primeras décadas del siglo tuvieron un carácter muy aislado y sus acciones fueron

escasamente coordinadas, respondiendo más a estímulos personales que a un programa de actuación. Si importante fue la presencia del propagandista Borrow en la Península, más determinante será la existencia de territorio inglés -Gibraltar- dentro del propio marco geográfico de actuación. Desde esta espléndida hase de operaciones se dispuso el intento fallido de las primeras escuelas metodistas en Cádiz. Según el autor, éste no fracasó oficialmente, ya que supuso la semilla del éxito posterior de otros propagandistas de la década de 1860 como Vázquez o Matamoros. Desde la ciudad gaditana, el protestantismo se difundió en estos años en toda Andalucía, especialmente por Sevilla y Málaga, orientando su actuación ahora hacia los sectores inferiores de la clase media urbana.

El siguiente paso será la difusión hacia el capital del Reino como gran escaparate nacional. Para ello se designará a uno de los más importantes propagandistas, Thomson, que venía avalado por los logros obtenidos en Iberoamérica. Sin embargo, Madrid nunca será muy receptiva al mensaje protestante. El estudio llega a su fin con el abandono de las iniciativas individuales y la puesta en práctica de una cierta institucionalización desde la llegada a la dirección del ex sacerdote Cabrera. A partir de 1868 el protestantismo español pasa por el tamiz católico, con la inclusión de sacerdotes católicos que «reniegan» de su pasado y que inauguran una nueva fase, con unas asociaciones de base menos espontáneas y con una mayor jerarquización interna.

En la obra se plantean también ciertos modelos de difusión utilizados, como el ofrecer biblias protestantes al público a un precio mucho más asequible que las católicas, lo que constituía un buen método de acercamiento a las clases populares. La captación se efectuaba de una manera más fácil entre los hombres que entre las mujeres, tradicionalmente menos apegadas a las innovaciones. Sin embargo, los grupos siempre serán muy reducidos y esparcidos por toda la geografía peninsular.

También resulta muy interesante destacar el hecho de la gran relación que existía entre las zonas costeras y la penetración del protestantismo, conectados a través de los distintos cónsules de las ciudades portuarias, puntos de conexión entre la sociedad española y los credos protestantes. En la mayoría de los casos este protagonismo recayó en los representantes consulares ingleses, debido a que casi todos los intentos procedían de este país.

La imbricación entre protestantismo y política de estado fue una característica constante por estas fechas. Su escasa dotación humana

y la novedad que suponía su planteamiento en la sociedad española, por definición legal *Católica y romana*, provocó que el funcionamiento de estos grupos fuera bastante similar al de una sociedad secreta de carácter político. Su carácter de renovación influía también en el hecho de que mantuvieran abundantes relaciones con asociaciones clandestinas progresistas o demócratas, sobre todo en los años cercanos a 1868. En este período la conexión entre el Partido Demócrata y los grupos protestantes fue importante, debido a la similitud de objetivos respecto a la cuestión religiosa.

Esta consideración de grupo marginal afectó enormemente a su difusión territorial, reducida a pequeños intentos locales sin solución de continuidad. Según se refleja en el libro sin iniciativas muy aisladas, de las que se necesita cierta elaboración de conjunto. A pesar del buen índice toponímico de la obra, al lector no le queda otra solución que ser el encargado de realizar esta perspectiva. En grandes partes la obra se hace realmente amena, debido al proceso descriptivo que toma la orientación de la investigación; sin embargo, ofrece escasas conclusiones de los datos mencionados a lo largo de sus páginas, muy posiblemente porque no hubiera demasiadas posibilidades de cojetar éstos con otras fuentes de distinto origen. La exclusividad en la utilización de estas fuentes determinará en parte el resultado final del estudio.

Emilio Grandío

ROMELJ ALFARO, FERNANDA: *El silencio roto. Mujeres contra el Franquismo*, Fernanda Romeu Alfaro, Oviedo, 1994, 397 pp.

Situada en la confluencia de la Historia de las Mujeres y de la Historia del Presente -siguiendo la denominación utilizada por Josefina Cuesta para una historia de Julio Aróstegui llama «reciente» y otros autores «coetánea» o de «nuestro tiempo»-- la obra de Fernanda Romeu constituye un llamamiento a la construcción de un futuro de convivencia social a partir del conocimiento y la aceptación del pasado reciente, no de su ocultación o deformación, por muy terrible o doloroso que ese pasado sea.

Para contribuir a ese conocimiento, la autora ha realizado una investigación -ya iniciada por Giuliana Di Febo a finales de los años setenta- que tiene por objeto la participación de las mujeres en la

lucha antifranquista y cuyos límites cronológicos son el final de la guerra civil y la muerte del general Franco.

Como herramientas de trabajo Fernanda Romeu ha utilizado tanto fuentes orales como escritas (hemerográficas y documentales), apoyándose en las cuales trata de mostrarnos la evolución del compromiso político de las mujeres estudiadas a medida que van produciéndose en España importantes cambios económicos y sociales, la modificación de su perfil sociológico, las implicaciones de su compromiso político en su vida privada y, 10 que a la autora le interesa más resaltar, sus vivencias, sus sentimientos.

La evolución de su compromiso político -desde la asistencia a fusilados y presos, la cobertura prestada a la guerrilla y la participación en las primeras movilizaciones sociales y políticas, hasta la lucha organizada, la aparición de una conciencia feminista y el planteamiento de reivindicaciones específicas de las mujeres- es analizada sobre todo a partir de la documentación de los archivos del Comité Central del Partido Comunista de España, del Archivo del Partido Socialista Unificado de Cataluña y de fuentes hemerográficas afines en la mayoría de los casos. Las condiciones de clandestinidad en las que se desarrolló la actividad de las protagonistas de los hechos, las dificultades para el acceso a algunos archivos imprescindibles para el estudio de esta época y el propio planteamiento de la obra, han eludido un contraste de la información obtenida de estas fuentes con la que podían haber proporcionado otras pertenecientes a ámbitos ideológicos distintos.

Junto a la evolución de su compromiso político tiene lugar también un cambio en las características de las mujeres que se van incorporando a la lucha clandestina. La autora trata de acercarse al conocimiento de este cambio mediante un laborioso estudio, hecho en condiciones archivísticas muy precarias, sobre los expedientes de las presas existentes entre los años cuarenta y setenta en la Prisión de Mujeres de Madrid. Los resultados de esta investigación, que podemos comprobar gracias a diversas tablas y gráficos, no pueden aplicarse fuera de la zona de incidencia de la cárcel madrileña, pero permiten sentar unas primeras premisas que futuros trabajos sobre otras zonas pueden completar o matizar.

Con las fuentes orales este estudio alcanza una tensión emocional muy intensa, que obliga incluso en ocasiones a suspender unos momentos la lectura. Fernanda Romeu ha entrevistado a 116 mujeres,

entre las cuales hay algunas conocidas (Carlota Bustelo, Carmen Caa-maño, Lidia Falcón, Julia Vigre, Mercedes Comabella), pero la mayoría son personas anónimas, cuyas vidas, salpicadas de experiencias terriblemente dolorosas y de actos de fortaleza, han salido de su anonimato gracias a la publicación de este libro (editado por la propia autora) para incorporarse a ese lugar de la memoria colectiva que es la historia escrita. A partir de estas entrevistas Fernanda Romeu nos acerca a su experiencia, nos permite saber cómo sintieron el duro compromiso político en el que se implicaron, las repercusiones que éste tuvo sobre su vida cotidiana, y sus distintos puntos de vista sobre el papel de la mujer en la lucha contra la dictadura.

En conjunto, este trabajo, que reproduce también manuscritos muy emotivos, no es un estudio terminado, pero facilita un útil material a la elaboración de la historia de las mujeres bajo el franquismo que, por otra parte, es imprescindible para escribir una historia general, de mujeres y hombres, durante esa época. Las fuentes orales son uno de los instrumentos con los que hay que contar para ello. Sería interesante que se extendiera el interés entre investigadoras e investigadores del franquismo por la construcción de estas fuentes, que nos permitieran incorporar a su historia la experiencia vital de sus protagonistas anónimos; como ya hiciera hace años Ronald Fraser con la historia de la guerra civil, y en la línea en la que está trabajando el Seminario de Historia Oral de la Universidad de Barcelona o María del Carmen Carda-Nieto en el barrio de Palomeras de Madrid.

Mercedes Ugalde Solano

CASTILLO, S. (ed.): *Solidaridad desde abajo*. Trabajadores y Socorros Mutuos en la España Contemporánea, VCT Centro de Estudios Históricos, 1994.

Solidaridad desde abajo recoge los resultados del «1 Encuentro Internacional sobre las Sociedades de Socorros Mutuos de los Trabajadores en España. S. XIX y XX», celebrado en Madrid en junio de 1992, por iniciativa de Santiago Castillo.

La consecución de la propuesta de Santiago Castillo ha tenido, desde mi punto de vista, efectos positivos para la marcha de las investigaciones de este carácter: por una parte ha espoleado el interés

por un tema de estudio que está iniciando su despegue -hasta hace poco tratado subsidiariamente como aspecto complementario en los planteamientos de investigación sobre la clase obrera-; asimismo, puso las bases para superar el estadio de micro-estudio local mediante el análisis y la comparación, y preparó la puesta en común de los conocimientos existentes para su presentación en el «Colloque International sur l'histoire de la Mutualité», organizado por «International Association of Labour History Institutions», y celebrado en París en diciembre de 1992.

Partamos en primer lugar de la comprensión del objeto de estudio: ¿qué son las Sociedades de Socorros Mutuos? Podemos definir las, en su versión más aséptica, como agrupaciones solidarias para la eliminación del riesgo; en ellas se da, por tanto, la combinación de los planos individual y colectivo -responsabilidad solidaria-, en beneficio/interés individual, basado en unas expectativas «inciertas» de mayor seguridad.

Como ocurre en todo libro-miscelánea, las posibles respuestas inferidas de *Solidaridad desde abajo* aparecen diluidas en la diversidad de escenarios y cronologías -La mayor parte de las colaboraciones se sitúan entre 1868-1939-, y en la desigualdad en los tratamientos. Ante la imposibilidad de seguir la vía del comentario pormenorizado, se impone recomponer «el puzzle» a partir de la reflexión sobre las cuestiones contenidas en la mayor parte de las «piezas».

La primera certeza que se alcanza a través de la lectura de las distintas aportaciones, y muy especialmente de la de Maza Zorrilla, se refiere a la constatación del mutualismo como fenómeno multifacético, alejado de cualquier configuración regular y susceptible de ser abordado desde distintos puntos de vista (Cuesta Bustillo).

Dentro de la naturaleza difusa del mutualismo, los objetivos de concesión de socorro, además de la organización interna y la práctica de la sociabilidad, constituyen las características comunes que podemos seguir a través de la lectura de las distintas comunicaciones. En el caso de las ayudas, la función previsora de las primeras instituciones mutuales, centrada en la enfermedad y la muerte, evoluciona a medida que se van consolidando hacia proyectos más ambiciosos capaces de resolver otras necesidades perentorias -invalidez, paro, educación, diversión según los casos-o Las asociaciones encargadas de este seguro de riesgo personal --el estudio del seguro de riesgo patrimonial se reduce a los trabajos de Ortiz de Orruño y Arnabat Mata

en aspectos parciales- responden a manifestaciones muy variadas que algunos autores tratan de ordenar a través de propuestas tipológicas (Fullana, Martínez, Esteban de Vega, Arnabat Mata...). En correspondencia la afiliación masculina «de hecho», salvo excepciones en las que la mujer ostenta protagonismo propio (Martínez, Luengo, Checha), tiene una procedencia social heterogénea que a tenor de los estudios podemos reunir en tres bloques: composición interclásista, obrera/artesanal, o de base sectorial-profesional (Solá Ayape, Martínez, Calindo, Arnabat Mata, Uría, Ibarz).

En el libro conviven con el tratamiento de estas cuestiones específicas reflexiones más ambiciosas sobre el mutualismo como fenómeno social genérico, inherente a las expectativas de interrelación que estarían presentes «en la sociabilidad del hombre y la mujer» y «en el desplegamiento de redes asociativas» dentro de la sociedad decimonónica y la más compleja del siglo XX (Solá), y que llevan a planteamientos historiográficos superadores del ámbito propio de las Sociedades de Socorros Mutuos. De manera parcial en las distintas comunicaciones encontramos datos sobre la imbricación entre instituciones mutualistas y partidos políticos, republicanos (Brey, Fullana, Suárez, Fernández-Cordero, Luengo...), socialistas (Rodríguez); sobre la vinculación con opciones sindiales (UCT en Asturias, Uría); la sugerencia de la influencia de las Mutuas en la construcción de la conciencia obrera (Ralle), que entra en contradicción con los resultados de la investigación de Fullana, reveladora de las discrepancias entre mutualismo y movimiento obrero en Palma de Mallorca; y, por último, sobre la ya conocida relación entre las redes mutuales y otras instituciones: Iglesia (Uría, Suárez Bosa, Carasa para el medio rural) y empresas...

Al ser el mutualismo institucionalizado resultado de la combinación entre la percepción subjetiva presentista, determinada por condicionamientos económicos y sociales --en el caso de las clases populares de precariedad y escasez-, y una proyección cuando menos incierta hacia el futuro, puede aparecer, como afirma Marcel van der Linden, en toda sociedad en la «que el grupo orgánico de solidaridad se ha debilitado y la economía es al menos parcialmente monetaria». Esto obliga a la reflexión sobre los orígenes y desarrollo de estas instituciones, o lo que es lo mismo sobre la interrelación entre actores y escenario, cuestiones atendidas con diferente intensidad en muchas de las colaboraciones. En el estudio sobre «Las Hermandades de So-

corro» en el Madrid del siglo XVIII, Sánchez Madariaga nos informa sobre el panorama asociativo popular madrileño de ayuda mutua, integrado en la sociedad de cuerpos del Antiguo Régimen, pero las diferencias estructurales y la dificultad para establecer tipologías a partir de la aplicación de criterios homogéneos, obstaculizan la comparación razonada con el mutualismo contemporáneo si no se establecen vías de seguimiento de los procesos de transformación. De cualquier forma hallarnos en el libro muestra de este enfoque procesal en distintos planos: el proceso de cambio de los gremios en Sociedades de Socorros Mutuos es abordado por Martínez Gallego dentro de un área espacial concreta -Valencia- y en el mareo temporal más propicio —1834-1868—, presentando las dinámicas internas que conducen a la reconversión de las corporaciones en instituciones mutuales dentro del contexto de la actuación intervencionista del Estado, empeñado en el acoso a su realidad feudal privilegiada. Como contrapunto en bastantes comunicaciones se constata la permanencia de Asociaciones de signo tradicional a lo largo del siglo XIX. Y, por último, se desenvuelven proposiciones de investigación interesadas en el desarrollo de las Mutuas populares desde una perspectiva de transformación por efecto de la extensión del modo de producción capitalista y de un Estudio intervencionista, propiciador y por fin responsable de las prestaciones sociales (Solá, Maza, Cuesta y De la Calle).

En suma, una obra desigual en los planteamientos, de lectura obligada para los interesados en el fenómeno mutualista, que suscita el análisis comparado y la formulación de interrogantes.

Carmen Fernández Casanova

AZCÁHATE, M.: *Derrotas y esperanzas. La República, La Guerra Civil y La Resistencia*, Tusquets Editores, Barcelona, 1994, 357 pp.

Después de la Segunda Guerra Mundial la historia política, anudada en la concepción positivista, perdía el predominio del que había gozado hasta entonces, mientras emergían con fuerza la historia económica y la historia social. Ahora bien, desde finales de los años setenta la historia política, superando su antiguo positivismo y rechazando explicaciones superficiales, sin olvidar la narración ni el interés por la cronología, recupera su viejo prestigio y reconquista su deteriorada legitimidad.

Noticias

En este contexto se explican el auge y la crecientemente positiva valoración de la biografía –y de la autobiografía y las memorias– en la historiografía actual, como expresión de la relación entre un personaje y un contexto histórico, que puede ser modificado por aquél. Esta nueva realidad traspasa el círculo de los profesionales y se manifiesta también en la progresiva demanda del gran público.

Así ha ocurrido con las magníficas Memorias de Manuel de Azcárate, *Derrotas y Esperanzas*, que han ganado el VII Premio Comillas. Con ellas, el lector se introduce por los vericuetos de la organización del PCE y recorre una parte importante de la historia del siglo XX no sólo en su dimensión española, sino también en la internacional, dada la especial trayectoria del autobiografiado.

En efecto, nos encontramos ante las Memorias de un personaje notable y peculiar, que puede ser considerado como un intelectual cosmopolita, desde muy pronto interesado por el análisis de los problemas políticos internacionales, a los que han dedicado diversos trabajos, entre los que pueden resaltarse su libro sobre *La izquierda europea* o sus colaboraciones en el diario *El País* desde hace varios años. Pero ha sido también, y de forma destacada, un profesional de la política en las filas del PCE, llegando a ocupar cargos relevantes, a pesar de eludir en lo posible ser un «dirigente» por su alergia a tomar decisiones. En el ámbito del PCE desarrolló una actividad considerable, que le permitió conocer situaciones y acontecimientos de gran importancia y participar en muchos de ellos.

Azcárate había nacido en Madrid en 1916 en el seno de una familia de concepciones políticas abiertas en torno de la Institución Libre de Enseñanza, pero desde los seis a los dieciocho años estudió en el Collège Calvino de Ginebra, adonde se había trasladado su padre para trabajar como alto funcionario en la Sociedad de Naciones. En 1933, tras haberse convertido en un líder estudiantil antinazi, su ideología antifascista le lleva al comunismo a través del «Comité de Escolares de Ginebra contra la guerra y el fascismo». Vuelve a España para estudiar Derecho, con una breve estancia en la London School of Economics, e ingresa en la célula comunista de su Facultad. Al estallar la Guerra Civil participa en ella tanto en España como en el extranjero. Desde París interviene en la compra de armas y aviones para el bando republicano.

Derrotada la República, las Memorias se adentran por la larga etapa del exilio. Establecido en Francia, Azcárate participa en la Resis-

tencia, ayuda a la reconstrucción del PCE, interviene en la frustrada invasión de España por el Valle de Arán, visita otros países y tiene contactos con líderes políticos e intelectuales. En estos años se ve atrapado en las redes de la política estalinista emanada de la Unión Soviética, a la que admira intensamente, hasta que en 1958 visita Moscú y se apodera de él una gran decepción. El libro prosigue, aunque ahora muy superficialmente, el relato de la experiencia personal y política de Azcárate que, tras la expulsión del partido de Claudín y Semprún, pasará a ser el «Responsable Internacional del PCE». Probablemente el autor ha pensado que la existencia de su libro *Crisis del Eurocomunismo* justifica la escasa profundidad de la narración de estos sustanciales y decisivos años de su vida.

Con todo, *Derrotas y Esperanzas* es un trabajo que, escrito en un lenguaje preciso y diáfano, nos ofrece de forma clarividente una gran panorámica histórica al compás del relato de la propia vida del autor. Recrea la historia que narra y la explica desde categorías conceptuales e ideológicas de hoy, muy distintas a las que Azcárate tenía cuando era militante del PCE, que abandonó en 1981. Pero, aunque hay en la obra un replanteamiento crítico de su pasado, no llega a alcanzar el radicalismo de las reflexiones de otros ex comunistas, como puede ser el caso de Jorge Semprún.

En suma, estas Memorias son una aportación valiosa para la reconstrucción de la historia del PCE, necesitado todavía de rigurosas investigaciones, a pesar de la existencia de algunos estudios importantes y de las Memorias de varios de sus dirigentes.

Manuel Redero San Rornán

FERNÁNDEZ CAHCÍA, ANTONIO (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993. JULIÁ, SANTOS; RINGROSE, DAVID, Y SEGURA, CmSTINA: *Madrid. Historia de una capital*, Alianza Editorial/Fundación Caja Madrid, Madrid, 1994.

En la primera mitad del año 1994 han llegado a las librerías dos obras dedicadas a la historia de la ciudad de Madrid, de concepción y alcance muy distintos. Ambas pretenden cubrir todo el itinerario histórico (y prehistórico) de la Villa y sus antecedentes. Ambas son fruto del trabajo de historiadores y se alejan de las abundantes crónicas con mayores o menores ambiciones literarias. Ambas tratan de

abordar las diversas perspectivas de la evolución de Madrid: la gestación de su trama urbana, los avatares de la vida política, el desarrollo cultural, los cambios en las actividades económicas... Ambas han intentado hacer la historia de una ciudad, cuya construcción ha resultado inseparable de su condición de centro político de la Monarquía hispana y del Estado contemporáneo, sin dejarse arrastrar por la tentación de elaborar una historia de España desde el particular prisma de su capital. Pero las coincidencias del planteamiento inicial, reflejo de la maduración de la historiografía española y madrileña en las dos últimas décadas, no deben velar la sustancial distancia que separa a uno y otro proyecto. Empleando una palabra de moda, cabe decir que el producto que se busca en cada caso es muy diferente.

Madrid. Historia de una capital constituye un ensayo destinado al público culto, que se acerca a los aspectos más positivos del libro-regalo por su formato, pero con un precio bastante inferior al que suelen tener esta clase de obras. Presenta abundantes y bien seleccionadas ilustraciones en blanco y negro y un número elevado de mapas -aunque desafortunadamente éstos no siempre tengan la calidad gráfica ni el rigor histórico deseables- o Como ocurre con frecuencia en los ensayos no especializados, el texto no lleva notas, ausencia que se compensa con una amplia selección comentada de bibliografía. Está organizado en tres partes de autoría individual: el Madrid anterior a la instalación de la corte en 1561, a cargo de Cristina Segura; la capital de la monarquía del Antiguo Régimen, por David Ringrose, y el Madrid contemporáneo, sección que ocupa más del 50 por 100 de las páginas del libro y que está escrita por Santos Juliá. Como señala este último en la presentación, esta división tripartita responde al deseo de lograr «una obra general, menos especializada por áreas, más dirigida a un lector que quisiera, en 150 ó 200 páginas, hacerse una idea sólida, aunque no necesariamente exhaustiva, del proceso de formación de la capital en cada una de las grandes épocas históricas». Por mi parte creo que el objetivo se cumple: la yuxtaposición de tres monografías largas y generales resulta más amena y legible para el gran público que la suma de múltiples colaboraciones especializadas. Sin embargo, no he elegido el sustantivo «yuxtaposición» al azar, porque, pese al escaso número de autores, cada una de las partes de *Madrid. Historia de una capital* revela una lógica diferente. Probablemente no pueda ser de otra manera, porque, en mi

opinión, y a diferencia de lo que sostiene Juliá y subraya el título del libro, no hay una «interpretación histórica» de la «constitución» de Madrid «como capital» que permita articular una aproximación global a su historia moderna y contemporánea, y mucho menos a su historia desde la Alta Edad Media hasta 1994. Por ello se puede hablar de tres obras en un solo libro. Sin duda, la menos cuidada de las tres es la relativa al Madrid medieval: descriptiva, tendente a la anécdota y de ritmo entrecortado. La aportación de Ringrose [«Madrid, capital imperial (1561-1833)»] tiene como ejes el análisis de la ciudad simbólica, plasmada en la ceremonia de entrada oficial del rey en la Villa tras su coronación, y el del «estómago» de la sociedad urbana. Desde esos dos puntos se organiza una descripción original y cuajada de interpretaciones de la economía, la sociedad y la política madrileñas, así como de sus efectos sobre el escenario urbano y su contexto territorial en la Edad Moderna, que conectan con los sugerentes y polémicos trabajos anteriores del autor. La tercera y última parte, la de Santos Juliá, recorre con una ordenación cronológica la historia del Madrid contemporáneo. Una redacción ágil y amena da finalmente forma al objetivo central fijado por el propio Juliá en la presentación del libro: recuperar los argumentos de la transformación de la Villa y Corte, paralela y no divergente respecto a la del espacio político que preside, a lo largo de los siglos XIX y XX. Se opone así al recurrente lugar común de una «capital artificial», que eleva a la categoría de permanente un pecado original al menos discutible. Los vaivenes de la vida política nacional, y los movimientos sociales capitalinos que contribuyeron a provocarlos, sirven por ello y por la propia especialización historiográfica del autor de guía a la historia contemporánea de Madrid. El gran activo de la versión que de ésta da Juliá es hacer compatible el predominio del criterio político con el reflejo de los grandes ciclos socioeconómicos de construcción del espacio urbano madrileño. Una visión innovadora que se desmarca de la historia urbana conveneional para configurar un relato histórico de la capital de un país europeo de desarrollo tardío y frágil vertebración territorial.

Historia de Madrid es un libro muy distinto, destinado por su propia factura a un público más restringido. Una concepción un tanto «austera» de la obra conduce no sólo a que no contenga ilustraciones, sino -lo que resulta bastante más preocupante- a que se hayan reducido a su mínima expresión los mapas, una carencia espe-

cialmente notable en el caso de una historia urbana que hace continuadas referencias al callejero ya distribuciones espaciales. La «austeridad» se prolonga en la inexistencia de una bibliografía general, tanto más necesaria por cuanto que cada capítulo viene a constituir un estado de la cuestión de su ámbito, y en la falta de un índice analítico, que facilitaría su empleo como manual. La adición de monografías especializadas implica necesariamente la heterogeneidad del conjunto, aceptada como «mérito» de una obra pionera por el propio director en su introducción. Reúne veinticinco colaboraciones de veintitrés especialistas diferentes, pensadas bajo el prisma de elaborar una «historia total» de Madrid que cubra todo el período desde la prehistoria hasta nuestros días (el franquismo, por no hablar de la transición, reciben, sin embargo, una mínima y superficial atención). Se abre con una completa e interesante aproximación al espacio natural de la ciudad, obra del geógrafo López Gómez, y se desarrolla en capítulos sobre el poblamiento prehistórico de Madrid (Rus), el Madrid antiguo y medieval (Montero), el siglo XVI (Tovar, Alvar y Portela), el siglo XVII (Tovar, Bravo y Portela), el siglo XVIII (Tovar, Cepeda, Martínez Ruiz, Palacio Atard y Portela), el siglo XIX (Navascués, Espada, Fernández, Bahamonde, Martínez Martín y Ruiz de Azúa) y el siglo XX (Rueda, Fernández, Bahamonde, Otero, Martínez Martín, Sánchez Pérez, Nielfa y Méndez). La referencia a la lista completa de autores muestra el carácter multidisciplinar de la obra, en la que colaboran historiadores de diferentes períodos, urbanistas, historiadores de arte y geógrafos. Revela además la presencia de algunos de los principales protagonistas de la construcción de la historia de Madrid en las dos últimas décadas, desde un Instituto de Estudios Madrileños en parte renovado y desde las diferentes tribunas que han contribuido a crear la Comunidad Autónoma de Madrid, en particular los congresos de Historia de Madrid organizados por el departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, y en concreto por Bahamonde y Otero. El resultado de esta suma de colaboraciones es un libro de historia local renovada, es decir, de historia local concebida como análisis de un espacio territorial restringido, pero vertebrado activamente con su contexto, por más que desde esta perspectiva resalten más las diferencias que las similitudes entre autores. Sin duda son los artículos relativos al siglo XIX y al primer XX los que, alrededor de la capital social y política del Estado liberal y la traducción económica de su posición de centro na-

cional de élites, mayor coherencia metodológica e hilazón argumental presentan. Estas cualidades traslucen la amplia labor de investigación directa, discusión y coordinación de trabajos efectuada por sus autores en el departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, de la que la síntesis presentada en la obra constituye algo más que un «comienzo». Los estudios del urbanismo capitalino guardan, asimismo, una clara línea constructiva, por medio de su pretensión de dar a conocer la dialéctica entre transformaciones socioeconómicas, acción pública y desarrollo del espacio urbano. Los demás capítulos son más heterogéneos y, aunque muchos de ellos tengan una gran calidad, a menudo se resienten de su carácter enciclopédico, forzado por la amplitud de los temas y los períodos temporales contemplados. El conjunto completa, en cualquier caso, una obra llamada a ser referencia introductoria de todo estudio histórico de Madrid.

La historia de una capital y la historia de una ciudad que ha sido capital de España desde el siglo XVI no compiten entre sí. Se sitúan en espacios diferentes dentro de un mismo género, la historia local, que las circunstancias políticas de las últimas décadas han hecho crecer de forma arrolladora y con frutos muy heterogéneos. Nos ayudan a entender que Madrid no sólo ha sido corte, pero que esa circunstancia ha decidido su evolución y es en sí un fecundo y poco explorado tema de investigación. Con todo, la ambigua posición de su objeto no puede ser el único motivo de que las obras de historia de Madrid resulten trascendentes, ni lo es en el caso de las que nos ocupan. Como ha demostrado la mejor historiografía local producida en España en los últimos años, el alcance de un trabajo de historia no está determinado tanto por la relevancia inicial o las dimensiones del campo de análisis, cuanto por la capacidad de observación e interpretación del analista.

Juan Pan-Montojo

LÓPEZ ONTIVEROS, ANTONIO, Y MATA OLMO, RAFAEL: *Propiedad de la tierra y Reforma Agraria en Córdoba (1932-1936)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Estudios de Geografía, Córdoba, 1993, 227 pp.

En primer lugar, y de forma previa, quisiera apuntar al futuro lector que se hana ante un excelente trabajo. Excelente por distintas ra-

zonas: de una parte, por el rigor metodológico a la hora de abordar fuentes como el Registro de la Propiedad Expropiable; de otra, y de forma especial, por el hecho de que los autores van a demostrar las grandes posibilidades que ofrece dicha fuente no sólo para el estudio de la estructura de la propiedad en los años treinta, sino también para el análisis de cultivos y aprovechamientos, de modalidades de tenencia, de sistemas de cultivo y explotación de la tierra, para el estudio de las distintas estrategias de la clase latifundista..., lo que permitirá, en palabras de los autores, conocer el estado en el que se encontraba, a la altura de estos años, el proceso de transformación de aquella clase, iniciado casi un siglo antes y que culminaría poco tiempo después de terminada la guerra civil. Vicisitudes que, sin embargo, van acompañadas, en mi opinión, de una cierta ausencia, que puede considerarse justificada y hasta justificable: una mayor imbricación de todo el proceso de reforma agraria con el trasiego político y la conflictividad social del momento. Ausencia, decía, justificada por los propios autores al remitirnos a los trabajos de Pérez Yruela sobre la conflictividad campesina en Córdoba de estos años.

En las páginas de este libro hallaremos, pues, un estudio minucioso de todo el aparato legal que precede a la puesta en práctica de la Reforma Agraria en una provincia como la cordobesa, en la que, según estimaciones de los autores, más de la tercera parte de la superficie agraria útil estaba, de forma potencial, expuesta a acciones expropiatorias de la ley. Descripción del marco legal que será seguida de un análisis de conjunto de la propiedad expropiable, donde quizá la consecuencia más notable que se pone de manifiesto es el marcado carácter antilatifundista de la Reforma. Hecho constatable, de un lado, en que sean los apartados 12 y 13 de la Base 5.^a las causas mayoritarias de expropiación y, de otro, en la estrecha relación existente entre gran propiedad y arrendamiento sistemático en la provincia de Córdoba. Es precisamente por ello por lo que serán la gran propiedad, y con ella la base latifundista, su composición, el modelo de organización territorial del latifundio..., los objetos preferentes del análisis.

Grandes cifras que serán objeto también de una distribución geográfica por áreas, que se acompañará, a modo de ejemplos, del tratamiento pormenorizado de la estructura de la propiedad y sistemas de aprovechamiento y cultivos dibujados a partir del Registro de la Propiedad Expropiable de algunos términos municipales. Son los ca-

esos concretos de Córdoba, de Hornachuelos y Fuente Obejuna, de Montilla y de Lucena y Cabra. Estudios microespaciales y aspectos globales que, en todo caso, se acompañarán de un notable ropaje estadístico que resulta muy esclarecedor.

Dibujado el paisaje agrario y analizados los datos cuantitativos, los autores pasarán a analizar –a través de las fuentes del IRA– el proceso de implantación real de dicha Reforma en Córdoba desde sus primeros pasos en 1933, con la creación de la Delegación de Reforma Agraria de Córdoba, la concreción del Plan Terror y la ralentización del proceso a partir de 1934, hasta su definitiva aceleración con el triunfo del Frente Popular. Si bien es verdad que a lo largo de las páginas del libro el análisis y caracterización de cada una de estas etapas queda muy bien dibujado, no quisiera dejar pasar por alto, sin embargo, un dato discutible, a mi modo de ver, y que no es otro que el hecho de que el tratamiento de todo este proceso, de sus fases, rezuma un carácter eminentemente técnico, lo que les llevará, en mi opinión, a concluir, entre otras cosas, que en los retrasos en el proceso de implantación de los asentamientos habían influido de forma manifiesta las dificultades técnicas a la hora de afrontar dichos planes de asentamiento, a la par que la escasa dotación de personal que debía de enfrentarse concretamente a la tarea reformista en cada servicio. Nuevamente hecho en falta aquí el ya mencionado mayor grado de imbricación del estudio con las coyunturas políticas y sociales del momento.

Finalmente, una vez analizado el proceso de implantación de la Reforma, los autores pasarán a analizar algunos aspectos resultantes de la misma, y que afectarán de forma notoria al paisaje cordobés, así como sobre la experiencia de las comunidades de campesinos. Quizá los aspectos más relevantes de esta última parte sean, de un lado, las modificaciones que se van a observar en el sistema de cultivos, analizadas por los autores con detalle, y, de otro lado, la opción mayoritaria por el cultivo individual que se tomará en el seno de los nuevos asentamientos campesinos en Córdoba, también analizados detenidamente.

Salvador Cruz Artacho

LORENTE TOLEDO, LUIS: *Podery miseria. Oligarcas y campesinos en la España señorial (1760-1868)*, Editorial Eudema, Madrid, 1994, 159 pp.

Quizá debiera comenzar deteniéndome en el mismo título del libro: *Podery miseria. Oligarcas y campesinos en la España señorial (1760-1868)*, ya que, en mi opinión, existe un cierto grado de imprecisión. En primer lugar, lo que el lector va a hallar a lo largo de las páginas del libro es «poder» y no tanto «miseria», es «oligarquía» y en menor medida «campesinado». En segundo lugar, el ámbito de estudio no será tanto la «España señorial» cuanto la problemática específica que se genera en torno a los Montes de Toledo, sitios en dicha provincia. No obstante, bien es verdad que el autor, de forma acertada y minuciosa, imbricará dicha problemática dentro del contexto sociopolítico nacional. Buena prueba de ello será el capítulo primero («Régimen señorial y transición liberal»), donde se expone el contexto teórico que servirá de base sobre la que se edificará, posteriormente, el estudio de toda la problemática que generan los Bienes de Propios objeto de análisis.

Marco teórico en el que se abordará la transición del feudalismo al liberalismo desde una óptica pactista, en la que el Estado absolutista borbónico jugará un claro papel central, de tutelaje, con una forma específica de intervención que hace imposible, según el autor, considerar al Estado en este período de transición como un simple apéndice de la clase dominante aristocrática. Papel del Estado e imposibilidad de adoptar una vía de compromiso entre los sectores privilegiados y el propio Estado que determinará, en palabras del autor, una específica y larga transición y agonía del sistema de Antiguo Régimen español.

Papel central del Estado que se reflejará en la propia política ilustrada seguida con respecto a los Bienes de Propios y que se concretará en un proceso de centralización por parte del Consejo de Castilla de los propios y arbitrios, estudiado en detalle por el autor, y que constituirá, en palabras suyas, el inicio de un proceso que facilitará la expropiación de los derechos de uso del campesinado y el inicio de su proletarianización. Para ello se estudiará detenidamente todo el marco legal diseñado por los ilustrados, desde el reglamento de 1764 hasta el informe de la Ley Agraria de Jovellanos (1794), como paso previo al exhaustivo análisis que se lleva a cabo en el libro de toda la

legislación que al respecto se desarrolló en el marco de las Cortes de Cádiz de 1812, donde el autor resalta la concreción de dos tendencias: una, que desde la tradición jovellanista defendía lo que podríamos denominar el individualismo desamortizador, y otra, asentada en la defensa tradicional del colectivismo.

y será en este marco precisamente en el que el autor inserte el análisis del conflicto social generado en torno a los Montes de Toledo. Conflicto social que adquirirá, en la coyuntura bélica de 1808-1814, un carácter decididamente político, donde a través del juntismo se hará causa común en defensa de la desvinculación señorial de dichos terrenos. Será ahora cuando, según el autor, se definan dos posiciones claramente encontradas, que se van a analizar detalladamente, y que reflejarían la propia división interna del liberalismo español de estos años: de una parte, la postura que mantiene el Ayuntamiento de Toledo de miedo a que el proceso revolucionario se le vaya de las manos y abogando por la necesidad de una interacción entre defensa de la tradición y apuesta por la modernidad; de otra, la defendida por la mancomunidad de pueblos que reclaman sus derechos sobre esos terrenos y la Diputación Provincial, que enarbolará la defensa de la racionalidad y el buen aprovechamiento de los recursos, para lo que se hace necesario una reforma que pasaría por la desamortización de los mismos.

Enfrentamiento, en todo caso, que se convertirá en uno de los hilos conductores de toda la argumentación y que irá pasando por diversos momentos, pormenorizadamente analizados por el autor. Primero, en el período 1834-1854, donde el litigio se concretará, de una parte, en la defensa que se hará por las autoridades provinciales de enajenar Bienes de Propios con el fin de satisfacer al conjunto de los acreedores, y de otra parte, en la postura que mantiene el Ayuntamiento de Toledo de que dichos acreedores justifiquen la legitimación de sus créditos y el reconocimiento de su carácter de propietario y la antigüedad de su posesión. Contencioso entre Ayuntamiento y acreedores que redundará en estos años en un progresivo trasvase de capital, detalladamente expuesto, y en el ascenso de la burguesía urbana y de sectores de la vieja nobleza asentado, básicamente, sobre la pérdida de preeminencia del clero. Finalmente, a partir de 1854, ya al calor de la ley Madoz, en la que el Ayuntamiento de Toledo, que todavía conservaba un vasto patrimonio municipal, optará por defender sus Bienes de Propio ante cualquier tentativa de nacionali-

zación argumentando criterios de utilidad y aprovechamiento común, aun cuando, según argumentará el autor, el objetivo final de dicha defensa municipal no era tanto impedir la desamortización cuanto la de hacerse nuevamente con la administración directa de los terrenos de los montes y, por supuesto, del dinero que pudiera derivarse de su posible amortización, lo que le llevará a iniciar, aprovechando la coyuntura desamortizadora, un largo litigio con sus acreedores. Explicación del proceso y de las distintas fases del mismo que el autor acompañará a su vez de una serie de anexos documentales a través de los cuales el lector puede pormenorizar sobre algunos de los aspectos desarrollados en la argumentación.

Análisis detallado del proceso que se sigue en torno a los Montes de Toledo que, sin embargo, y desde mi punto de vista, se aborda a lo largo de los distintos capítulos del libro desde una óptica excesivamente institucionalista y legal, echándose en falta una mayor atención a la conflictividad campesina que se genera en dicho proceso y que va más allá de las vías meramente institucionales, manifestándose en muchos casos en actos «cotidianos» de resistencia, a los que el autor apenas presta atención y que, sin embargo, quizá podrían haber mejorado sensiblemente un trabajo ya de por sí bastante completo. A su vez, también se echa en falta un estudio concreto de los sectores sociales que irán controlando a lo largo de estos años dichas instituciones, sus intereses concretos..., a fin de poder insertar el enfrentamiento institucional, detalladamente estudiado, repito, dentro de las estrategias de reproducción de clase de cada una de ellas, con respecto, claro está, a la cuestión de los Bienes de Propios de la zona. Aspecto este último que dotaría al estudio de una dimensión más decididamente social -que complementarían los aspectos institucionales del conflicto- y que, si se me permite, hecho en parte en falta. Cuestiones, en todo caso, que en modo alguno invalidan la seriedad, rigor y buen hacer de historiador que el lector puede hallar a lo largo de las páginas de este libro.

Salvador Cruz Artacho

URÍA, JORGE (coord.): *Asturias y Cuba en torno al 98. Sociedad, economía, política y cultura en la crisis de entresiglos*, Labor, Barcelona, 1994, 237 pp.

Este libro es una de las primeras y tempranas aportaciones al acervo de trabajos sobre la crisis colonial española de 1898 que sin duda proporcionará su próxima conmemoración centenaria.

Ese madrugador interés por el estudio del «98» asturiano va más allá del simple oportunismo coyuntural de la fecha conmemorativa. Cuba, desde el fin de «la guerra de los diez años», no sólo se había convertido en el principal foco de recepción de los emigrantes asturianos, sino que, además, la colonia asturiana presentaba una entidad cuantitativa y cualitativa de primer orden. Después de la gallega, la colonia asturiana era la más numerosa en Cuba en aquellas fechas y sus miembros más destacados -entre los que se contaban varios de los principales empresarios del sector comercial, las industrias tabaquera y azucarera- constituían uno de los grupos más influyentes en la isla. Los vínculos afectivos y los intereses materiales que unían a los asturcubanos con su tierra de origen eran intensos e importantes. De ahí que la guerra se viviera en Asturias como un acontecimiento propio y cercano a pesar de la lejanía, y que la derrota tuviera unas consecuencias de primera magnitud y de todo orden para la región.

A pesar de todo ello, y aunque algunos de esos aspectos ya han sido objeto de análisis puntual dentro de la historiografía regional, faltaba el tratamiento de otros y, sobre todo, una visión del conjunto del «98» asturiano como la que se ha realizado en este libro. Porque no estamos ante una mera colección de trabajos unidos sólo por una temática común, sino ligados por el nexo de un plan de investigación trazado con una orientación globalizadora. Visión que, como consecuencia precisamente de ese enfoque globalizador, ofrece, además de su carácter interdisciplinar, otra característica de interés. La investigación se ha hecho desde la perspectiva de las dos orillas en un doble sentido. Por una parte, el análisis abarca los dos ámbitos geográficos, es decir, tanto el de la «realidad» demográfica y socioeconómica y las actitudes ante el conflicto en la colonia asturcubana, como las repercusiones sociales, políticas, económicas e ideológicas que tuvo en Asturias. Por otra, el equipo investigador ha estado integrado por investigadores asturianos procedentes de diferentes departamentos de

la Universidad de Oviedo, pero también por investigadores y profesores cubanos de la Universidad de La Habana.

La primera parte del libro está dedicada al estudio de la colonia asturiana en Cuba y comprende el trabajo de Pedro Gómez sobre sus características biodemográficas y los realizados por los profesores cubanos Alejandro Villa y Doria García, que analizan el destacado papel que tuvieron en los sectores azucarero y tabaquero ciertas sagas de emigrantes asturianos, como los Rionda, los González Valle o los González Carvajal. El objeto de los trabajos de la segunda parte es el tratamiento de las consecuencias sociales y económicas del conflicto: el incremento de las remesas de los emigrantes y las transferencias de capital (José Ramón García López); la actitud legitimadora y probélica de la Iglesia asturiana (Julio Antonio Vaquero Iglesias); la acentuación del rechazo popular al servicio militar (José María Moro Barreñada); la denuncia de la guerra y la protesta por sus secuelas sociales de los partidos de izquierda (Enriqueta Ortega), y el despliegue de las manifestaciones del patriotismo burgués y popular en Asturias y en los medios asturcubanos (Francisco Erice). La tercera parte trata de las consecuencias ideológicas del Desastre analizando, desde la perspectiva asturiana, el programa regeneracionista de índole nacionalista del Grupo de Oviedo (Jorge Uría, que ha realizado además las labores de coordinación general), y, desde la isleña, las diversas interpretaciones que la historiografía cubana ha propuesto del «98» (Carmen Garda). Y se cierra el libro con un epílogo de la catedrática de la Universidad de La Habana y coordinadora de los investigadores cubanos, Aurea Matilde Fernández Muñiz, sobre los efectos de la crisis política colonial en las relaciones entre Asturias y Cuba.

Julio Antonio Vaquero Iglesias

CRUZ ARTACHO, SALVADOR: *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad rural en Granada, 1890-1923*, Ediciones Libertarias, Ayuntamiento de Córdoba, Córdoba, 1994, 612 pp.

La Restauración, esa etapa de la historia contemporánea española que sigue siendo, hasta el momento presente, la de más larga duración de toda la historia española contemporánea, ha demostrado ser un vasto campo para la investigación que sigue dando frutos muy

valiosos y clarificadores. Este libro de Salvador Cruz Artacho es una muestra de lo mucho que todavía queda por decir acerca de esta época y del sistema que la sustentó, y a su autor habría que situarlo dentro de esa última generación de estudiosos que se acerca a ella con la intención de ir en su análisis más allá de un mero estudio de historia política.

El estudio de este joven historiador malagueño, formado en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada, se centra sobre los mecanismos del poder y sobre el fenómeno caciquil del mundo rural de la provincia de Granada. Originariamente, esta obra fue su tesis doctoral, que posteriormente fue reducida y retocada para su publicación, después de haber obtenido el premio Díaz del Moral en su convocatoria de 1993. Como instrumentos para su análisis, Cruz Artacho utiliza esencialmente los documentos procedentes de los archivos municipales y provinciales y de los archivos judiciales, amén de las abundantes estadísticas impresas existentes sobre la realidad económica y social de la Granada de finales del XIX y primer cuarto del XX. En cuanto a la prensa, ha tratado de evitar ese empleo abusivo que con frecuencia se hace de ella en los estudios de esta índole. Siendo todo este material de suma importancia y más que suficiente para cubrir los objetivos que el autor se propone, echamos en falta, no obstante, alguna referencia a la documentación privada que hubiese permitido sacar a la luz aspectos de las relaciones de poder que sólo este tipo de fuentes puede ofrecer. La bibliografía nacional y extranjera utilizada, y entre la que Cruz Artacho se mueve con gran soltura, le ha permitido elaborar un aparato conceptual que le otorga una gran solidez y rigor a todo el trabajo.

El planteamiento general de esta obra presenta cierta originalidad desde el momento en que su autor opta por realizar un análisis de los mecanismos del poder y de las redes clientelares de todo el entramado de la maquinaria política del sistema no de arriba a abajo, como ha sido habitual en la mayor parte de los trabajos que se han realizado previamente, sino de abajo a arriba. Es decir, mediante un estudio de la realidad local, Cruz Artacho trata de desentrañar las claves de la estructura del poder político en Granada y de su engarce con el entramado general del sistema. Esa intención le ha llevado a estudiar la evolución de la agricultura granadina, de la estructura de la propiedad, de los precios o de los salarios, mediante una serie de indicadores que le han permitido trazar un cuadro previo, de gran in-

terés por su precisión y su rigor, de la situación de la provincia granadina a 10 largo del casi medio siglo, y que abarca los cinco primeros capítulos del libro.

A partir del capítulo sexto, el análisis se centra más en las cuestiones de orden político, por cuanto se estudian los procedimientos de control de las instituciones de la administración municipal, provincial y judicial por parte de la oligarquía de propietarios con vistas a consolidar un modelo de desarrollo agrario que consagre su hegemonía social y económica. Los tres últimos capítulos están dedicados al estudio de la conflictividad agraria, conflictividad generada como consecuencia de los cambios en la estructura productiva que sólo servirá para acentuar las desigualdades sociales.

Por todo ello, este excelente libro de Salvador Cruz Artacho viene a sumarse a esa serie de trabajos (Santander, Alicante, Extremadura, Sevilla) que cada vez con mayor nitidez están poniendo de manifiesto que la Restauración no puede entenderse cabalmente sin tener en cuenta la interrelación existente entre poder político e intereses económicos, interrelación que en el caso de Granada resulta de una claridad meridiana.

Rafael Sánchez Mantero

MARTÍN DE LA GIJALDIA, RICARDO M.: *Información y propaganda en la prensa del Movimiento. Libertad de Valladolid, 1931-1979*, Universidad de Valladolid, Servicio de Publicaciones, 1994, 371 pp.

«Había un periódico clerical, otro gubernamental, otro liberal, que era el periódico por excelencia, el periódico de la ciudad y de la región...», recuerda Umbral en *Las Ninfas* al recordar el pasado informativo de esta capital de provincias, tan parca en rótulos como rica en matices. Las investigaciones consumadas años atrás por Celso Almuíña sobre el decano de la prensa vallisoletana, *El Norte de Castilla*, se han visto enriquecidas durante 1994 con la publicación, a cargo de la Universidad y bajo su experta dirección, de la tesis doctoral de Pablo Pérez López titulada *Católicos, política e información. Diario Regional de Valladolid, 1931-1980*, junto con el libro que ahora reseñamos.

Este trabajo debe inscribirse, por tanto, dentro de un proyecto de amplios vuelos sobre el quehacer periodístico local en las convulsas

décadas del siglo XX, lo que acrecienta de manera notable el inicial atractivo del medio siglo de historia surcado por el periódico *Libertad*, desde sus orígenes republicanos vinculado a Onésimo Redondo y las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, hasta su extinción en plena transición democrática, en palabras del rotativo merced a una «burda maniobra» de Adolfo Suárez. En este sentido cabe celebrar la liquidación de una deuda pendiente, de las muchas que aún lastran el panorama historiográfico de la España del interior.

Dicho mareo local, para regocijo del lector, es desbordado sistemáticamente por Ricardo Martín en el curso de estas páginas, preocupado por ahondar en la problemática general de la prensa del Movimiento, su reglamentación, discurso propagandístico y mutaciones en las formas de legitimación, sin olvidar en su confrontación analítica comparar estas referencias nacionales con el caso alemán e italiano, amén de interesantes alusiones al modelo brasileño y portugués, mucho menos frecuentados. Todo ello no hubiera sido posible sin el rico entramado bibliográfico y documental que sustenta esta investigación, cuidadosa de evitar tentaciones unilaterales y contrastar la información obtenida en diferentes hemerotecas y archivos, algunos de ellos infrautilizados hasta fechas recientes en las pesquisas sobre la España contemporánea. Me refiero, entre otros, al Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, cuya Sección «Medios de Comunicación Social del Estado» resulta en este supuesto de innegable eficacia para el seguimiento de determinados indicadores cuantitativos (ingresos y gastos, tiradas, suscripciones, devoluciones).

La originalidad en la titulación de los epígrafes y la huida de etiquetas convencionales y academicismos a la hora de plantear la estructuración formal y metodológica del trabajo resaltan la habilidad del autor en ordenar el desorden y ser capaz de ajustar a esquemas inteligibles las contradicciones palmarias en este tipo de publicaciones. Auspiciadas todas ellas como armas de combate y, en el caso concreto de *Libertad*, supeditada a los vaivenes ideológicos de las consignas falangistas y jonsistas de sus egregios promotores (Onésimo Redondo, Ramiro Ledesma).

El estudio de este acentuado empeño propagandístico constituye, sin duda, uno de los ejes medulares del libro. Sucesivos capítulos desgranar con maestría un discurso periodístico estereotipado y reiterativo, voleado en la legitimación del régimen desde una cosmovisión idealizada, rebotante de ampulosidad. Constataciones como el de-

sarraigo local del periódico y su desconexión respecto al entorno vallisoletano circundante, pertinaz ausencia pese a su ubicación histórica en pleno corazón de la ciudad, ratifican cuanto comentamos. Más aún, el apoyo institucional de *Libertad* al régimen franquista no impide detectar una cierta incomodidad interna acorde con la progresiva reordenación del Nuevo Estado, que altera sus viejos reclamos y pone en entredicho la viabilidad del proyecto nacionalsindicalista, siempre recordado en este diario con el yugo y las flechas de su emblemática cabecera.

La otra gran vertiente, abordada también, a mi juicio, de forma modélica, gira en torno a la manifiesta inviabilidad económica y el mantenimiento artificial de un periódico endeudado hasta sus raíces, imposible de sanear y carente de personalidad propia, concebido en calidad de empresa política al servicio público, nunca desde una perspectiva económica. En suma, serán la inercia y el incuestionado sentido ideológico-propagandístico los que primarán, una y otra vez, por encima de cualquier valoración racional o planteamiento de rentabilidad económica. Sólo resta congratularnos ante la rápida publicación de esta tesis doctoral, necesaria, valiente y rigurosa, tal como acreditó en su día la máxima calificación académica que le fue otorgada.

Elena Maza Zorrilla

CASTELLS, LUIS: *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Siglo XXI, Madrid, 1993.

El libro que presentamos recoge cuatro artículos, tres de ellos ya publicados con anterioridad, referidos al estudio de la cultura de los trabajadores del País Vasco en los años de la Restauración.

Esta iniciativa de recopilar trabajos, ya publicados en forma de artículos en revistas especializadas, se convierte en una interesante fórmula para conocer investigaciones a las que en su momento nos fue vedado el acceso, así como para subsanar errores tipográficos, como en el segundo de estos ensayos, que en su día dificultaban su lectura.

El conjunto de estos artículos nos presenta la evolución de la clase obrera en el marco cronológico de la Restauración, marco temporal que de forma preferente ha sido elegido por el autor para sus in-

vestigaciones. El marco espacial varía en cada uno de los ensayos, bien las provincias de Alava, Biskaia y Guipuzkoa, en uno de ellos; la provincia de Guipuzkoa, en otro; una localidad guipuzcoana, en otro, y dos comarcas con importante presencia obrera, la zona minera de Bizkaia y la villa armera de Eibar (Guipuzkoa), en el último de ellos.

El ámbito temático elegido es la valoración del cambio social y su repercusión en la conducta de los trabajadores, atendiendo a las transformaciones sociales y económicas que contribuyeron a él. Si examinamos el primero de los trabajos, realizado hace prácticamente diez años, observamos que nos presenta una aproximación al conflicto en Guipuzkoa, obviando las situaciones de no-conflicto, también importantes en la comprensión de las relaciones entre patronos y trabajadores. El segundo de ellos, redactado un año más tarde, también se centra en el estudio de un conflicto que supone un momento crucial en la organización de los trabajadores en el marco del sindicalismo católico. El tercero es una reflexión de ámbito más general, realizada en colaboración con otros colegas, en la que el estudio de la clase obrera se realiza dando un paso adelante en el abandono del conflicto como punto central del interés. Pero donde realmente vemos un cambio más sustancial en cuanto al objeto de estudio es en el último ensayo, centrado en las pautas de conducta de los trabajadores en su vida cotidiana.

Por todo lo dicho, observamos a lo largo de los textos reevidados una evolución temática desde el estudio más descriptivo de los conflictos y de las organizaciones a la preocupación por la situación de los trabajadores en los diferentes aspectos de su vida cotidiana, al estudio interno de la clase obrera y de las circunstancias que condicionan su evolución. Lo que evidencia una cierta variación en las preocupaciones del autor, que nos muestra su evolución metodológica hacia las nuevas corrientes de la historia social.

Quizá por esta mayor proximidad a las preocupaciones actuales de la historia social resulte de mayor interés el comentar con más profundidad el último trabajo. Como ya señalábamos con anterioridad, el marco cronológico es el de la Restauración y el marco espacial el de dos espacios locales que viven de un modo diferente el desarrollo del capitalismo. La reducción del espacio de estudio permite de este modo aprehender de una manera más completa los cambios vividos por los trabajadores; en palabras de Geertz: la cuestión no es *estudiar un pueblo*, sino *estudiar en un pueblo*.

Las cuestiones que se estudian son: la emergencia de la nueva sociedad, los sistemas de trabajo y la organización de los obreros. Para ello se contraponen dos modos diferentes de trabajo y de centros de trabajo, dos tipos de trabajadores y de empresarios, etc. Frente a un lugar, Eibar, con una importante tradición artesanal, con una tradición política republicana, con pequeños centros industriales y pequeños industriales, etc., se estudia una zona, la minera, en las antípodas en la mayor parte de estas condiciones y otras que se mencionan en el libro. La resultante de todo ello serán unas relaciones laborales diferentes y una diferente organización obrera. Lo que nos muestra un acusado grado de localismo en la sociedad de la Restauración, que se superó paulatinamente, y la diversidad de comportamientos que muestran la endeblez de muchos de los pretendidos estudios de *historia general*, que no dejan de ser estudios locales generalizados a zonas más amplias sin la menor base empírica. Esto no debe hacernos creer en la inexistencia de elementos comunes en ambos modelos de desarrollo de las clases trabajadoras, como la legislación laboral, las organizaciones obreras, etc.

A partir de estos estudios podemos observar cómo se hace evidente el interés de los estudios locales como medio de análisis de problemas generales. Asimismo, la diversidad de respuestas de los trabajadores a las nuevas exigencias de la sociedad capitalista, debidas a unos condicionantes propios, sin olvidar sus elementos comunes, marcados por un proceso lento, pero continuo, de homogeneización e intercomunicación de la sociedad.

Mikel Urquiuo Goitia

PÉREZ LÓPEZ, PABLO: *Católicos, política e información: Diario Regional de Valladolid, 1931-1980*, Universidad de Valladolid, 1994, 353 pp.

La Universidad de Valladolid posee una ya larga y fructífera tradición de estudios históricos centrados en los medios de comunicación. Los nombres de Palacio Atard, Enciso Recio, Egidio López, Palomares Ibáñez o Almuiña Fernández jalonan este recorrido, que encuentra ahora en Pablo Pérez López un digno continuador.

Su obra, presentada en su momento como tesis doctoral en esta Universidad, parte del estudio de un periódico de Valladolid de este

siglo, para colocarnos inmediatamente ante el apasionante problema de la prensa católica en España. El recorrido por la historia de *Diario Regional* ciertamente viene a colmar una laguna existente en la historia de la prensa vallisoletana de la presente centuria, pero no deja de tener para el autor un mero carácter instrumental. Sus planteamientos e hipótesis trascienden, pues, lo propiamente local para adentrarse en el análisis profundo del catolicismo en estos años, en las razones y motivaciones que llevaron a los españoles a editar periódicos católicos y por qué ese tipo de prensa finalmente se extinguió.

El relato arranca en los ásperos años de la Segunda República, en los cuales la defensa del catolicismo amenazado llevó a los católicos a utilizar su prensa como arma propagandística y elemento de lucha en una batalla en la que resultaba casi imposible discernir lo religioso de lo político. La Guerra Civil consagró inevitablemente este modelo de periodismo, ya que el enemigo político de antaño se había convertido en adversario de trinchera.

En las páginas siguientes, las dedicadas al estudio de los largos años del franquismo, la obra alcanza su plenitud. El establecimiento de un régimen oficialmente confesional que sometía al periodismo a una implacable censura estatal obligaba a los católicos vallisoletanos y españoles a plantearse el sentido de la existencia de una prensa formalmente apellidada católica. Por eso los primeros años cincuenta registran el progresivo anquilosamiento y una profunda crisis de identidad en estos medios, entre los cuales *Diario Regional* no es una excepción. La solución, la única salida, estaba en descargar al periodismo católico de los lastres del pasado que lo acercaban más a una lectura piadosa que a un moderno medio de comunicación de masas. La respuesta estaba en demostrar que los católicos podían hacer un periodismo profesional, ágil, a la altura de los tiempos, consiguiendo además que la empresa, en términos estrictamente mercantiles, fuese rentable.

El intento, llevado a cabo en *Diario Regional* desde mediados de los años cincuenta a finales de los sesenta, estaba condenado al fracaso. La prensa católica, por definición, no se había concebido nunca para rendir dividendos, no era un negocio, sino un apostolado, y ésa había sido la razón de su existencia. El franquismo la había hecho redundante e inútil, porque en un país oficialmente confesional el tránsito del concepto *periodismo católico* a *católicos que hacen periodismo* carecía de sentido. Si de lo que se trataba era de hacer sim-

plemente *buen periodismo*, esa fórmula en Valladolid ya existía y desde hacía tiempo, se llamaba *El Norte de Castilla*. En la pugna puramente comercial, el diario católico llevaba las de perder. Y así fue como a finales de los años sesenta la inviabilidad empresarial de *Diario Regional* lo había condenado ya, por mucho que aún resistiera en agónica lucha algún tiempo más.

Cuando el 7 de marzo de 1980 cerraba sus puertas el diario católico de Valladolid, hacía ya tiempo que la prensa católica había dejado de tener sentido. España había cambiado profundamente. El estereotipado catolicismo oficial del régimen franquista ya no cuadraba ni tan siquiera con las nuevas corrientes conciliares en la Iglesia, pero, además, desde los años sesenta en España se había venido produciendo un imparable proceso de secularización que incorporaba al país a marchas forzadas a eso que ha dado en llamarse modernidad. El estupor de redactores y lectores de *Diario Regional* ante la fotografía de un supermercado norteamericano en los años cincuenta pulverizaba por sí solo la imagen oficial de la España Imperial. El periodismo católico español nunca había sido rentable, el problema ahora consistía en que tan escasos eran los lectores como los mecenas.

El libro de Pérez López sorprende gratamente al lector con una fina combinación de rigor histórico y calidad narrativa. Como si de una biografía se tratara, el autor nos hace recorrer el ciclo vital de ese sujeto histórico llamado *Diario Regional*, su nacimiento, madurez y muerte. Su pluma nos lleva con elegante prosa a través de diferentes épocas y conflictos, nos presenta con trazo preciso a sus protagonistas, los Pérez Solís, Cebrián Boné, Fernández Areal y tantos otros, en un intento deliberado por demostrar que los libros de Historia pueden ser tan legibles como rigurosos y precisos.

Arrinconado durante años frente a otros elementos quizá más atractivos o llamativos, como el socialismo o el liberalismo, el papel central del catolicismo en la historia contemporánea de España se manifiesta cada vez con mayor claridad ante los historiadores. En este sentido se hace absolutamente indispensable el análisis de la prensa católica, como perfecta expresión de la adaptación o inadaptación de los católicos al mundo contemporáneo. El principal mérito de Pablo Pérez consiste precisamente en haber abordado sin complejos este fascinante problema.

José-Vidal Pelaz López

CABALLERO DOMÍNGUEZ, MARGARITA: *El sufragio censitario. Elecciones generales en Soria durante el reinado de Isabel II*, Junta de Castilla y León, Avila, 1994, 345 pp.

Este libro viene a subsanar un vacío historiográfico sobre el entramado electoral en la España isabelina, toda una incógnita, en el caso concreto de Soria, frente al interés suscitado por etapas más recientes de su proceso político contemporáneo, ya sea la Restauración, estudiada por Carmelo Carcía Encabo (*Elecciones y partidos políticos en la provincia de Soria durante el periodo 1875-1907*, tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza, 1989, 3 vols.), Santos Hoci-gas Martín (*Las elecciones en la provincia de Soria durante el periodo 1907-1923*, tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza, 1985) y la propia Margarita Caballero (*Las elecciones municipales en Soria capital entre 1874 y 1923*, tesis de licenciatura inédita, Universidad de Zaragoza, 1980), o los trabajos elaborados en la década de los setenta por Carmelo Romero Salvador sobre la Segunda República (*Elecciones y partidos políticos en la provincia de Soria durante la Segunda República*, tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 1978, ampliación de su Memoria de Licenciatura leída en 1973 bajo el título *Los sufragios electorales en la provincia de Soria en 1931*).

Las limitaciones espaciales y demográficas inherentes a un marco con diez mil kilómetros cuadrados y poco más de cien mil habitantes, extensibles asimismo al soporte documental y la parquedad de fuentes informativas, pueden encerrar algunas claves de la escasa atracción ejercida por semejante ámbito y temática entre los investigadores. El riesgo a sucumbir en un localismo de vía estrecha se intenta corregir en este trabajo desde un enfoque metodológico empeñado en relacionar en todo momento el caso particular soriano con el conjunto nacional y los comportamientos sociopolíticos paradigmáticos del reinado isabelino. Resulta, en este sentido, esclarecedor su análisis del «cómo» y el «porqué» del acceso al poder de determinadas personas, que irán reacomodando sus maneras de ejercitarlo a tenor de las cambiantes circunstancias políticas y socioeconómicas del segundo tercio decimonónico. Aparecen así desbrozadas ante nuestros ojos las complejas relaciones de poder, su articulación y plasmación en una práctica electoral, descritas en un lenguaje ameno e in-

teligible, aún más meritorio si tenemos en cuenta la aridez del proceso sometido a examen.

Al estudio pormenorizado de las veintidós elecciones generales celebradas en Soria durante la monarquía isabelina, su urdimbre y entresijos sin regatear nombres y apellidos -algunos de expresiva reincidencia, como el ocho veces diputado Rafael Ramírez de Arellano y otros correligionarios—, se añade un oportuno análisis de la normativa electoral vigente en estas décadas, prueba del aludido afán por superar los corsés locales y acceder a una problemática política de carácter general. La aparente variedad de la legislación electoral, mediatizadora de los comportamientos de candidatos y electores, y polarizada en las arquetípicas Leyes de 1837 y 1846, o las discrepancias vertidas en torno a la conveniencia de una división electoral en distritos uninominales o circunscripciones provinciales, no deben empeñar el férreo consenso mantenido por moderados y progresistas en lo fundamental.

Me refiero, desde este ángulo político-ideológico, a la defensa por ambas formaciones liberales del sufragio censitario masculino, exponente de los intereses de las clases dominantes y uno de sus engrasados mecanismos de perpetuación en el poder, coherente con un discurso oficial según el cual «todo hombre que tiene una profesión lucrativa y por su incapacidad no puede distinguirse en ella es un elemento segurísimo de perturbación». La sacralización de la propiedad perceptible en la España isabelina atenúa otras diferencias programáticas, como podemos constatar con nitidez desde estos ámbitos domésticos provinciales, donde el diputado se convierte en mera correa de transmisión con oficio de mediador entre los electores de su distrito y el gobierno central. De ello ofrece sobrados testimonios este riguroso trabajo de Margarita Caballero, que sintetiza lo más sobresaliente de su tesis doctoral, defendida en la Universidad de Zaragoza en 1989.

Elena Maza ZorriLla

SEBASTIÁN GARCÍA, LORENZO: *Entre el deseo y la realidad. La gestión del Departamento de Cultura del Gobierno Provisional de Euzkadi (1936-1939)*, Instituto Vasco de Administración Pública, Oñati, 1994, 257 pp.

La Guerra Civil española presentó en la zona republicana dos rasgos diferenciadores que incidieron de manera determinante en la evolución del conflicto. Uno fue la imbricación, pugna o abierta divergencia entre el elemento político y el militar; otro, la pluralidad de organismos oficiales y privados que, al socaire del conflicto bélico, trataron de imponer su propio modelo de organización de la realidad dentro de su marco de actuación. En un nivel de Gobierno esto se reflejó en la actuación paralela del Gobierno de la República y de los Gobiernos autónomos catalán y vasco.

La proyección de ambos rasgos en los distintos niveles de la realidad en estos años de 1936-1939 ha constituido un foco de atracción para la historiografía sobre la Guerra Civil que se ha ido perfilando desde principios de los ochenta. Es entonces cuando una joven generación de historiadores españoles empezó a tomar el relevo a los protagonistas de la guerra y a los historiadores extranjeros (anglosajones fundamentalmente) que se habían ocupado de la misma. A partir de entonces, y sobre la base de documentación primaria, se empezaron a publicar estudios monográficos que han ido desvelando muchos aspectos poco conocidos, ignorados o marcados por la desfiguración del tópico. Centrándonos en la historiografía vasca sobre la Guerra Civil, es en este contexto en el que hay que situar el libro de Lorenzo Sebastián, tal y como señala José Luis de la Granja en el prólogo.

Bajo el sugerente título de *Entre el deseo y la realidad*, este libro constituye un análisis minucioso de la gestión educativa y cultural llevada a cabo por el Departamento de Cultura del Gobierno provisional de Euzkadi en el corto lapso de tiempo que transcurre entre el 7 de octubre de 1936, en que se formó ese Gobierno, y el 19 de junio de 1937, fecha de la caída de Bilbao.

El libro se estructura en torno a cuatro capítulos. En el primero se abordan las competencias de ese Departamento dentro del organigrama del Gobierno, destacando la figura del que fuera Consejero de Justicia y Cultura, Jesús María Leizaola, hombre clave tanto en el seno del Gobierno como en la formación política a la que pertenecía,

el Partido Nacionalista Vasco. En un segundo capítulo se traza la organización de este Departamento. Los dos últimos se centran en el análisis pormenorizado de la gestión educativa y cultural auspiciada por el mismo. Unos bien seleccionados apéndices cierran el libro, que tiene la principal virtud de haber reconstruido, a partir de una buena documentación de archivo, la gestión de uno de los organismos más influyentes del Gobierno vasco, así como de haber perfilado las bases ideológicas sobre las que se asentaron las tomas de decisiones y los límites entre las aspiraciones y la praxis.

De la lectura del libro se desprenden una serie de importantes conclusiones que es necesario resaltar. La primera, ejemplo palmario de esa pluralidad a la que aludimos, es que, paralelamente al proyecto educativo cultural auspiciado desde el Ministerio de Instrucción Pública republicano, el Gobierno vasco, desbordando incluso las atribuciones contempladas en el Estatuto de Autonomía, trató de llevar a la práctica un programa educativo y cultural, definido desde tiempo atrás, de corte nacionalista y confesional. El instrumento básico para ello fue la escuela. En este sentido, las dos innovaciones de mayor trascendencia introducidas en este nivel fueron la oficialidad de la enseñanza en/de la lengua vasca y la vinculación entre educación física y folklore tradicional vasco. El modelo de esta política educativa nacionalista fueron las Escuelas de Euzkadi, creadas por el Gobierno y que apenas tuvieron tiempo para asentarse. Su labor, sin embargo, fue continuada en las colonias para niños vascos evacuados establecidas en el País Vasco francés. La aplicación de este proyecto nacionalista en el ámbito escolar produjo roces y enfrentamientos con la Delegación Nacional de Enseñanza Primaria y con los maestros nacionales. Por otra parte, los nacionalistas tampoco se mostraron plenamente satisfechos por parecerles el proyecto del Gobierno demasiado moderado.

En la misma línea que la creación de las Escuelas de Euzkadi estuvo la de la Universidad Vasca, viejo anhelo que ahora se hacía realidad con la puesta en marcha de la Facultad de Medicina, también por un corto espacio de tiempo. La especificidad de lo vasco aquí se reflejó en la introducción de la asignatura del euzkera médico en el plan de estudios.

Esta misma política de «defensa, estudio y expansión» de la lengua vasca se proyectó en el ámbito cultural con la creación de la Sección de Lengua y Literatura Vasca dentro del Departamento de Cul-

tura. Por último, la participación en la Exposición Internacional de París de 1937, en el marco del Pabellón Español, estuvo presidida por ese mismo deseo de destacar la singularidad de lo vasco.

En suma, y como se subraya en el libro de Sebastián, la Guerra Civil constituyó un factor propicio para desarrollar una política educativa y cultural por parte del Gobierno vasco que tenía como objetivo prioritario reforzar la «identidad nacional» de Euzkadi dentro del conjunto de los pueblos de España. El intento, que se movió entre los márgenes de los deseos y los obstáculos que la propia guerra imponía para hacerlos realidad, quedó prontamente abortado tras la caída de Bilbao en poder de los militares sublevados.

Alicia Alted

SUÁREZ CORTINA, MANUEL: *Casonas, lldalgos y Linajes. La invención de la tradición cántabra*, Universidad de Cantabria-Editorial Límite, Santander, 1994, 162 pp.

A veces las ausencias pueden ser tan ilustrativas como las presencias para buscar claves de fenómenos históricos generales en el marco del análisis comparado. Este trabajo es buen ejemplo de ello respecto de la cuestión nacional/regional en la España contemporánea. En los tres primeros capítulos («El romanticismo historiográfico», «Los inicios de la erudición montañesa» y «Tradicción y regionalismo en Cantabria»), el autor analiza la evolución de la historiografía, la erudición y la literatura en su relación con la posible construcción de una identidad regional. El capítulo cuarto («La institucionalización de los estudios históricos»), aunque aporta datos complementarios siempre útiles, no parece imprescindible para el argumento central del libro.

Suárez Cortina asume la conocida tesis de Hobsbawm, cuya influencia campea ya en el subtítulo, y en coherencia con ella, si bien «se ha tratado de mantener la autonomía entre las elaboraciones historiográficas, las literarias y el devenir sociopolítico», «resulta evidente que los nexos entre unos y otros son muy relevantes», nexos que en realidad implican «el carácter dominante que el cambio social ejerce sobre el mismo componente nacional o regional» (pp. 8-9). Desde esta perspectiva analiza con rigor el proceso de invención y difusión de una tradición cántabra por parte de historiadores, eruditos,

literatos y publicistas (Assas, Escalante, Pereda, Escagedo, Menéndez Pelayo, Quintanilla, etc.), y relaciona sus contenidos con la situación y aspiraciones cambiantes de las clases rectoras de esa sociedad: la burguesía santanderina y la tardo-hidalguía montañesa, por otra parte bastante entremezcladas. Y constata cómo esa identidad regional construida no fundamenta un regionalismo político, que sólo apunta esporádicamente en algunos individuos y siempre queda completamente huérfano de apoyo incluso entre las élites. En su opinión, esta ausencia se explica, no tanto por la inexistencia de poderosos factores «objetivos» (por ejemplo, la lengua), aunque esto también influya, como por el hecho de que el regionalismo político no era el mejor sendero para canalizar los intereses de la burguesía santanderina. En la primera mitad del siglo XIX esta clase adopta un *liberalismo instrumental*, idóneo para beneficiarse del cambio sin crear tensiones peligrosas con las pervivencias del viejo orden en el *hinterland* montañés. La crisis iniciada en los sesenta supone la quiebra de ese modelo y la necesidad de otro más defensivo ante los nuevos cambios: es esto lo que da sentido a la invención de la tradición, sustento ideológico del *particularismo centrípeto* o cantabrismo castellanista (y españolista), que será el dominante hasta la Guerra Civil. De hecho, el regionalismo político cántabro no nacerá hasta la última transición, al calor de las instituciones regionales del actual Estado de las Autonomías, lo que, a mi juicio, no deja de ser muy significativo de la variedad de factores genéticos de este tipo de movimientos socio-políticos.

En suma, estamos ante una interesante aportación, por sus informaciones y sus interpretaciones, aunque se trate de un objeto de estudio «menor» en el conjunto de los que componen la llamada cuestión nacional en España.

Justo G. Beramendi

ELIAVES PALACIOS, JULIÁN: *Huidos y maquis. La actividad guerrillera en la provincia de Cáceres, 1936-1950*, Institución Cultural «El Brocense», Cáceres, 1994, 179 pp.

Monografía, procedente de una Tesis Doctoral leída en la Universidad de Extremadura, que afronta un detallado y riguroso análisis de la manifestación provincial de un capítulo básico de ese amplio

proceso, directamente derivado de la Guerra Civil, que fue la oposición armada al franquismo. Es éste un ámbito en el que la historiografía profesional, que se ha encontrado siempre con graves obstáculos informativos, apenas ha penetrado. Todavía se es deudor en este terreno de trabajos excesivamente militantes, de muy variada calidad, pero más comprometidos con su finalidad legitimadora y justificativa que con el rigor histórico. Hora es ya de que se incorporen a este ámbito aportaciones académicas de las que la obra que comentamos es una sólida muestra.

Solidez que viene dada por su planteamiento, integrador, y por la amplia apoyatura en fuentes primarias. Porque se trata de una obra excepcionalmente bien documentada y en este aspecto se encuentra tal vez su mayor virtud. El autor ha podido acceder a un amplio, variado y rico acervo documental que permite una perspectiva de conjunto. El aporte básico procede de informes de la Guardia Civil, del Ejército y de la Policía Gubernativa, a los que se unen actas de los Consejos de Guerra. Tal vez en un afán de exhaustividad y contraste se pueda achacar a la obra no haber utilizado los fondos, que se han empleado en otros trabajos, procedentes del ámbito de los propios luchadores antifranquistas (archivo del PCE).

Varias fases quedan individualizadas en el desarrollo de este proceso de resistencia antifranquista, siempre constituido por pequeños núcleos asentados en las zonas más montañosas de la Alta Extremadura. Surgida en los primeros momentos como simple técnica de supervivencia para los adversarios del levantamiento militar, con escasa incidencia, se vio fortalecida a lo largo del conflicto con las periódicas incursiones de fuerzas procedentes del campo republicano y destinadas a sabotear la retaguardia nacional. Sus resultados fueron trágicos, tanto en sus repercusiones directas como colaterales, algunas de las cuales el autor ha descrito ya en su obra *La Guerra Civil en Navas del Madroño. Los fusilamientos de Las Navidades de 1937* (Cáceres, Ayuntamiento de Navas del Madroño, 1993). Con la primera posguerra se produjo un fortalecimiento y una mayor sistematización de las acciones que llegaron a intranquilizar al régimen.

En suma, un verdadero trabajo de campo, sin concesiones a la nostalgia, tan propicia en estos campos, con una descripción minuciosa de las variadas operaciones a que dio lugar aquel esfuerzo, inútil tanto en sus objetivos últimos como inmediatos, que fue, además, fe-

roz y desproporcionadamente reprimido (como muestra la exhaustiva relación de víctimas).

Fernando Sánchez Marroyo

GALLARDO MORENO, JACINTA: *La Guerra Civil en La Serena*, Diputación Provincial, Badajoz, 1994, 287 pp.

Detallada monografía comarcal que se incorpora al conjunto de investigaciones de base, progresivamente creciente en cantidad y calidad, que están posibilitando un mejor conocimiento de lo que fue el desarrollo de la Guerra Civil, centradas en un marco espacial muy concreto, Extremadura, que ofrece unas características adecuadas para conseguir una comprensión global del fenómeno bélico. Como es bien sabido, en esta región el conflicto conoció todas las circunstancias posibles, que podemos sistematizar, en líneas generales, en cinco situaciones: triunfo inmediato de los militares (provincia de Cáceres), intento de sublevación abortada a los pocos días (Villanueva de la Serena y Castuera), inicial control republicano y rápida ocupación por el Ejército de Africa (buena parte de la provincia de Badajoz), mantenimiento de la legalidad republicana durante dos años (comarca de Don Benito y La Serena) y fidelidad a la República hasta el final (NE de Badajoz).

El título del libro, que nos informa bien sobre su contenido en el tiempo, no resulta, sin embargo, tan certero a la hora de situarlo en el espacio. Porque si bien es cierto que estudia el desarrollo de la Guerra Civil, desde sus primeros momentos a la extinción final de la legalidad republicana, no deja claro que analiza, con carácter modélico, lo ocurrido en una amplia zona del Nordeste de Badajoz, englobando dos de las situaciones que antes se han tipificado. Efectivamente, se ha tomado como marco espacial de estudio a unas comarcas en las que, una vez controlado un precoz intento de subvertir la legalidad republicana, se vivieron, durante dos años, peculiares experiencias de reconstrucción de un nuevo modelo de convivencia sociopolítica.

La autora, que ha manejado todas las fuentes usualmente disponibles, tanto de carácter nacional (Causa General, Archivo de Salamanca) como local (Registros Civiles, archivos municipales), logra una obra que, a pesar de su carácter local, permite proyectar conclu-

siones de validez general acerca de cómo afectó el conflicto la vida de las comunidades rurales. Se caracterizan las dificultades que conllevó la ardua y penosa tarea de reconstrucción de un nuevo orden, destinado a llenar el vacío producido por la crisis del antiguo, que pereció como consecuencia de la sublevación militar. El resultado, muy precario, supuso la marginación de buena parte de la población, la potencialmente no adicta, siempre bajo sospecha y en constante peligro de sufrir los efectos de la arbitrariedad represiva. Dentro del mismo campo antifascista la armonía estuvo ausente hasta el final y las discrepancias entre las distintas fuerzas alcanzaron un elevado grado de tensión en el que no faltaron los enfrentamientos.

Uno de los logros más conseguidos y, desde luego, su mayor aportación historiográfica es el apartado que se refiere a la represión, confirmando, sin entrar en ya hoy innecesarias polémicas cuantitativas, unas cuestiones, aclarando otras y, en última instancia, dibujando situaciones no muy bien conocidas hasta ahora. Documenta con precisión la arbitrariedad represiva, en uno y otro bando, que no desapareció tras el verano de 1936, sino que conoció una postrera reaparición después del 1 de abril de 1939, tanto más brutal por innecesaria. El amplio obituario que recoge la obra desde luego no pretende ser definitivo, pero sí permite mostrar con precisión la intensidad del fenómeno.

Fernando Sánchez Marroyo

RUIZ SÁNCHEZ, JOSÉ LEONARDO: *Política e Iglesia durante la Restauración. La Liga Católica de Sevilla (1901-1923)*, Diputación Provincial, Sevilla, 1994.

Rastrear los orígenes ideológicos de la reacción española se está constituyendo en un esfuerzo necesario de la historiografía española en estos últimos años, pues si las del conservadurismo cuentan ya con importantes obras, el desbordamiento por la derecha que sufrió este último planteaba cuestiones de máxima importancia para entender los avatares posteriores del autoritarismo, el corporativismo y el clericalismo. Por ello el libro de Ruiz Sánchez adquiere importancia, pues explica y analiza con profusión y claridad los orígenes ideológicos y sociales de esa reacción española a través de la Liga Católica en Sevilla.

El providencialismo del cardenal Spínola, que veía los males de España como un castigo de Dios, se unía a la estrecha relación que mantuvieron los hombres de la Liga entre las concepciones de religión y patriotismo —su portavoz periodístico se vanagloriaba de tener censura eclesiástica—, y la formación de un partido católico defensor del corporativismo, que al afirmarse como tal, se enfrentaba a la sociedad civil. El lenguaje de los hombres de la Liga respira por todos lados esa reacción eclesial antimoderna, tal continuar hablando del reino de Sevilla y Granada, o convocar a una manifestación en contra del estreno de Electra a «nobles y plebeyos». Actitud que cambió, pero a instancias del nuevo Nuncio Apostólico, Vico. El uso por el autor del Archivo Vaticano en este caso, como en otros muchos de su libro, abre nuevas perspectivas al tema que trata, que se escapa así del marco local para entrar de lleno en el nacional. La acción social de los católicos, las Juntas de Señoras Católicas, los Centros Patronal-Obreros, la selección de los trabajadores para pertenecer a ellos, nos hablan de un entramado social antiliberal que abarcaba un espectro social más amplio de lo que podía pensarse. Lógico era, pues, que este surgimiento de una nueva derecha con pretensiones de exclusividad católica entrase en conflicto inmediato con el partido conservador, máxime cuando un brillante grupo de jóvenes constituyó la Juventud Católica, y con una autotitulación que no dejaba dudas de por dónde se movía: «reaccionaria». La aportación que hicieron los jesuitas a la Liga a través de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas fue determinante para su consolidación. De ella salieron futuros diputados de Acción Popular en la II República, como Giménez Fernández y Monge Bernal, y otros que siempre se refirieron a ella con devoción filial como Jesús Pabón. No pudo extrañar, pues, con estos orígenes, que cuando se proclamó la Dictadura de Primo de Rivera la Liga decidiese apoyar al dictador, diluyendo así su propio proyecto político.

Podría pensarse tal vez que la debilidad esencial de la Liga radicó en que no consiguió organizar un partido moderno fuerte y organizado y por ello desapareció. Pero no parece que las cosas fueran así, porque si es cierto que como tal organización se deshizo, su herencia ideológica, obviamente entroncada con el pensamiento de la Iglesia, se trasladó a la derecha en la II República y al mundo vencedor de la guerra civil. Por ello de la lectura de cuanto bien analiza Ruiz Sánchez se puede concluir que el fracaso político de la Liga es

el fracaso de la Iglesia en el mundo moderno, pero por medio de una victoria ideológica conseguida por las armas, ya que sólo con Franco disfrutaron del poder los católicos y la Iglesia. Pero fue el disfrute de un poder conquistado gracias a la dirección de otros. Lo que sucedía era que esa victoria era la de las posiciones antiliberales que la Iglesia venía defendiendo desde las revoluciones liberales. Está claro por qué no hubo fascismo en España: porque lo que triunfó fue una reacción autoritaria, corporativa y eclesial, que era el fin de los errores del mundo moderno que la Iglesia propugnaba.

José Manuel Macarro

ESPICADO TOCINO, GLORIA: *La primera República en Cádiz. Estructura social y comportamiento político durante 1873*, Caja San Fernando Sevilla/Jerez, Jerez de la Frontera, 1993.

Esta obra recoge la Tesis Doctoral de la autora, culminando con ella otros trabajos suyos sobre el republicanismo, el Sexenio Democrático y la Primera República. En ella se sobrepasa el marco temático que indica el título, pues este análisis le lleva a estudiar indirectamente el conjunto del Sexenio, y la inserción de reflexiones generales, el estudio de los fenómenos económicos, sociales y políticos, y la perspectiva comparativa le dan un aspecto bastante más interesante de lo que pudiera haber sido una historia puramente localista.

Este trabajo se haya estructurado claramente en dos partes diferenciadas. Una primera, dedicada al análisis de la población y el marco urbano, estudio espacial de las categorías socioprofesionales, estratificación económica y social, y la evolución de la actividad manufacturera y comercial, así como análisis de la evolución de los precios; se trata de una panorámica que tiene entidad en sí misma, como muestra de la situación social y económica del Cádiz de estos años, pero a la vez sintetiza una serie de directrices que servirán de apoyo al desarrollo de la segunda parte. Se dedica ésta al estudio del republicanismo federal, y en concreto sobre la teoría federal y su plasmación gaditana, la evolución electoral del partido republicano federal y el desarrollo de la Primera República en Cádiz.

Lo más novedoso e interesante es el análisis de la estructura social de la ciudad de Cádiz con un análisis minucioso de profesiones y de su distribución espacial en los diferentes barrios, y su relación

con el comportamiento político y electoral en la Primera República. Ello lleva a la autora a comprobar, por una parte, que «los cuadros dirigentes del republicanismo gaditano se nutren, fundamentalmente, de los estratos medios y medio-bajos de la burguesía local», y «la base del partido republicano era mayoritariamente y sin ningún tipo de dudas la clase obrera»; y, por otra, a reivindicar el protagonismo del republicanismo intransigente, «desmitificar el supuesto alcance galvanizador del antipoliticismo bakuninista» y resaltar la colaboración entre ambos movimientos. Esta relación entre estructura socio-económica y comportamiento político y electoral no deja, sin embargo, de presentarse complicada, pues, como apunta la propia autora, los procesos electorales distaban de estar exentos de manipulación, la limitación de las fuentes parece impedir el estudio exhaustivo, al modo del realizado por la Primera República, en los procesos electorales de todo el Sexenio, y hubiera sido conveniente, como mediación entre masa electoral y poder político, un análisis más detallado de la organización del partido republicano federal. Con todo, hay material más que suficiente para plantear una lectura fructífera.

La parte más extensa del trabajo se centra en el seguimiento del acontecer gaditano en la Primera República, con amplias reflexiones y análisis sobre la actuación del Ayuntamiento gaditano, el anticlericalismo, el papel de la enseñanza, las relaciones entre republicanismo y obrerismo con la relativización de protagonismo internacionalista, y especialmente del fenómeno cantonalista.

Respecto a esta cuestión, el estudio del caso gaditano y la comparación con otros cantonalismos llevan a la autora a cuestionar el establecimiento de unas delimitaciones políticas, sociales y regionales, y la viabilidad de una diferenciación entre cantonalismo político, social intransigente e internacionalista, para destacar en cambio más las similitudes. Entre éstas, resalta «la convivencia del elemento burgués o pequeñoburgués con el plenamente obrero popular», «la doble militancia federalista e internacionalista que puede darse en los principales puestos de dirección cantonal» y el planteamiento de un reformismo social que «no traspasa las fronteras socializantes de la izquierda republicana más sensibilizada por la cuestión obrera», incluso en alguno de los cantones clasificados tradicionalmente de internacionalistas como es el caso de Sanlúcar de Barrameda. Las diferencias se establecerían entre este tipo de cantonalismo y otro más

conservador, preventivo se podía decir, del que se pone como ejemplo más logrado a Málaga.

Eloy Arias Castañón

SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. EL servicio doméstico en La formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1994, 287 pp.

Este libro viene a cubrir un importante vacío en la historiografía española que no deja de ser significativo, si tenemos en cuenta que, en los últimos quince años, historiadores de otros países europeos --como Inglaterra, Francia, Italia...-- han resaltado, en un número creciente de investigaciones, la importancia de este sector de trabajadores en las sociedades preindustriales y en las primeras etapas de la contemporaneidad. Sin embargo, no ha de pensar el lector que este estudio es una mera réplica mimética de lo investigado en otros ámbitos geográficos. Por el contrario, nos encontramos ante un libro excelente que muestra un nivel de análisis que no tiene nada que envidiar a los mejores estudios realizados en otras naciones europeas sobre el tema. Con esto se quiere decir que la postura más errónea que se podría tomar frente a este importante libro es la del que piense irreflexivamente ante el título de esta publicación que se encuentra ante una nueva muestra de una historiografía *Light* tributaria de una moda más o menos efímera. Por el contrario, Carmen Sarasúa demuestra de modo convincente que el sector integrado en el servicio doméstico suponía porcentualmente el que integraba a un mayor número de trabajadores en el Madrid de la época. Sólo por un prejuicio de la historia social tradicional se explica que este importante sector laboral haya sido olvidado por los historiadores. En efecto, se ha padecido a este respecto la negligencia de una historiografía encerrada en unas miras poco amplias, que estaba cegada por una concepción que partía de que los únicos trabajadores que merecían la atención de los historiadores eran los vinculados a la producción de bienes para el mercado, dentro del ámbito fabril, que eventualmente eran los que posteriormente iban a desarrollar una toma de conciencia de clase. Pero es que, además, los méritos de este libro no sólo consisten en realizar un estudio impecable sobre el servicio doméstico madrileño en la etapa previa a la industrialización, sino que las intenciones de la autora

—y, sobre todo, los resultados obtenidos por ella— van mucho más allá, porque en esta publicación se tratan de una forma brillante los complejos problemas vinculados a las migraciones que se desarrollan en el Madrid de la época. De este modo, Carmen Sarasúa ha buscado —y, lo que es más importante, ha logrado— desarrollar un estudio global donde los análisis de tipo demográfico, económico y social se combinan sincréticamente para ofrecer una explicación convincente de los factores que actuaban en la articulación de un mercado laboral fundamental en la capital de España durante el período estudiado. Otro de los méritos notables de esta investigación es el de ofrecer una sugestiva interpretación de los cambios que afectan a un sector laboral tan diverso y heterogéneo en un amplio y coherente marco temporal que ha sido estudiado a través de una fuente documental privilegiada —como son los anuncios de demandas y ofertas de trabajo doméstico en la prensa periódica—, lo que es, sin duda, un hallazgo decisivo de esta historiadora, en la medida que pone de manifiesto realidades que quedan ocultas en otros tipos de documentación. El trabajo modélico de investigación realizado sobre esta fuente documental le ha permitido a la autora expresar al máximo una valiosa información que esperaba a un historiador que diera cuenta adecuada de ella. Pero lejos de limitarse a esta interesantísima fuente informativa, la autora ha aprovechado claves importantes que aparecen en otras fuentes impresas —como, por ejemplo, las procedentes de la literatura, tanto en la novelística como en ensayos de variada temática— que le permiten enriquecer apreciablemente el conocimiento sobre el tema. A ello hay que añadir que Carmen Sarasúa muestra un dominio del análisis económico poco común entre los historiadores, lo que le ha posibilitado analizar la información documental en un discurso teórico impecable. Lamentablemente, el limitado espacio de que aquí disponemos nos impide comentar otros numerosos logros de esta publicación, como los que se refieren, por ejemplo, a las claves que proporciona sobre los diferentes grupos sociales que demandan a trabajadores del servicio doméstico, su interpretación sobre los cambios coyunturales en la remuneración de los sirvientes, su análisis de la movilidad social de los criados y un largo etcétera al que la forzosa brevedad de esta reseña no nos permite ni siquiera hacer una mínima referencia. No empaña, en absoluto, la excepcional calidad de este trabajo el que existan algunos aspectos discutibles, como el exceso de citas documentales incorporadas en el texto o que

el carácter de las fuentes consultadas le hayan dificultado adentrarse en la especial conflictividad social, que caracteriza las relaciones entre amos y criados, o el que hubiera sido deseable ampliar el volumen de fuentes literarias consultadas. De ningún modo hay que entender estas últimas matizaciones que se refieren a cuestiones meramente puntuales y secundarias en demérito de un trabajo de excepcional calidad que supone una contribución muy importante en la historiografía española, realizada por una joven investigadora de la que sólo cabe esperar que publique pronto su tesis doctoral a punto de ser concluida, de la que sólo se puede pensar que reafirmará las brillantes expectativas que ha abierto con este trabajo.

Juan Gracia Cárcamo

RODRÍGUEZ RANZ, JOSÉ ANTONIO: *Guipúzcoa y San Sebastián en las elecciones de la II República*, Fundación Social y Cultural Kutxa, Donostia-San Sebastián, 1994, 667 pp.

La renovación de la historiografía vasca, iniciada en la década de 1970, se ha consolidado e institucionalizado a lo largo de los tres últimos lustros. En ellos uno de los períodos históricos más estudiados ha sido la II República, que ya no es objeto de polémicas políticas, a diferencia de lo que sucede todavía con aspectos controvertidos de la Guerra Civil y del franquismo en Euskadi.

La nueva historiografía vasca sobre la etapa republicana se ha centrado en la vida política, primero en la cuestión autonómica (la clave principal para entender esa coyuntura en Vasconia) y más recientemente en los partidos y las elecciones. Estos temas son mucho mejor conocidos que otros también relevantes como la religión y el mundo sindical, la estructura económica y la conflictividad social, la cultura y las mentalidades.

El estudio global de los partidos y las elecciones, tan aplicado para la II República española en el último cuarto de siglo, se ha llevado a cabo con retraso en el caso vasco, pero con excelentes resultados. Existen obras modélicas de sociología electoral referidas a Alava (De Pablo), Navarra (Ferrer) y Guipúzcoa (Rodríguez Ranz). Para completar el panorama político vasco de los años treinta queda por hacer un análisis en profundidad de las elecciones en Vizcaya, de mayor complejidad por contar con dos circunscripciones, habiendo sido

ya estudiadas las fuerzas políticas en dicha provincia: el comunismo (Elorza), el nacionalismo (De la Granja), el socialismo (Miralles) y las derechas (Plata Parga), faltando sólo el republicanismo.

La reciente publicación de la tesis doctoral de José Antonio Rodríguez Ranz sobre *Guipúzcoa y San Sebastián en las elecciones de la II República* viene a colmar la laguna historiográfica que existía, pues ese territorio carecía hasta ahora de una obra de conjunto para el quinquenio republicano. Basta compararla con su antecedente, el libro de Cillán Apalategui titulado *Sociología electoral de Guipúzcoa (1900-1936)* y publicado en 1975, para percibir el gran avance experimentado por la historiografía vasca en los dos últimos decenios. La obra de Rodríguez Ranz sobresale por el rigor metodológico, la abundancia de las fuentes manejadas y la calidad de sus interpretaciones.

Una de sus principales aportaciones consiste en la elaboración de un mapa sociológico de la provincia de Guipúzcoa en la República en base a factores demográficos y económicos, que le ha llevado a distinguir cuatro zonas heterogéneas entre sí: la capital, la Guipúzcoa urbana, la Guipúzcoa intermedia y la micro-Guipúzcoa rural, comprobando a lo largo de su investigación que su comportamiento político y electoral era muy dispar.

El profesor Rodríguez Ranz analiza con minuciosidad la implantación y la estructura orgánica de todos los partidos actuantes en Guipúzcoa y constata que los más arraigados eran la Comunión Tradicionalista y el PNV, que constituían las dos singularidades mayores del sistema vasco de partidos. Ambos tenían en común el ser partidos-comunidad o movimientos interclasistas, cohesionados por las ideas de religión y patria (España en el primer caso y Euskadi en el segundo) y circundados por bastantes organizaciones satélites de índole extraparlamentaria, conformando lo que el autor denomina la «civilización nacionalista» refiriéndose al PNV. Este llegó a ser por primera vez en su historia la fuerza electoral mayoritaria de Guipúzcoa a partir de 1993 al atraerse a la mayor parte de los votantes católicos.

La autonomía y la religión fueron los dos *cleavages* más importantes que dividieron a los partidos vascos en la República. De ahí que Rodríguez Ranz dedique un capítulo específico a examinar su ideario y su praxis en esos dos problemas cruciales en esa época. La religión fue el principal aglutinante de la coalición del PNV y las derechas que venció al Bloque republicano-socialista en las constitu-

yentes de 1931. Pero después se convirtió en un factor de concurrencia entre ellos al disputarse el mismo electorado y fue instrumentalizada tanto por los carlistas como por los peneuvistas. La cuestión autonómica contribuyó decisivamente a fracturar la mayoría sociológica católica de Guipúzcoa y en general del País Vasco en dos sectores políticos antagónicos: la derecha antiestatutista y antirrepublicana y el nacionalismo autonomista. Para lograr el Estatuto, este último experimentó un proceso de «republicanización pragmática» y de «centralidad política», ubicándose desde 1933 en el centro del sistema de partidos en Euskadi. Su notoria evolución motivó que la lucha electoral pasase de ser bipolar en 1931 a ser triangular en 1936, otra diferencia sustancial con el resto de España. Guipúzcoa fue la provincia vasca en la que el equilibrio entre los tres grandes bloques políticos era mayor, según reflejaron los resultados electorales en febrero de 1936.

El exhaustivo análisis de los comicios municipales y legislativos realizado por Rodríguez Ranz demuestra que una amplia mayoría (en torno al 70 por 100) de la sociedad guipuzcoana se estancó en el 30 por 100, siendo incapaz de conseguir adhesiones entre el electorado católico ni fuera de las principales ciudades (San Sebastián, Eibar, Irún, Beasaín...), especie de islas rodeadas por un mar conservador. Los trasvases electorales se dieron únicamente dentro del universo católico compuesto por el PNV y las derechas españolistas, favoreciendo a aquél en 1933 y a éstas en 1936. A la altura de 1936 la ruptura entre ambos sectores confesionales era ya irreversible y se consumó con su enfrentamiento armado en la Guerra Civil, la cual tuvo en Euskadi la importante peculiaridad de ser una guerra civil entre católicos: requetés carlistas *versus* gudaris nacionalistas, unidos a los milicianos frentepopulistas y cenetistas. El estadillo bélico bipolarizó de nuevo al País Vasco; pero, al contrario que en 1931, el PNV optó por aliarse con las izquierdas. A esta decisión coadyuvieron su evolución en sentido democrático y social-cristiano durante esos años y, sobre todo, su intenso pragmatismo autonomista, pues sólo con la República alcanzaría su objetivo político: el Estatuto de Autonomía. Como así fue.

En suma, el libro de José Antonio Rodríguez Ranz es uno de los mejores trabajos historiográficos acerca de la II República en Euskadi y proporciona una magnífica visión de la vida política guipuzcoana. Esta se completará cuando se publiquen las recientes tesis doc-

torales de Pedro Barruso y Elene Legorburu sobre el movimiento obrero y los aspectos socioeconómicos de Guipúzcoa en 1931-1936, respectivamente. Estas y otras investigaciones corroboran la creciente tendencia de la historiografía vasca a la «provincialización» de sus estudios. Para superarla sería conveniente disponer pronto de una buena síntesis global de la Historia del País Vasco en la II República, que abarcara las cuatro provincias (incluyendo a Navarra con una problemática similar) y las cuestiones mencionadas al inicio de esta reseña. Aun con algunas lagunas, la bibliografía existente permite ya afrontar adecuadamente dicha empresa.

José Luis de La Granja Sainz

GAHÍA-SANZ MARCOTEGUI, A.: *Intransigencia, exaltación y populismo. La política navarra en tres semanarios criptocarlistas (1913-1915)*, Ed. Txertoa, San Sebastián, 1994, 194 pp.

En la historiografía contemporánea estatal y regional, el carlismo sigue siendo un tema profusamente estudiado. Esa profusión no es, desde luego, gratuita. La importancia del estudio del carlismo, evidente para el conjunto de España, lo es más para el caso específico de Navarra en cuanto que en esta provincia en el último siglo y medio el carlismo ha ocupado un lugar central en la escena política. Sin embargo, el reconocimiento de los méritos de muchas de las investigaciones llevadas a cabo no nos exime de continuar reclamando más esfuerzos sobre el tema, ya que la mayoría de las cuestiones que pivotan sobre él distan todavía de ser adaradas, especialmente porque el carlismo y su base social se nos presentan como dinámicos, cambiantes y, en consecuencia, escurridizos. Precisamente, uno de los aspectos hacia el que a mi juicio la investigación futura sobre el carlismo debería prestar más atención es el de las continuidades y discontinuidades de sus apoyos sociológicos a través de los siglos XIX y XX.

La última monografía de Angel García-Sanz Marcotegui nos ayuda a enfocar con mayor precisión nuestra perspectiva sobre el carlismo en un momento muy concreto del tiempo; los años diez de nuestro siglo, justamente los años en los que tanto la estructura socioeconómica como la política experimentaron en Navarra algunas transformaciones que, aun cuando no significaron una ruptura plena, sí

que rompieron con el anquilosamiento precedente a todos los niveles. En esta monografía el autor analiza diversos números de tres semanarios (*Joshe Miguel*, *Akelarre* y *El Duende*) de corta duración que se editaron de forma sucesiva entre 1913 y 1915 Y también un único número de un semanario anterior (*El Cozcor*) publicado hacia 1907, habría sido un antecesor de los anteriormente citados. Hondamente relacionados entre sí, de sus contenidos y responsables se infiere una indudable orientación carlista y un probable, aunque no atestiguado con certeza, apoyo por parte de la dirección del partido.

Apoyándose en su exhaustivo conocimiento del mundo político navarro de la época y a la luz de los ataques continuos y virulentos emitidos desde esos semanarios con un lenguaje muy agresivo contra el nacionalismo vasco, el conservadurismo y el socialismo, el autor atribuye el origen de esas publicaciones a la necesidad carlista de contrarrestar el inicio del declive de su hegemonía electoral motivada por la ruptura de su alianza con los integristas y por el creciente empuje de unos adversarios políticos directos tales como eran el peneuvismo y el maurismo que le disputaban el mismo segmento del voto. La pérdida de fuerza electoral, por consiguiente, es lo que habría impulsado a los carlistas a dotarse de unos órganos de expresión que, basándose en la polémica y en la descalificación, tratarían de frenar el incremento del peso específico de otras dos fuerzas emergentes en la derecha.

Aunque bajo mi punto de vista es un campo en el que el autor debería haber pasado de la mera constatación a un análisis más profundo, un aspecto de gran interés del libro de Gareía-Sanz es la detección de posicionamientos anticapitalistas (bien que desde perspectivas afines al sindicalismo católico) y vasquistas (como reivindicación cultural, de ningún modo nacionalista) entre los articulistas de estos semanarios carlistas. Las agrias diatribas antieapitalistas contra los conservadores de algunos de los redactores era algo desde luego, tal y como no deja de apuntar el autor, muy rentable a la hora de captar el voto de sectores obreros, máxime en un momento en que una incipiente industrialización, sobre todo en Pamplona, llevaba consigo cambios en el tejido social y en las relaciones laborales. Del mismo modo, en lo tocante a la asunción de la lengua y de la cultura vascas por parte de algunos colaboradores de esta prensa criptocarlista que llegaron a pronunciarse como más vascos y más vascófilos que los propios nacionalistas, mi impresión personal es la de que pue-

de interpretarse en el sentido de que aquélla constituía una baza política nada desdeñable en una Navarra como la de 1915 en la que los límites meridionales del euskara llegaban casi a las puertas de Pamplona.

En el actual estado de nuestros conocimientos la constatación de esos posicionamientos sindicalistas y vasquistas en sectores del carlismo navarro de la segunda década, y con toda seguridad también de la tercera, nos invita en vez de a zanjar problemas, a abriarnos hacia más interrogantes. Entre ellos, dos. El primero, el de si aquellos posicionamientos podían convivir de forma estable en el seno del carlismo navarro, sin provocar fisuras ni deslizamientos hacia otras formaciones tanto de dirigentes como de las bases. El segundo, el de que bajo la hipótesis de que aquellas declaraciones no eran mera retórica debido al hecho contrastado de la fuerte penetración electoral del carlismo entre sectores populares y obreros, así como en la Navarra lingüísticamente vasco parlante, a lo largo del período 1915-1936, debemos preguntarnos el porqué del éxito en esta tierra del sindicalismo católico, a pesar de las marcadas desigualdades sociales existentes en el mundo rural y demostradas por las últimas investigaciones en historia agraria, así como el de los postulados que afirmaban la existencia de una realidad cultural, pero que a la vez denostaban la de una realidad nacional en unión de las Provincias Vascongadas y que finalmente desembocarían en el navarrismo foral. Bajo mi punto de vista, esa búsqueda de causalidades sólo podría llegar a buen puerto bajo el despliegue de esquemas metodológicos y conceptuales menos rígidos que los que los historiadores hemos utilizado hasta ahora. Parafraseando a Weber y recordando que en la terminología weberiana la actitud epistemológica de comprender está teñida de pluricausalidad y neutralidad valorativa y que se encamina a situarse mentalmente en el lugar de los sujetos, quizás antes de nada debemos perseguir una comprensión interpretativa de la acción social, a fin de llegar por ahí hasta una explicación causal de su sentido y de sus efectos. Adoptar la representación de los hechos de los navarros de aquella época, valorar qué valores se les presentaban como significativos y apropiados, percibir en definitiva la gama de matices que confluían en una ideología ambigua y fronteriza como la del carlismo navarro del primer tercio de nuestro siglo.

NAVAJAS ZUBELDÍA, CAHLOS: *Los cados y las comadreja. La Dictadura de Primo de Rivera en La Rioja*, Ed. Gobierno de La Rioja-Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1994, 261 pp.

La guarida, el cado, de ese nocturno y peridicial animal, la comadreja, es como se describe por parte del gobernador civil de la entonces provincia de Logroño, don Juan Fabiani, el ambiente de la región y es por ello por lo que plantea la necesidad de permanencia en su puesto de delegado gubernativo al comandante de infantería don Conrado Catalá Llevot, en sendas cartas a Primo de Rivera y al general Sanjurjo, como consecuencia de la orden por la que se reducían los delegados a uno por provincia y que además fueran cambiados de destino. En este sentido el título del libro describe perfectamente qué hay detrás, en el fondo, de la existencia de los delegados gubernativos y para qué fueron creados en su momento, como dice el propio Fabiani para conocer la provincia, «los pardillos, las intrigas».

La creación de ese cuerpo no podía llevar más que a la militarización de España y, por supuesto, de La Rioja, en donde se centra el tema. Militarización que se había iniciado desde el mismo momento del golpe militar con el nombramiento de los generales gobernadores civiles y que se completaría más tarde con la existencia de «los cruzados de la paz», es decir, con la creación y tutela militar del Somatén y posteriormente con «los profesores de ciudadanía», o sea, con los comandantes del Servicio Nacional de Educación Física, Ciudadana y Premilitar.

Aunque la segunda parte del libro describe la posible desmilitarización, en lo que el Dr. Navajas denomina «la paisanización» del Régimen, con la aparición de la Unidad Patriótica y el nombramiento de gobernadores civiles no militares la conclusión a la que se llega por el lector y por el mismo autor es que la tendencia desmilitarizadora de la denominada «dictadura civil» se rompió con el establecimiento de los Jefes locales de los ya señalados profesores de ciudadanía. Y aunque el partido único y el Somatén intentaron dar al Régimen un poso civil, la realidad no cambió y sí, en cambio, se facilitó la derechización definitiva de la Dictadura. En el caso de la Unión Patriótica por su componente social formado por «nuevos políticos» del campo católico, aunque algunos sí que eran «viejos políticos», como los procedentes del agrario católico, mauristas, conservadores, reformistas o incluso algún republicano. Y en lo que respecta al So-

matén la derecha civil, que lo componía la ultraderecha militar, que los «dirigía y controlaba», y la ultraderecha eclesiástica, «que les prestaba su apoyo ideológico y los legitimaba», como escribe el Dr. NavaJas.

En fin, estamos ante un libro que desde la perspectiva política riojana nos introduce en un tema que habría que estudiar en otras regiones para acercarnos, una vez más, a la cuestión de la militarización de la Dictadura de *Primo* de Rivera desde el estudio de los Delegados gubernativos, que tan importante papel jugaron en el control de la sociedad civil durante los años de la Dictadura.

José Miguel Delgado Idarreta

OLLERO DE LA TORRE, JOSÉ LUIS: *La Rioja ante la primera guerra carlista (1833-1839). Incidencias socioeconómicas*, Ed. Gobierno de La Rioja-Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1994, 2 vols., 686 pp.

Tres grandes partes configuran el presente trabajo. En la primera de ellas se muestra el aspecto bélico-político de la guerra civil en lo que el Dr. Olleno denomina «La Rioja en el conflicto armado», analizándose el pronunciamiento, la organización de juntas y los primeros problemas económicos, para mostrarnos a continuación a La Rioja como zona de dominio liberal y base frecuente de la defensa de la libertad frente al carlismo.

La segunda parte del libro incide ya directamente en el impacto que en la economía tiene el conflicto civil y la actitud de la sociedad riojana ante él. Para ello el autor no se detiene solamente en los suministros de las tropas, sino también en la política económica de las instituciones, como puede ser el caso de la Diputación Provincial, con el estudio de las contribuciones, empréstitos, exacciones y otros tipos de obtención de fondos como los arbitrios especiales o, incluso, la venta de bienes de Propios.

La tercera y última parte del libro analiza muy pormenorizadamente las repercusiones que la guerra carlista tiene en la Iglesia riojana, ya que ésta mantiene una actitud de clara división interna, no sólo porque las autoridades civiles terminen desterrando o encarcelando a los clérigos, los que no se pasan a filas carlistas, sino porque, incluso, la parte septentrional de la diócesis termina escindiéndose

creando duras fricciones con la autoridad civil. Si a ello le sumamos el impacto de las leyes desamortizadoras tenemos el componente definitivo del enfrentamiento civil-eclesiástico.

El libro con todo este bagaje se convierte en un estudio en profundidad de esos años de la providencia riojana. Y si tenemos en cuenta que la falta bibliográfica específica referida a nuestra región la ha suplido con un exhaustivo conocimiento de una bibliografía general, y sobre todo con el uso y análisis de una copiosa base documental, nos hallamos ante un libro fundamental para el conocimiento no sólo riojano sino nacional.

Por último y para concluir debemos mencionar la importancia que La Rioja tenía para ambos contendientes, ya que se encontraba en la frontera. El Ebro se convertía de esta manera en el limes, en la separación, y por ello, como escribe el Dr. Ollero, nada de lo que se origine en torno al conflicto le será ajena al ser «lugar de acogida y aprovisionamiento de las tropas liberales».

José Miguel Delgado ¿darreta

MANCEBO, M.^a FERNANDA: *La Universidad de Valencia. De la Monarquía a la República (1919-1939)*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Valencia, 1994, 429 pp.

Esta obra es una valiosa aportación a las últimas investigaciones sobre la historia de las universidades españolas del siglo XX. La profesora Mancebo, cuya contribución a la historia de las universidades es de todos conocida, realiza un detallado recorrido por la trayectoria de esta institución valenciana desde la época de la autonomía universitaria de César Silió hasta el final de la guerra civil de España.

El libro se presenta dividido en tres bloques: Autonomía y Dictadura. La Universidad de la República. Crecimiento y ruptura. Siguiendo este orden cronológico la universidad valenciana es analizada desde tres ángulos distintos: legislativo, estudiantado y profesorado. Respecto al primero, se recogen minuciosamente las leyes y los decretos emanados del Ministerio de Instrucción Pública y su repercusión en la universidad de Valencia: proyecto de autonomía, organización docente, aplicación de los nuevos planes de estudios...

El estudiantado es analizado en todas sus variables, desde el recuento de la población estudiantil, la mortalidad académica, el ori-

gen geográfico, la presencia de la mujer en la universidad, y el asociacionismo estudiantil. Es este último un tema por el que la profesora Mancebo no puede disimular su simpatía. Conocedora de las organizaciones estudiantiles de la época, como muy bien lo tiene demostrado en sus múltiples trabajos al respecto, resalta entre sus preferencias el tema FUE. Sin duda alguna resultaría muy difícil escribir acerca de la universidad de la República sin hacer referencia a esta organización. Elemento dinamizador y renovador de la vida universitaria de la época, fue la suya una voz que no se limitó exclusivamente a la crítica de una institución envejecida, sino que traspasó el umbral de las aulas universitarias para convertirse en baluarte del antifascismo.

El estudio del profesorado se aborda desde diversas perspectivas: participación política, proyección científica y perfil sociológico. Todo esto va acompañado de unas fichas biográficas de los docentes de la época, recogidas en un extenso Apéndice, que resulta de gran ayuda.

Finalmente este estudio se completa con una aproximación al régimen financiero y al valencianismo en la universidad.

Por lo que aquí queda dicho, y por otras muchas razones que el lector podrá apreciar, este libro se convierte en una obra de obligada referencia y consulta para los estudiosos del tema. Su detallada documentación y su correcta metodología son sólo una de sus valiosas aportaciones. Sin embargo, a mi entender, lo que la convierte en una obra imprescindible es que no se limita a una mera descripción de la institución universitaria, sino que consigue mostrarnos a la universidad dentro del contexto social y político en el que desarrolla su labor.

En suma, el libro de la profesora Mancebo es sin duda un paso adelante en la historia de las universidades. A partir de su publicación ya no se podrá volver atrás en el estudio de esta institución.

Isaura Varela